

SANCTI BERNARDO ABAD DE CLARAVAL SOBRE LA CONSIDERACIÓN, CINCO LIBROS A EUGENIO III.

407 PRÓLOGO.

Me viene a la mente dictar algo que te edifique, deleite o consuele, santísimo papa Eugenio. Pero no sé cómo, la oración, aunque alegre, sale lenta, pues la majestad y el amor compiten por imponer lo contrario. Ciertamente, aquella urge, esta inhibe. Pero interviene tu dignidad, que no ordena, sino que pide, cuando más te convendría ordenar. Así que, cediendo tan dignamente la majestad, ¿por qué no cedería la modestia? ¿Qué importa si has ascendido al trono? Ni si caminaras sobre las alas del viento, te sustraerías al afecto. El amor no conoce señor, reconoce al hijo incluso en las ínfulas. Por sí mismo es suficientemente sumiso, obedece voluntariamente, se somete gratuitamente, reverencia libremente. No así algunos, no así: sino que son impulsados a estas cosas por temor o por codicia. Estos son los que bendicen de cara, pero en sus corazones hay maldad; adulan en presencia, pero fallan en la necesidad. Pero la caridad nunca falla (I Cor. XIII, 8). Yo, para decir la verdad, he sido liberado del deber de madre, pero no despojado del afecto. Hace tiempo que te has incrustado en mis entrañas, no te arrancarás tan fácilmente. Sube a los cielos, desciende a los abismos: no te alejarás de mí, te seguiré a donde quiera que vayas (Luc. IX, 57). Amé al pobre, amaré al padre de pobres y ricos. Pues si bien te conozco, porque te has hecho padre de los pobres, no por eso dejas de ser pobre de espíritu. Confío en que este cambio se ha hecho en ti, no de ti; y que la promoción no ha sucedido a tu estado anterior, sino que se ha añadido. Te aconsejaré, por tanto, no como maestro, sino como madre: claramente como amante. Pareceré más loco, pero a quien no ama, a quien no siente la fuerza del amor.

LIBRO PRIMERO.

408 CAPÍTULO PRIMERO. Se condeule del pontífice, oprimido por tantas ocupaciones.

1. ¿Por dónde empezaré ahora? Me gustaría comenzar por tus ocupaciones, porque en ellas principalmente me condolezco de ti. Diría que me condolezco, si tú también sufres; de lo contrario, debería haber dicho que me duele más, porque no es condolerse donde no hay quien sufra. Así que si sufres, me condolezco; si no, me duele de todos modos, y mucho, sabiendo que el miembro que ha quedado insensible está más lejos de la salvación; y que el enfermo que no siente su mal, está en mayor peligro. Sin embargo, lejos de mí sospechar eso de ti. Sé de qué delicias de dulce quietud disfrutabas no hace mucho. No puedes haberte desacostumbrado tan rápido, ni de repente no dolerte lo que recientemente te fue arrebatado. Una herida reciente no carece de dolor. Pues la herida aún no ha endurecido, ni en tan poco tiempo se ha vuelto insensible. Aunque si no disimulas, no te falta motivo constante de justo dolor por las pérdidas y daños cotidianos. A mi parecer, te separas a la fuerza de los abrazos de tu Raquel; y cada vez que te ves obligado a ello, es necesario que tu dolor se renueve. ¿Y cuándo no ocurre? ¿Cuántas veces lo deseas, y en vano? ¿Cuántas veces te mueves, y no avanzas? ¿Cuántas veces lo intentas, y no se te permite ir más allá; te esfuerzas, y no das a luz; intentas, y te arrebatan; y donde comienzas, allí fallas; y mientras aún empiezas, te cortan? Los hijos han llegado al parto, dice el profeta; y la parturienta no tiene fuerzas (IV Reg. XIX, 3). ¿Conoces esto? Nadie mejor que tú. Tienes la frente curtidada, y como el becerro de Efraín, estás acostumbrado a amar la trilla (Oseas X, 11), si me permites decirlo. Lejos de mí: esta es la parte de aquel que ha sido entregado a una mente reprobada. De estos, ciertamente, deseo para ti paz, no con ellos. Nada temo más para ti que esa paz. ¿Te sorprende si alguna vez puede suceder? Sí, te digo, si las cosas, como suele suceder, por costumbre caen en descuido.

CAPÍTULO II. El poder de la costumbre para inducir malos hábitos y la dureza del corazón.

2. No confíes demasiado en tu afecto actual. Nada hay tan fijo en el alma que no se desgaste por el descuido y el tiempo. A una herida vieja y descuidada se le forma un callo, y se vuelve incurable en la medida en que se vuelve insensible. En efecto, un dolor continuo y agudo no puede durar mucho. Pues si no se extingue de otro modo, es necesario que ceda incluso a sí mismo. En verdad, pronto recibirá consuelo del remedio, o estupor de la asiduidad. ¿Qué no invierte la costumbre? ¿Qué no endurece la asiduidad? ¿A qué no cede el uso? ¿Cuántos, lo que antes rechazaban por amargura, por el mismo uso se ha convertido en dulce? Escucha lo que lamenta el justo sobre esto: Lo que antes mi alma no quería tocar, ahora por angustia es mi alimento (Job VI, 7). Al principio algo te parecerá insoportable: con el tiempo, si te acostumbras, lo juzgarás no tan grave; poco después lo sentirás leve, poco después no lo sentirás; poco después incluso te deleitará. Así se llega poco a poco a la dureza del corazón, y de allí a la aversión. Así, un dolor grave y continuo tendrá pronto, como dije, una salida, ya sea sanidad o insensibilidad.

3. Por esto, ciertamente, siempre te he temido y te temo, que, al posponer el remedio, no soportando el dolor, te sumerjas irremediabilmente en el peligro de la desesperación. Temo, digo, que en medio de las ocupaciones, ya que son muchas, mientras desconías del fin, endurezcas tu frente, y así poco a poco te prives de algún modo del sentido del justo y útil dolor. Mucho más prudente sería que te apartaras de ellas al menos por un tiempo, que ser arrastrado por ellas, y ciertamente llevado poco a poco a donde no quieres. ¿Preguntas a dónde? Al corazón duro. Y no sigas preguntando qué es eso: si no te has espantado, eso es tuyo. Solo es duro el corazón que no se horroriza de sí mismo, porque no siente. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a Faraón. Nadie de corazón duro ha alcanzado jamás la salvación, salvo aquel a quien Dios, compadecido, le ha quitado, según el profeta, el corazón de piedra, y le ha dado un corazón de carne (Ezequiel XXXVI, 26). ¿Qué es entonces el corazón duro? Es aquel que no se rompe con la compunción, ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con las súplicas: no cede a las amenazas, se endurece con los castigos. Es ingrato a los beneficios, infiel a los consejos, cruel en los juicios, desvergonzado en lo vil, impávido ante los peligros, inhumano con los humanos, temerario en lo divino, olvidadizo de lo pasado, negligente de lo presente, no previsor de lo futuro. Es aquel al que de lo pasado, salvo las injurias, nada en absoluto no le pasa; de lo presente, nada no perece; de lo futuro, no hay previsión ni preparación, salvo quizás para vengarse. Y para abarcar brevemente todos los males de este horrible mal, es aquel que ni teme a Dios, ni respeta al hombre. He aquí a dónde te llevan estas malditas ocupaciones: si, sin embargo, continúas, como has comenzado, entregándote todo a ellas, sin dejarte nada a ti mismo. Pierdes el tiempo: si me es lícito ahora presentarme como otro Jetro para ti, tú también te consumes en este trabajo insensato (Éxodo XVIII, 18), que no es sino aflicción del espíritu, despojo de la mente, vaciamiento de la gracia. Pues ¿qué fruto hay en esto, sino telas de araña?

CAPÍTULO III. Indigno de los prelados de la Iglesia dedicarse continuamente a escuchar y decidir causas litigiosas.

4. Te ruego, ¿qué es esto de litigar desde la mañana hasta la noche, o escuchar a los litigantes? ¡Y ojalá bastara al día su propio mal! Las noches no son libres. Apenas se deja a la necesidad de la naturaleza lo suficiente para el descanso del cuerpo; y de nuevo se levanta uno para las disputas. El día al día eructa pleitos, y la noche a la noche indica malicia: hasta tal punto que no hay respiro en lo bueno, no hay descanso alterno, no hay siquiera raros momentos de ocio. No dudo que también deploras esto: pero en vano lo harás, si no te

esfuerzas por enmendarlo. Sin embargo, siempre hazlo así, te exhorto, y nunca te endurezcas a estas cosas por cualquier uso o asiduidad. Los herí, y no dolieron, dice Dios (Jeremías V, 3). Nada para ti, y para ellos. Más bien procura adaptarte a ti mismo tanto en afecto como en voz del justo, que dice: ¿Cuál es mi fortaleza para que sostenga? ¿O cuál es mi esperanza para que actúe con paciencia? No es mi fortaleza la de las piedras, ni mi carne es de bronce (Job VI, 11, 12). Gran virtud es la paciencia: pero no te la desearía para estas cosas. A veces es más razonable ser impaciente. ¿Aprobarías la paciencia de aquellos a quienes Pablo decía: De buena gana soportáis a los insensatos, siendo vosotros sabios? Si no me equivoco, era ironía, y no alabanza, sino reproche de la mansedumbre de algunos, que, como con las manos atadas, se dejaban llevar pacientemente a las doctrinas extrañas y perversas de los pseudoapóstoles, por quienes también habían sido seducidos. Por lo cual, añadiendo, dice: Porque soportáis si alguien os esclaviza (II Cor. XI, 19, 20). No es buena paciencia, cuando puedes ser libre, permitirte ser hecho esclavo. No disimules la esclavitud, en la que ciertamente día a día, sin saberlo, te estás convirtiendo. Es señal de un corazón embotado no sentir la continua vejación propia. La vejación da entendimiento al oído, dice alguien (Isaías XXVIII, 19). Es verdad; pero si no es excesiva. Pues si lo es, no da entendimiento, sino desprecio. En efecto, el impío, cuando ha llegado al fondo del mal, desprecia (Proverbios XVIII, 3). Despierta, pues, y el yugo de la peor esclavitud que ya se avecina, más bien ya te oprime no poco, no solo evítalo, sino aborrecelo. ¿Acaso no eres esclavo porque no sirves a uno, sino a todos? No hay esclavitud más vil y pesada que la de los judíos, que dondequiera que vayan, llevan consigo, y en todas partes encuentran a sus amos. Tú también di, por favor, ¿dónde eres libre, dónde seguro, dónde tú mismo? En todas partes el ruido, en todas partes el tumulto, en todas partes el yugo de tu esclavitud te oprime.

CAPÍTULO IV. Qué servidumbre es digna e indigna del siervo de los siervos de Dios.

5. No me respondas ahora con la voz del Apóstol, que dice: Siendo libre de todos, me hice siervo de todos. Eso está lejos de ti. ¿Acaso con esa servidumbre servía a los hombres en la adquisición de ganancias deshonestas? ¿Acaso acudían a él de todo el mundo ambiciosos, avaros, simoníacos, sacrílegos, concubinarios, incestuosos, y toda clase de monstruos humanos, para que con su autoridad apostólica obtuvieran o retuvieran honores eclesiásticos? Así que el hombre, para quien vivir era Cristo y morir ganancia, se hizo siervo para ganar más para Cristo, no para aumentar las ganancias de la avaricia. No hay, por tanto, razón para que tomes de la industriosa y libre caridad de Pablo un apoyo para tu servil comportamiento. Qué más digno de tu apostolado, qué más saludable para tu conciencia, qué más fructífero para la Iglesia de Dios que escuchar más bien al mismo en otro lugar diciendo: Fuisteis comprados por precio, no os hagáis esclavos de los hombres (I Cor. VII, 23). ¿Qué más servil e indigno, especialmente para el Sumo Pontífice, que, no digo cada día, sino casi cada hora, sudar en tales cosas, y por tales cosas? En efecto, ¿cuándo oramos? ¿Cuándo enseñamos a los pueblos? ¿Cuándo edificamos la Iglesia? ¿Cuándo meditamos en la ley? Y ciertamente cada día resuenan en el palacio las leyes, pero de Justiniano, no del Señor. ¿Es justo también esto? Tú lo verás. Pues ciertamente la ley del Señor es inmaculada, convirtiendo las almas (Salmo XVIII, 8). Estas, sin embargo, no son tanto leyes, como pleitos y argucias, subvirtiendo el juicio. Tú, pues, pastor y obispo de almas, ¿con qué mente, te ruego, soportas que siempre en tu presencia calle aquella, y hablen estas? Me equivoco si no te causa escrúpulo esta perversidad. Creo que a veces te obliga a clamar al Señor con el profeta: Me contaron los inicuos fábulas, pero no como tu ley (Salmo CXVIII, 85). Ve, pues, y atrévete a profesar libertad bajo tan pesada carga de esta inconveniencia, de la que no es lícito sustraerse. Pues si puedes y no quieres, mucho más eres esclavo de esta misma voluntad tan perversa. ¿Acaso no es esclavo aquel a quien domina la iniquidad? Y más aún. A menos que juzgues más indigno

que un hombre te domine a ti, que un vicio. ¿Qué importa si sirves voluntariamente o involuntariamente? Pues aunque la servidumbre forzada es más lamentable, la afectada es más miserable. ¿Y qué quieres que haga, preguntas? Que te liberes de estas ocupaciones. Quizás responderás que es imposible, que es más fácil renunciar a la cátedra. Correcto esto, si te exhortara a romper, y no más bien a interrumpir estas cosas.

411 CAPÍTULO V. No debe asumirse el cuidado de los demás con descuido y negligencia de uno mismo.

6. Escucha, pues, lo que reprendo, lo que aconsejo. Si todo lo que vives y piensas lo dedicas a la acción, y nada a la consideración; ¿te alabo? En esto no te alabo. Creo que nadie, que haya oído a Salomón: El que se disminuye en la acción, percibirá sabiduría (Eclesiástico XXXVIII, 25). Ciertamente, ni siquiera a la misma acción le conviene no ser precedida por la consideración. Si también quieres ser todo para todos, a semejanza de aquel que se hizo todo para todos (I Cor. IX, 22); alabo la humildad, pero si es plena. ¿Cómo, sin embargo, será plena, si te excluyes a ti mismo? Y tú eres hombre. Por tanto, para que la humanidad sea íntegra y plena, que el seno que recibe a todos te incluya también a ti. De lo contrario, ¿qué te aprovecha, según la palabra del Señor, si ganas a todos, perdiéndote a ti mismo (Mateo XVI, 26)? Por lo cual, si todos te tienen, sé también tú uno de los que te tienen. ¿Por qué te privas solo del don de ti mismo? ¿Hasta cuándo el espíritu va y no vuelve (Salmo LXVII, 39)? ¿Hasta cuándo no te recibes a ti mismo entre otros en tu lugar? Eres deudor a sabios e insensatos; ¿y solo te niegas a ti mismo? El necio y el sabio, el siervo y el libre, el rico y el pobre, el hombre y la mujer, el anciano y el joven, el clérigo y el laico, el justo y el impío, todos participan de ti, todos beben de la fuente pública de tu pecho; ¿y tú estarás aparte sediento? Si maldito es quien hace su parte peor, ¿qué de aquel que se hace completamente ajeno? Ciertamente, que tus aguas se derramen en las plazas; que hombres y bestias y ganado beban de ellas, y también des de beber a los camellos de los siervos de Abraham: pero entre otros, bebe tú también de la fuente de tu pozo. Que el extraño, dice, no beba de él (Proverbios V, 17). ¿Acaso eres tú extraño? ¿A quién no eres extraño, si lo eres a ti mismo? En efecto, ¿quién es malo para sí mismo, para quién será bueno? (Eclesiástico XIV, 5). Recuerda, por tanto, no digo siempre, no digo a menudo, sino al menos a veces devolverte a ti mismo. Usa también de ti entre muchos, o al menos después de muchos. ¿Qué más indulgente? Pues digo esto según indulgencia, no según juicio. Creo que en esta parte soy más indulgente que el mismo Apóstol. ¿Entonces más de lo necesario, preguntas? No lo niego. ¿Qué, si así es necesario? Pues tú, como confío, no estarás contento con nuestra instrucción temerosa, sino que abundarás más. Ciertamente así conviene, que tú seas más abundante, que yo más audaz. Yo también juzgo más seguro para mí ante la majestad arriesgarme por timidez que por temeridad. Y quizás no se debía aconsejar de otro modo al sabio, para que sea lo que está escrito: Da ocasión al sabio, y será más sabio (Proverbios IX, 9).

CAPÍTULO VI. No tanto a los obispos, como a los príncipes, compete el poder judicial.

7. Escucha, sin embargo, al Apóstol, qué piensa de tales asuntos. ¿No hay entre vosotros un sabio, dice él, que pueda juzgar entre hermano y hermano? Y añade: Para vuestra vergüenza lo digo: a los más despreciables de la Iglesia, constituidlos para juzgar (I Cor. VI, 5, 4). Así que, según el Apóstol, te apropias indignamente del oficio apostólico, juicio vil, grado de los despreciables. Por eso decía el obispo, instruyendo al obispo: Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares (II Tim. II, 4). Pero yo te perdono. No hablo de cosas fuertes, sino de cosas posibles. ¿Crees que estos tiempos soportarían, si a los hombres que te atan por una herencia terrenal y te exigen juicio, les respondieras con la voz de tu Señor: Oh

hombres, ¿quién me ha constituido juez sobre vosotros? (Luc. XII, 14). ¿En qué juicio caerías de inmediato? ¿Qué dice el hombre rústico e ignorante, que desconoce su primacía, deshonra la sede suprema y excelsa, y menosprecia la dignidad apostólica? Y sin embargo, no creo que puedan mostrar, quienes esto dicen, dónde alguna vez alguno de los Apóstoles se sentó como juez de los hombres, o como divisor de términos, o distribuidor de tierras. Finalmente, leo que los Apóstoles estuvieron de pie para ser juzgados (Act. V, 27), pero no leo que se sentaran juzgando. Será así, no fue así. ¿Es acaso un disminuidor de la dignidad el siervo, si no quiere ser mayor que su señor, o el discípulo, si no quiere ser mayor que quien lo envió, o el hijo, si no transgrede los límites que pusieron sus padres? ¿Quién me ha constituido juez? dice el Señor y maestro: ¿y será una injuria para el siervo y el discípulo, si no juzga a todos? Sin embargo, no me parece un buen evaluador de las cosas, quien considera indigno que los Apóstoles o los hombres apostólicos no juzguen sobre tales cosas, a quienes se les ha dado juicio en asuntos mayores. ¿Por qué no habrían de despreciar juzgar sobre las posesiones terrenales de los hombres, quienes en los cielos juzgarán incluso a los ángeles? Por lo tanto, vuestro poder está en los crímenes, no en las posesiones: porque para aquellos, y no para estas, recibisteis las llaves del reino de los cielos, para excluir a los transgresores, no a los poseedores. Para que sepáis, dice, que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (Mat. IX, 6), etc. ¿Cuál te parece mayor y más digna, la potestad de perdonar pecados, o la de dividir heredades? Pero no hay comparación. Estas cosas débiles y terrenales tienen sus jueces, reyes y príncipes de la tierra. ¿Por qué invadís límites ajenos? ¿Por qué extendéis vuestra hoz en mies ajena? No porque seáis indignos, sino porque es indigno para vosotros ocuparos en tales cosas, ya que estáis ocupados en cosas más importantes. Finalmente, donde la necesidad lo exige, escucha lo que opina el Apóstol: Si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar las cosas más pequeñas? (I Cor. VI, 2).

CAPÍTULO VII. Debe dedicarse principalmente a la piedad y a la consideración de las cosas eternas.

8. Pero una cosa es incursionar en estos asuntos, cuando la causa lo exige, y otra es dedicarse voluntariamente a ellos, como si fueran grandes y dignos de tal atención. Así que diría estas y muchas otras cosas, si hablara de cosas fuertes, si fueran rectas, si fueran sinceras. Pero ahora, ya que los días son malos (Efes. V, 16), basta por ahora con ser advertido, no dar todo de ti mismo ni siempre a la acción: sino reservar algo de ti, de tu corazón y de tu tiempo para la consideración. Esto lo digo mirando la necesidad, no la equidad: aunque no está fuera de lo justo ceder a la necesidad. Pues si fuera posible lo que conviene, absolutamente en todo y en todas las cosas debería preferirse, y cultivarse sola o principalmente, aquella que vale para todo, es decir, la piedad, una razón completamente irrefutable lo muestra. ¿Qué es la piedad, preguntas? Dedicarse a la consideración. Quizás digas que en esto difiero de aquel que define la piedad como el culto a Dios (Job XVIII, 28, según la LXX). No es así. Si lo consideras bien, he expresado el sentido de aquel con mis palabras, aunque sea en parte. ¿Qué hay más pertinente al culto de Dios, que lo que él mismo exhorta en el Salmo: Estad quietos, y ved que yo soy Dios? (Sal. XLIV, 11) lo cual ciertamente es lo principal en las partes de la consideración. ¿Qué hay, además, tan eficaz para todo, como aquello que también hace suyas las partes de la acción misma con una cierta benigna presunción, previendo de algún modo y preordenando lo que debe hacerse? Necesariamente, para que no suceda que lo que podría haber sido previsto y premeditado con provecho, se haga más bien con peligro por precipitación: lo cual, si recuerdas, no dudo que te haya sucedido frecuentemente en las mismas acciones de las causas, y en los grandes negocios, y en los consejos de grandes asuntos. Y en primer lugar, la consideración purifica su propia fuente, es decir, la mente de la

que surge. Luego gobierna los afectos, dirige los actos, corrige los excesos, compone las costumbres, embellece y ordena la vida, finalmente confiere el conocimiento de las cosas divinas y humanas. Esta es la que separa lo confuso, reúne lo disperso, investiga lo secreto, busca lo verdadero, examina lo verosímil, explora lo ficticio y lo disfrazado. Esta es la que preordena lo que debe hacerse, reconsidera lo hecho, para que nada quede en la mente sin corregir o necesitado de corrección. Esta es la que en la prosperidad prevé la adversidad, en la adversidad casi no la siente: lo cual es fortaleza en un caso; prudencia en el otro.

CAPÍTULO VIII. De la piedad y la contemplación surge la bellísima armonía y conexión de las cuatro virtudes cardinales.

9. Allí también debes advertir un cierto dulcísimo concierto y conexión de virtudes, y cómo una depende de otra; como ves aquí, la prudencia es madre de la fortaleza: y no es fortaleza, sino temeridad cualquier atrevimiento que no haya sido engendrado por la prudencia. Esta es también la que, entre los placeres y las necesidades, sentada como una especie de árbitro, delimita los límites de ambos con ciertos límites, asignando y proporcionando a estos lo suficiente; a aquellos lo que es demasiado; y así, formando de ambos una tercera virtud, que llaman templanza. Sin duda, la consideración misma juzga intemperante tanto al que obstinadamente niega lo necesario, como al que se entrega a lo superfluo. No es, por tanto, templanza solo en recortar lo superfluo: también lo es en admitir lo necesario. El Apóstol parece no solo ser partidario de esta sentencia, sino su autor, quien enseña a no satisfacer los deseos de la carne. Diciendo, en efecto, que no se satisfaga el deseo de la carne, cohibe lo superfluo: añadiendo, en el deseo (Rom. XIII, 14), no excluye lo necesario. Por lo cual me parece que no es del todo absurdo definir la templanza, quien diga que esta ni corta la necesidad, ni la excede, según aquello del filósofo, «Nada en exceso.»

10. Ahora, sobre la justicia, que es una de las cuatro, ¿no está claro que la mente es prevenida por la consideración para formarse en ella? Pues es necesario que primero se piense a sí misma, para que de sí misma tome la norma de la justicia, no haciendo al otro lo que no quiere que le hagan a sí misma; ni negando lo que quiere que le hagan. En estos dos puntos está claro que se encuentra el estado completo de la justicia. Pero tampoco está sola. Observa ahora conmigo también su hermosa conexión y coherencia con la templanza, y también de ambas con las dos anteriores, es decir, la prudencia y la fortaleza. Pues cuando se dice que es parte de la justicia no hacer a otro lo que uno no quiere que le hagan; y su perfección, lo que dice el Señor, Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros a ellos (Mat. VII, 12): ninguno de estos será, a menos que la voluntad misma, de la cual se deriva toda la forma, esté ordenada de tal manera que no quiera nada superfluo, ni supersticiosamente no quiera lo necesario, lo cual es propio de la templanza. Finalmente, la templanza impone un límite a la justicia misma, para que sea justa. No seas demasiado justo, dice el Sabio (Ecl. VII, 17), mostrando con esto que no se aprueba la justicia que no está frenada por la moderación de la templanza. ¿Qué decir de que la misma sabiduría no rechaza este freno de la templanza; diciendo Pablo según la sabiduría dada por Dios, no pensar más de lo que conviene pensar, sino pensar con sobriedad? (Rom. XII, 3.) Pero, por el contrario, que la justicia es necesaria para la templanza, lo muestra el Señor, reprendiendo en el Evangelio la templanza de aquellos que ayunaban para ser vistos por los hombres (Mat. VI, 16). Había templanza en la comida, pero no justicia en el ánimo: porque no buscaban agradar a Dios, sino a los hombres. ¿Cómo, de nuevo, sin fortaleza, tanto esta como aquella? pues está claro que es propio de la fortaleza, y no poco, contener el querer y no querer entre estrecheces, poco y demasiado; para que la voluntad esté contenta con ese modo medio, desnudo, puro, solo, constante en sí mismo, igual por todas partes, como cortado por igual de todas partes, que es el único que se sabe que es de la virtud.

11. Dime, por favor, si puedes, ¿a cuál de estas tres virtudes crees que debe darse principalmente este medio, que es tan contiguo a todas que parece ser propio de cada una? ¿O es en sí mismo virtud, y nada más? Pero entonces la virtud no sería múltiple, sino que todas serían una. ¿O más bien, porque sin él no hay virtud, es de algún modo la íntima fuerza de todas y la médula de las virtudes, en la que se unen de tal manera que por lo tanto todas parecen una? especialmente porque no participan de él compartiéndolo, sino que es poseído entero por cada una e íntegro. Por ejemplo, ¿qué hay más propio de la justicia que el modo? De lo contrario, si deja algo fuera de medida, no da a cada uno lo que es suyo: lo cual, sin embargo, es su propio hacer. ¿Qué hay más propio, de nuevo, de la templanza, que no es templanza sino porque no admite nada desmedido? Pero, creo, admitirás que también es no menos de la fortaleza, ya que es principalmente ella la que, de entre los vicios que irrumpen, y como si intentaran asfixiar por todos lados, extrae y reivindica poderosamente ese puro y lo defiende en un cierto fundamento estable del bien, y sede de la virtud. Por lo tanto, mantener el modo es justicia, es templanza, es fortaleza. Pero mira si en esto difieren, que en la justicia es asunto del afecto; en la fortaleza, su eficacia; y en la templanza, su posesión y uso. Resta que demos que la prudencia no es excluida de esta comunión. ¿No es ella la que primero encontró y advirtió el modo, descuidado por mucho tiempo por el abandono del ánimo, y como recluso en lo oculto por la envidia de los vicios, y cubierto por una cierta oscuridad de antigüedad? Por eso te digo: pocos lo advierten, porque es prudencia de pocos. Así que la justicia busca, la prudencia encuentra, la fortaleza reivindica, la templanza posee. No me propongo aquí discutir sobre las virtudes: pero he dicho esto exhortando a dedicarse a la consideración, por cuyo beneficio se advierten estas y cosas similares. ¿No es perder la vida no dar ninguna obra en la vida a este ocio tan piadoso y útil?

CAPÍTULO IX. Ejemplos recientes de los Pontífices que deben corregirse gradualmente, imitar los antiguos.

12. ¿Qué pasa, sin embargo, si te dedicas por completo de repente a esta filosofía? Tus predecesores no acostumbraban a hacerlo así: serás molesto para muchos, como quien de repente se desvía de las huellas de los padres: sin duda parecerás hacer esto en reproche a ellos. Pero también serás señalado por el proverbio vulgar: Quien hace lo que nadie, todos se maravillan: como si desearas ser admirado. Y no puedes corregir de inmediato y de una vez todos sus errores, ni reducir sus excesos a la medida. Habrá un tiempo, cuando lo recibas, para que, según la sabiduría dada por Dios, te esfuerces por hacerlo gradualmente y oportunamente. Mientras tanto, ciertamente, usa el bien de otro en lo que puedas. Aunque si tomamos ejemplos de los buenos, y no de los nuevos, no faltaron pontífices romanos que se encontraran ocio entre los mayores negocios. El asedio a la ciudad y la espada bárbara amenazaban los cuellos de los ciudadanos: ¿acaso esto aterrorizó al bendito papa Gregorio, para que no escribiera sabiduría en el ocio? En ese tiempo (como se desprende de su prefacio) expuso de manera tan diligente como elegante la parte más oscura y extrema de Ezequiel.

CAPÍTULO X. Critica severamente el abuso de los abogados, jueces, procuradores y sus fraudes.

13. Pero sea: otra costumbre ha arraigado, otros son los días, y otros los modos de los hombres, y los tiempos peligrosos no están ya inminentes, sino presentes. El fraude, la trampa y la violencia han prevalecido sobre la tierra. Muchos calumniadores, pocos defensores, en todas partes los más poderosos oprimen a los más pobres: no podemos faltar a los oprimidos, no negar juicio a los que sufren injusticia. A menos que se agiten las causas, se escuchen las partes, ¿quién puede juzgar entre las partes? Que se agiten las causas, pero como conviene.

Pues ese modo que se frecuenta es execrable, y que no digo que no convenga a la Iglesia, sino ni siquiera al foro. Me maravillo de cómo tus oídos religiosos soportan escuchar tales disputas de abogados, y luchas de palabras, que más bien conducen a la subversión que a la invención de la verdad. Corrige la mala costumbre, y corta las lenguas vaniloquas, y cierra los labios engañosos. Estos son los que enseñaron a sus lenguas a hablar mentira, elocuentes contra la justicia, instruidos para la falsedad. Son sabios para hacer el mal, elocuentes para impugnar la verdad. Estos son los que instruyen a quienes debían ser instruidos por ellos; afirman no lo comprobado, sino lo suyo; construyen calumnias de su propia cosecha contra la inocencia; destruyen la simplicidad de la verdad, obstruyen los caminos del juicio. Nada hace tan manifiesta la verdad sin esfuerzo como una narración breve y pura. Por lo tanto, aquellas causas que sea necesario que lleguen a ti (pues no todas lo serán), quisiera que te acostumbres a decidir las diligentemente, pero brevemente, y a cortar las dilaciones frustratorias y cazadoras. Que la causa de la viuda llegue a ti, la causa del pobre, y de aquel que no tiene qué dar. Otras muchas podrás encomendar a otros para que las terminen, y juzgar que muchas no son dignas de audiencia. Pues, ¿qué necesidad hay de admitir a aquellos cuyos pecados son manifiestos, precediéndolos al juicio? Tal es la impudencia de algunos, que aunque toda la causa de su ambición manifiesta esté llena de prurito, no se avergüenzan de pedir audiencia, publicándose a sí mismos ante la conciencia de muchos, en lo que bien podrían haberse confundido con el juicio de sí mismos. No hubo quien refrenara los rostros endurecidos; y por eso se hicieron más, y se endurecieron más. Pero no sé cómo la conciencia viciosa de los viciosos no se rehúye: y donde todos son sucios, el hedor de uno solo no se siente. Pues, ¿quién alguna vez, por ejemplo, un avaro avergonzó a otro avaro, un impuro a otro impuro, un lujurioso a otro lujurioso? La Iglesia está llena de ambiciosos: ya no hay nada que temer en los estudios y maquinaciones de la ambición, no más que en una cueva de ladrones en los despojos de los viajeros.

CAPÍTULO XI. Se debe castigar severamente a los abogados y procuradores que hacen ganancia de la iniquidad.

14. Si eres discípulo de Cristo, que tu celo perdone, que tu autoridad se levante contra esta impudencia y peste general. Mira al Maestro haciendo así, y escucha diciendo: El que me sirve, sígame (Juan XII, 26). No prepara oídos para escuchar, sino un látigo para golpear. No hace palabras, ni las recibe. Pues no se sienta juzgando, sino que persigue castigando. Sin embargo, no calla la causa, que habían hecho de la casa de oración una casa de comercio. Así que haz tú lo mismo. Que estos negociadores se avergüencen de tu rostro, si es posible: si no, que teman. Y tú tienes un látigo. Que los cambistas teman, y no confíen en el dinero, sino que desconfíen; que escondan su dinero de ti, sabiendo que estás más dispuesto a dar que a recibir. Haciendo esto con diligencia y constancia, ganarás a muchos, rescatando a los seguidores de ganancias vergonzosas para oficios más honestos: a muchos, evitarás que se atrevan a intentar tales cosas. Añade aquello, que no poco contribuirá también a los descansos que te aconsejo. Así, ciertamente, redimirás no pocos momentos de tiempo para dedicarte a la consideración, no escuchando algunos asuntos, como dije, encomendando otros a otros: los que consideres dignos de tu audiencia, terminándolos con un cierto y adecuado resumen fiel a la causa misma. Sobre esta consideración pienso añadir algunas cosas, pero bajo el principio de otro libro: y que este sea el fin de este, para que no te agobie un discurso menos agradable si es largo.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO. Inicia una apología por el infeliz resultado de la expedición emprendida a Tierra Santa.

1. Recordando mi promesa, por la cual ya hace algún tiempo estoy comprometido contigo, buen hombre, papa Eugenio, quiero liberarme de ella, aunque tarde. Me avergonzaría de la dilación, si fuera consciente de negligencia o desprecio. No es así: pero hemos caído, como tú sabes, en un tiempo grave, que parecía imponer casi una cesación al mismo uso de vivir, y no solo a los estudios; cuando, en efecto, el Señor, provocado por nuestros pecados, pareció haber juzgado el mundo antes de tiempo, en equidad, pero olvidado de su misericordia. No perdonó a su pueblo, ni a su nombre. ¿No dicen entre las naciones, Dónde está su Dios? (Sal. CXIII, 2.) Y no es de extrañar. Los hijos de la Iglesia, y quienes se cuentan con el nombre cristiano, han sido postrados en el desierto, o muertos a espada, o consumidos por el hambre. Se ha derramado contención sobre los príncipes, y el Señor los hizo errar en un camino sin salida, y no en el camino (Sal. CVI, 40). Destrucción e infelicidad en sus caminos (Sal. XIII, 3); terror, tristeza y confusión en los recintos de sus reyes. ¡Cuán confusos los pies de los que anuncian la paz, los que anuncian el bien (Is. LII, 7)! Dijimos, Paz, y no hay paz: prometimos bien, y he aquí turbación. Como si hubiéramos actuado con temeridad en esta obra, o con ligereza. Corrimos en ella, no como en la incertidumbre, sino por tu mandato, o más bien, por Dios a través de ti. ¿Por qué, entonces, hemos ayunado, y no lo ha visto? ¿Hemos humillado nuestras almas, y no lo ha sabido? Pues en todo esto no se ha apartado su furor, sino que aún su mano está extendida. ¡Cuán pacientemente, mientras tanto, escucha las voces sacrílegas, y a los egipcios blasfemando, porque astutamente los sacó para matarlos en el desierto! (Éx. XXXII, 12.) Y ciertamente los juicios del Señor son verdaderos (Sal. XVIII, 10); ¿quién no lo sabe? Pero este juicio es un abismo tan grande, que me parece que no sin razón proclamo bienaventurado al que no se escandaliza en él.

2. ¿Y cómo se atreve la temeridad humana a criticar lo que no puede comprender? Recordemos los juicios celestiales que han existido desde el principio, por si acaso encontramos consuelo. Pues alguien dijo: "Me acordé de tus juicios desde la antigüedad, Señor, y me consolé" (Salmo 118, 52). Hablo de algo desconocido para nadie, y ahora conocido por nadie. Así son los corazones de los mortales: lo que sabemos cuando no es necesario, lo desconocemos en la necesidad. Moisés, al sacar al pueblo de la tierra de Egipto, les prometió una tierra mejor (Éxodo 3, 17). ¿Cómo habría seguido el pueblo a Moisés si solo hubiera sido sabio en la tierra? Los sacó; sin embargo, no los introdujo en la tierra que había prometido. No se puede imputar al líder la temeridad de un evento triste e inesperado. Todo lo hacía bajo el mandato del Señor, con el Señor cooperando y confirmando la obra con señales que seguían. Pero, dices, ese pueblo era de dura cerviz, siempre actuando con contienda contra el Señor y Moisés, su siervo. Bien, ellos eran incrédulos y rebeldes; pero ¿y estos otros? Pregúntales a ellos. ¿Qué necesidad hay de que yo diga lo que ellos mismos admiten? Yo digo una cosa. ¿Qué podían lograr aquellos que siempre retrocedían mientras caminaban? ¿Cuándo no regresaron estos también de corazón a Egipto durante todo el camino? Si aquellos cayeron y perecieron por su iniquidad, ¿nos sorprende que estos, haciendo lo mismo, sufran lo mismo? Pero, ¿acaso la caída de aquellos va en contra de las promesas de Dios? Entonces tampoco la de estos. Porque las promesas de Dios nunca perjudican la justicia de Dios. Y escucha otra cosa.

3. Pecó Benjamín: las demás tribus se preparan para la venganza, no sin el consentimiento de Dios. Él mismo designó al líder para la batalla. Así que luchan, confiando en una mano más fuerte, en una causa más justa, y, lo que es más importante, en el favor divino. ¡Cuán terrible es Dios en sus consejos sobre los hijos de los hombres! (Salmo 65, 5). Los vengadores del crimen dieron la espalda a los criminales, siendo más numerosos que ellos. Pero recurren al Señor. Y el Señor les dice: "Suban". Suben de nuevo, y de nuevo son derrotados y

confundidos. Así, con Dios primero favoreciendo, luego ordenando, los justos emprenden una justa batalla y sucumben. Pero cuanto más inferiores en la batalla, más superiores en la fe fueron encontrados. ¿Qué crees que harían conmigo si, por mi exhortación, subieran de nuevo y de nuevo fueran derrotados? ¿Cuándo me escucharían aconsejándoles repetir por tercera vez el intento, repetir la obra en la que ya una y dos veces habían sido frustrados? Y sin embargo, los israelitas, sin considerar una y otra frustración, obedecen por tercera vez y prevalecen (Jueces 20). Pero tal vez estos dicen: ¿Cómo sabemos que la palabra salió del Señor? ¿Qué señales haces para que creamos en ti? No tengo respuesta para esto: debo respetar mi modestia. Responde tú por mí y por ti mismo, según lo que has oído y visto; o ciertamente según lo que Dios te haya inspirado.

Pero tal vez te sorprenda que prosiga con esto, habiendo propuesto otra cosa. Lo hago sin olvidar mi propósito, pero porque no juzgo que esté fuera de lugar. Sin duda, el discurso que tengo para tu Dignidad es sobre la consideración, como recuerdo. Y ciertamente es un gran asunto, que requiere no poca consideración. Si las grandes cosas deben ser consideradas por los grandes, ¿a quién le corresponde más este estudio que a ti, que no tienes igual en la tierra? Pero tú, según la sabiduría y el poder que te han sido dados desde lo alto, harás lo que corresponda. No es de mi humildad dictarte cómo debe hacerse algo. Basta con insinuar que algo debe hacerse, de modo que la Iglesia se consuele y se cierre la boca de los que hablan iniquidades. Estas pocas palabras sean dichas a modo de apología, para que tu conciencia, sea cual sea, tenga de mí algo que me excuse, y a ti también, aunque no ante aquellos que juzgan los hechos por los eventos, ciertamente ante ti mismo. La perfecta y absoluta excusa para cada uno es el testimonio de su propia conciencia. Para mí es de poca importancia ser juzgado por aquellos que llaman al bien mal, y al mal bien, que ponen la luz por tinieblas, y las tinieblas por luz (Isaías 5, 20). Aunque sea necesario que uno de los dos suceda, prefiero el murmullo de los hombres contra nosotros que contra Dios. Me es bueno, si se digna usarme como escudo. Con gusto recibo en mí las lenguas maldicientes de los detractores y las flechas venenosas de los blasfemos, para que no lleguen a Él. No rehúso ser deshonrado, para que no se ataque la gloria de Dios. ¿Quién me dará gloriarme en aquella voz: "Porque por ti he soportado el oprobio, la confusión cubrió mi rostro"? Mi gloria es ser partícipe de Cristo, cuya voz es: "Los oprobios de los que te reprochan cayeron sobre mí" (Salmo 68, 8, 10). Ahora que el estilo vuelva a su materia, y el discurso avance por su camino en lo que habíamos propuesto.

CAPÍTULO II. Distinción entre consideración y contemplación.

5. Y primero considera qué diré sobre la consideración misma. No quiero que se entienda en todo como contemplación; ya que esta se refiere más a la certeza de las cosas, aquella más a la investigación. Según este sentido, la contemplación puede definirse como la visión verdadera y cierta del alma sobre cualquier cosa, o la aprehensión de la verdad sin duda. La consideración, sin embargo, es el pensamiento intenso para investigar, o la intención del alma que busca la verdad. Aunque solían usarse ambas indistintamente.

CAPÍTULO III. Designa cuatro puntos de la consideración.

6. En cuanto al fruto de la consideración, creo que hay cuatro cosas que debes considerar: tú mismo, lo que está bajo ti, lo que está alrededor de ti, y lo que está sobre ti. Que tu consideración comience contigo, para que no te extiendas en vano a otras cosas, descuidándote a ti mismo. ¿De qué te sirve ganar el mundo entero, si pierdes tu alma? (Mateo 16, 26). Aunque seas sabio, te falta sabiduría si no eres para ti mismo. ¿Cuánto? Según lo que he sentido, todo. Aunque conozcas todos los misterios, conozcas la anchura de la tierra, la

altura del cielo, la profundidad del mar; si no te conoces a ti mismo, serás como quien construye sin fundamento, haciendo ruina, no estructura. Todo lo que construyas fuera de ti será como un montón de polvo, expuesto a los vientos. No es sabio, por tanto, quien no es para sí mismo. El sabio será sabio para sí mismo: y beberá primero de la fuente de su propio pozo. Por tanto, que tu consideración comience contigo; no solo eso, sino que también en ti termine. A donde quiera que se extienda, devuélvela a ti con fruto de salvación. Tú primero para ti, tú último. Toma ejemplo del Padre supremo de todos, que emite y retiene su Verbo. Tu palabra, tu consideración: que si procede, no se aleje. Que así progrese, que no se salga; que así salga, que no te abandone. En la adquisición de la salvación, nadie es más cercano a ti que el único de tu madre. No pienses nada contra tu propia salvación. He dicho menos, Contra: Debí haber dicho, Aparte de. Cualquier cosa que se ofrezca a la consideración que no tenga relación alguna con tu propia salvación, debe ser rechazada.

CAPÍTULO IV. La autoconciencia se abarca con una triple consideración de uno mismo; y aquí se desarrolla el primer aspecto de la consideración.

7. Y esta consideración de ti mismo se divide en tres partes, si consideras qué, quién y cómo eres. Qué en naturaleza, quién en persona, cómo en costumbres. Qué, por ejemplo, hombre. Quién, Papa o Sumo Pontífice. Cómo, benigno, manso, o cualquier otra cosa semejante. Aunque lo primero es más filosófico que apostólico de investigar; sin embargo, en la definición del hombre, que dicen ser un animal racional y mortal: si deseas examinarlo más detenidamente, puedes hacerlo. No hay nada que se oponga a tu profesión o dignidad en ello: pero sí hay algo que puede aportar a la salvación. Pues considerando estas dos cosas juntas, racional y mortal; de ahí surge el fruto de que lo mortal en ti humille lo racional; y a su vez, lo racional fortalezca lo mortal: lo cual no será descuidado por el hombre circunspecto. Si el lugar presente requiere que se considere algo más, se tratará más adelante, y tal vez de manera más útil a partir de la comparación de las partes.

CAPÍTULO V. Propone el segundo aspecto de la consideración de uno mismo: a saber, Quién es y de dónde.

8. Ahora, quién eres y de qué estás hecho, debe ser advertido. Aunque lo que dije, de qué, creo que debo pasarlo por alto, dejándolo más bien a tu propio conocimiento. Digo que es indigno de ti actuar de manera imperfecta en una perfección tan asumida. ¿Por qué no te avergüenzas de ser encontrado el menor en lo grande, recordando que fuiste grande en lo pequeño? No has olvidado tu primera profesión: no ha escapado de tu mente lo que se ha sustraído a tu mano, ni siquiera a tu afecto. Tenerla presente en cada uno de tus mandatos, juicios, instituciones, no será inútil. Esta consideración te hace despreciador del honor en el mismo honor. Y eso es grande. No se aparte de tu pecho: es un escudo para ti contra aquella flecha, "El hombre, cuando estaba en honor, no lo entendió" (Salmo 48, 13). Habla, pues, contigo mismo: Era despreciado en la casa de mi Dios. ¿Qué es esto, de pobre y despreciado ser elevado sobre naciones y reinos? ¿Quién soy yo, o qué es la casa de mi padre, para que me sienta en lo alto, más sublime? Ciertamente, quien me dijo: "Amigo, sube más arriba" (Lucas 14, 10), confía en que seré amigo. Si me encuentro menos, no es conveniente. Quien elevó, también puede derribar. Queja tardía: "Porque elevándome, me has abatido" (Salmo 102, 11). No hay razón para que la altura adule, donde la preocupación es mayor. Aquella aumenta el peligro, esta prueba al amigo. A esta nos preparemos, si no queremos finalmente ocupar el último lugar con vergüenza.

CAPÍTULO VI. Cómo debe ser el estudio de los líderes de la Iglesia.

9. No podemos disimular el hecho de ser superiores; pero debemos atender a qué. No creo que sea para dominar. Pues el profeta, cuando fue elevado de manera similar, escuchó: "Para arrancar y destruir, y dispersar y disipar, y edificar y plantar" (Jeremías 1, 10). ¿Qué de esto suena a arrogancia? Más bien, el trabajo espiritual se expresa con una especie de esquema de sudor rústico. Y nosotros, por tanto, para no pensar mucho de nosotros mismos, sentimos que se nos ha impuesto un ministerio, no se nos ha dado un dominio. No soy mayor que el profeta; y si acaso igual en poder, pero no hay comparación en méritos. Estas cosas díte a ti mismo, y enséñate a ti mismo, que enseñas a otros. Piensa en ti como uno de los profetas. ¿No es suficiente para ti? Y demasiado. Pero por la gracia de Dios eres lo que eres. ¿Qué? Sé como el profeta: ¿acaso más que profeta? Si eres sabio, estarás contento con la medida que Dios te ha dado. Porque lo que es más, es del mal. Aprende del ejemplo profético a presidir no tanto para mandar, como para hacer lo que el tiempo requiere. Aprende que necesitas una azada, no un cetro, para hacer la obra del profeta. Y ciertamente él no ascendió para reinar, sino para extirpar. ¿Crees que no encontrarás algo que trabajar en el campo de tu Señor? Y mucho. Los profetas no pudieron limpiar todo: dejaron algo para que sus hijos, los Apóstoles, hicieran; algo dejaron tus propios padres para ti. Pero tampoco tú serás suficiente para todo. Sin duda dejarás algo para tu sucesor, y él para otros, y otros para otros hasta el fin. Alrededor de la undécima hora, finalmente, los obreros son reprendidos por su ocio y enviados a la viña. Tus predecesores, los Apóstoles, escucharon que "la mies es mucha, pero los obreros pocos" (Mateo 9, 37). Reclama para ti la herencia paterna. Porque si eres hijo, también eres heredero (Gálatas 4, 7). Para probar que eres heredero, despierta a la preocupación; y no te adormezcas en el ocio, para que no se te diga: ¿Por qué estás aquí todo el día ocioso? (Mateo 20, 6).

10. Mucho menos debes ser encontrado disuelto en placeres o recostado en pompas. Ninguna de estas cosas te asignan las tablas del testador. Pero, ¿qué? Si estás contento con su tenor, heredarás más bien cuidado y trabajo que gloria y riquezas. ¿Te halaga la cátedra? Es un puesto de vigilancia. Desde allí supervisas, sonándote en el nombre de obispo no dominio, sino oficio. ¿Por qué no te colocas en lo alto, desde donde ves todo, tú que has sido constituido vigilante sobre todo? En verdad, esta vigilancia engendra preparación, no ocio. ¿Cómo se puede gloriarse, donde no se puede holgazanear? No hay lugar para el ocio, donde la solicitud de todas las Iglesias urge diligentemente. ¿Qué otra cosa te dejó el santo Apóstol? Lo que tengo, dice, esto te doy. ¿Qué es eso? Una cosa sé: no es oro ni plata, pues él mismo dice: "No tengo oro ni plata" (Hechos 3, 6). Si te toca tener, úsalo no a tu antojo, sino según el tiempo. Así serás usando de ellos, como si no usaras. En cuanto al bien del alma, no son ni buenos ni malos: el buen uso de ellos es bueno, el abuso malo, la preocupación peor, el lucro más vil. Supongamos que te apropias de ellos por cualquier otra razón: pero no por derecho apostólico. Pues él no pudo darte lo que no tenía. Lo que tenía, eso dio, la preocupación, como dije, sobre las Iglesias. ¿Acaso el dominio? Escucha a él mismo. No dominando, dice, en el clero, sino siendo ejemplo del rebaño (1 Pedro 5, 3). Y para que no pienses que lo dijo solo por humildad, no también por verdad, la voz del Señor está en el Evangelio: "Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados bienhechores": y añade: "Pero vosotros no así" (Lucas 22, 25). Es claro: a los Apóstoles se les prohíbe el dominio.

11. Ve, pues, y atrévete a usurpar para ti mismo o un apostolado dominante, o un dominio apostólico. Claramente se te prohíbe uno u otro. Si deseas tener ambos a la vez, perderás ambos. De lo contrario, no te creas exento del número de aquellos de quienes Dios se queja así: "Ellos reinaron, pero no por mí; príncipes se levantaron, y yo no los conocí" (Oseas 8, 4). Ahora, si te agrada reinar sin Dios, tienes gloria, pero no ante Dios. Pero si mantenemos la

prohibición, escuchemos el edicto. El que es mayor entre vosotros, sea como el más joven; y el que es líder, como el que sirve. Esta es la forma apostólica: se prohíbe el dominio, se ordena el servicio, que también se recomienda con el ejemplo del mismo Legislador, quien añade: "Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve" (Lucas 22, 26-27). ¿Quién se considerará ya deshonrado por este título, con el que el mismo Señor de la gloria se designó primero? Con razón Pablo se gloria en él, diciendo: "¿Son ministros de Cristo? Yo más. Como insensato hablo, más yo. En trabajos más abundantes, en cárceles más, en azotes sin medida, en muertes muchas veces" (2 Corintios 11, 23). ¡Oh ministerio preclaro! ¿Qué principado no es más glorioso que este? Si es necesario gloriarse, se te propone la forma de los santos, la gloria de los Apóstoles. ¿Te parece pequeña? ¿Quién me dará ser semejante en la gloria de los santos? Clama el profeta: "Para mí, en cambio, son muy honorables tus amigos, Dios; muy fortalecida es su autoridad" (Salmo 138, 17). Clama el Apóstol: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gálatas 6, 14).

12. Deseo que te gloríes siempre en este óptimo género de gloria, que los Apóstoles, que los Profetas eligieron para sí, te transmitieron. Reconoce tu herencia en la cruz de Cristo, en muchos trabajos. Feliz quien pudo decir: "Más que todos trabajé" (1 Corintios 15, 10). Es gloria, pero en ella no hay nada vano, nada blando, nada recostado. Si el trabajo asusta, que la recompensa invite. Porque cada uno recibirá su recompensa según su trabajo. Y si él trabajó más que todos, no obstante, no lo trabajó todo, y aún hay lugar. Sal al campo de tu Señor, y considera diligentemente cuántas espinas y abrojos aún crecen hoy del antiguo maldición. Sal, digo, al mundo: el campo es el mundo, y te ha sido confiado. Sal a él, no como señor, sino como administrador, para ver y cuidar de lo que se te exigirá cuenta. Sal, sin embargo, con algunos pasos de tu atención solícita e intención cuidadosa. Pues ni siquiera aquellos que fueron enviados a ir por todo el mundo, recorrieron el mundo con la presencia del cuerpo, sino con la providencia de la mente. Y tú levanta algunos ojos de tu consideración, y ve las regiones, si no están más secas para el fuego que blancas para la cosecha. ¿Cuántas, que pensabas que eran frutos, al ser inspeccionadas diligentemente, aparecerán más bien como espinas? Más aún, ni siquiera espinas: son árboles viejos y vetustos, pero no ciertamente fructíferos; a menos que tal vez de bellotas o algarrobas, que los cerdos comen. ¿Hasta cuándo ocuparán la tierra? ¿No te avergonzará, si sales y ves estas cosas, que el hacha esté ociosa; que te avergüence haber recibido en vano la hoz apostólica?

13. En este campo solía salir el patriarca Isaac cuando por primera vez se encontró con Rebeca: y, como dice la Escritura, "Salió a meditar" (Gén. XXIV, 62). Él salió a meditar, tú debes salir a extirpar. La meditación ya debe haberte precedido: es tiempo de actuar. Si ahora comienzas a dudar, ciertamente es tarde. Antes, según el consejo del Salvador, debiste haberte sentado, haber estimado la obra, medido tus fuerzas, ponderado la sabiduría, comparado los méritos, calculado los costos de las virtudes. Actúa, pues, como si el tiempo de la poda estuviera presente, si es que la meditación lo ha precedido. Si has movido el corazón, ya es tiempo de mover la lengua y la mano. Ciñe tu espada, la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 17). Glorifica la mano y el brazo derecho al hacer venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos, al atar a sus reyes con grilletes y a sus nobles con cadenas de hierro. Si haces esto, honras tu ministerio, y el ministerio te honra a ti. No es un principado mediocre. Es expulsar a las malas bestias de tus límites, para que tus rebaños pasten seguros. Domarás lobos, pero no dominarás a las ovejas. Las has asumido para pastorearlas, no para oprimirlas. Si has considerado bien quién eres, no ignoras que esto es lo que debes hacer. Por lo demás, al que sabe y no hace, le es pecado (Santiago IV, 17). No has olvidado dónde leíste: "El siervo que conoce la voluntad de su señor y no hace lo que debe, recibirá muchos azotes" (Lucas XII, 47). Así actuaban los Profetas y los Apóstoles.

Fueron fuertes en la batalla, no blandos en sedas. Si eres hijo de los Apóstoles y Profetas, haz tú lo mismo. Reclama para ti un noble linaje con costumbres similares; que no es noble por otra cosa que por la nobleza de las costumbres y la fortaleza de la fe. Por esta fe conquistaron reinos, obraron justicia, obtuvieron promesas (Hebr. XI, 33). Este es el documento de tu herencia paterna que te desplegamos, donde examines la porción que te corresponde. Viste la fortaleza, y heredarás. Posee la fe, posee la piedad, posee la sabiduría, pero la sabiduría de los santos (que es el temor del Señor), y tendrás lo que es tuyo. Tienes sin defraudación la herencia paterna íntegra. La virtud es el terreno más precioso. La humildad es un buen terreno en el que todo edificio espiritual se construye y crece en templo santo en el Señor. Por esta virtud algunos poseyeron incluso las puertas de sus enemigos. ¿Qué virtud puede igualar a esta en derrotar toda la soberbia de los demonios, la tiranía de los hombres? Sin embargo, aunque esta sea una torre de fortaleza para toda persona sin distinción, no sé cómo, su fuerza se demuestra mayor en los grandes, y más clara en los más ilustres. No hay joya más espléndida, especialmente en el ornato del Sumo Pontífice. Cuanto más alto está sobre los demás, más ilustre aparece por su humildad y por sí mismo.

CAPÍTULO VII. Retomando la cuestión anterior, examina más detenidamente quién es.

15. Quizás se me acuse de que, sin haber explicado suficientemente las primeras partes, de alguna manera el estilo se ha extendido a las segundas, comenzando a describir cómo debes ser, cuando aún no ha expresado plenamente quién eres. Creo que, avergonzado de ver a un hombre desnudo en la cima del ápice, se apresuró a vestirlo con sus insignias. Sin ellas, ciertamente, es más deforme cuanto más ilustre parece. ¿Puede ocultarse la desolación de una ciudad situada sobre un monte, o esconderse el humo de una lámpara extinguida sobre el candelabro? Un mono en el techo, un rey necio sentado en el trono. Y ahora escucha mi canto, y aunque menos suave, es saludable. Monstruosa cosa es un grado supremo y un ánimo ínfimo: un primer asiento y una vida baja; una lengua grandilocuente y una mano ociosa; mucho discurso y ningún fruto; un rostro grave y un acto ligero; una gran autoridad y una estabilidad vacilante. He acercado el espejo: que el rostro feo se reconozca en él: tú alégrate de encontrar el tuyo diferente. Sin embargo, examínate también, no sea que, aunque tengas motivos para complacerte contigo mismo, no falte algo en lo que debas disgustarte. Quiero que te gloríes en el testimonio de tu conciencia, pero no menos que te humilles en el mismo. Rara es la voz, "Nada me reprocha mi conciencia" (I Cor. IV, 4). Caminas más cautelosamente en los bienes, si tampoco te son ocultos los males. Por eso, como dije, concéte a ti mismo, para que entre las angustias que no faltan, disfrutes del bien de la conciencia; pero más aún para que sepas qué te falta. Pues, ¿a quién no le falta algo? Todo le falta a quien cree que no le falta nada. ¿Qué si eres el Sumo Pontífice? ¿Acaso porque eres el Sumo Pontífice, eres el más alto? Conoce que eres ínfimo, si te crees el más alto. ¿Quién es el más alto? A quien no se le puede añadir nada. Te equivocas gravemente si te consideras a ti mismo como él. Lejos de ti. No eres de aquellos que consideran las dignidades como virtudes. Para ti, la virtud fue experimentada antes que la dignidad. Deja esa sentencia a los augustos y a otros que no temieron ser venerados con honores divinos: por ejemplo, Nabucodonosor, Alejandro, Antíoco, Herodes. Tú, en cambio, considera que no se te llama el más alto por consumación, sino por comparación. Y no pienses que hablo de comparación de méritos, sino de ministerios. Así te considere el hombre, como ministro de Cristo, y (lo digo sin perjuicio de la santidad de nadie) claramente el más alto entre los ministros. De otro modo, quisiera que te esfuerces por alcanzar la cima, no que creas ser el más alto, ni que desees ser considerado como tal antes de serlo. Pues, ¿cómo progresas si ya te consideras suficiente? No te sea, por tanto, perezoso investigar qué te falta, ni vergonzoso confesar lo que te falta. Habla también tú con la voz de tu predecesor, "No que ya lo haya alcanzado, o

que ya sea perfecto"; y de nuevo, "Yo mismo no me considero haberlo alcanzado" (Filip. III, 12, 13). Esta es la ciencia de los santos: esta está lejos de aquella que infla. Quien añade esta, añade también dolor (Ecles. I, 18): pero este dolor ningún sabio lo ha evitado jamás. Es, en efecto, un dolor medicinal, por el cual se extirpa ese letal estupor del alma dura y penitente. Y por eso es sabio quien pudo decir: "Y mi dolor está siempre ante mí" (Sal. XXXVII, 18). Ahora ya deben retomarse los restos, si los hay, de aquel lugar del que nos desviamos un poco antes.

CAPÍTULO VIII. Diserta sobre la excelencia de la dignidad y potestad pontificia.

15. Vamos, indaguemos aún más diligentemente quién eres, qué persona representas en la Iglesia de Dios en este tiempo. ¿Quién eres? Gran sacerdote, Sumo Pontífice. Tú, príncipe de los obispos, tú, heredero de los Apóstoles, tú, en primacía Abel, en gobierno Noé, en patriarcado Abraham, en orden Melquisedec, en dignidad Aarón, en autoridad Moisés, en juicio Samuel, en potestad Pedro, en unción Cristo. Tú eres a quien se le han entregado las llaves, a quien se le han confiado las ovejas. Ciertamente hay otros porteros del cielo y pastores de rebaños: pero tú tanto más glorioso cuanto más diferente has heredado ambos nombres sobre los demás. Ellos tienen asignados rebaños, cada uno el suyo: a ti se te han confiado todos, uno solo a uno. No solo de ovejas, sino también de pastores, tú eres el único pastor de todos. ¿De dónde pruebo esto, preguntas? De la palabra del Señor. ¿A quién, no digo de los obispos, sino incluso de los Apóstoles, se le han confiado así absoluta e indiscriminadamente todas las ovejas? "Si me amas, Pedro, apacienta mis ovejas" (Juan XXI, 15). ¿Cuáles? ¿Los pueblos de esta o aquella ciudad, o región, o cierto reino? "Mis ovejas", dice. ¿A quién no le queda claro que no designó algunas, sino que asignó todas? Nada se exceptúa donde nada se distingue. Y tal vez los demás condiscípulos estaban presentes, cuando al confiar a uno, recomendaba la unidad a todos en un solo rebaño y un solo pastor, según aquello: "Una es mi paloma, mi hermosa, mi perfecta" (Cántico VI, 8). Donde hay unidad, allí hay perfección. Los demás números no tienen perfección, sino división, alejándose de la unidad. De ahí que otros, cada uno, recibieron un solo pueblo, conociendo el sacramento. Finalmente, Santiago, que parecía columna de la Iglesia, se contentó con Jerusalén, cediendo a Pedro la universalidad. Bien fue puesto allí para suscitar la descendencia del hermano difunto, donde fue asesinado aquel: pues fue llamado hermano del Señor (Gál. I, 19). Ahora bien, cediendo el hermano del Señor, ¿quién se atrevería a usurpar la prerrogativa de Pedro?

16. Por tanto, según tus cánones, otros han sido llamados a una parte de la solicitud, tú a la plenitud del poder. El poder de los demás está limitado por ciertos límites: el tuyo se extiende incluso sobre aquellos que han recibido poder sobre otros. ¿No puedes, si surge la causa, cerrar el cielo a un obispo, deponerlo del episcopado e incluso entregarlo a Satanás? Así permanece inmovible tu privilegio tanto en las llaves dadas como en las ovejas encomendadas. Recibe otra cosa que igualmente te confirma la prerrogativa. Los discípulos navegaban, y el Señor aparecía en la orilla; y lo que era más gozoso, en un cuerpo resucitado. Sabiendo Pedro que era el Señor, se lanzó al mar, y así llegó a Él, mientras los demás llegaban en la nave (Juan XXI). ¿Qué significa esto? Sin duda, un signo del singular pontificado de Pedro, por el cual no recibió una sola nave, como cada uno de los demás la suya, sino el mismo mundo para gobernar. Pues el mar es el mundo; las naves, las Iglesias. De ahí que en otra ocasión, al igual que el Señor caminando sobre las aguas, se designó a sí mismo como el único vicario de Cristo, quien no debería presidir a un solo pueblo, sino a todos: ya que "muchas aguas, muchos pueblos" (Apoc. XVII, 15). Así, mientras cada uno de los demás tiene la suya, a ti se te ha confiado una sola gran nave; hecha de todas, la misma Iglesia universal, difundida por todo el orbe.

CAPÍTULO IX. Recomienda la consideración de la propia naturaleza.

17. He aquí quién eres. Pero no olvides también qué eres. Pues yo no he olvidado que prometí repetirlo en la oportunidad. ¡Qué oportuno es considerar no solo quién eres, sino también qué eras! ¿Qué digo, eras? Y ahora eres. ¿Qué dejas de mirar, que no has dejado de ser? Una sola consideración es qué fuiste, y qué eres: pues quién te has hecho, es otra. No debe esta consideración suprimir aquella en el examen de ti mismo. Pues eres, como dije, aún lo que eras: y no menos eres esto, que lo que te has hecho después, tal vez incluso más. En efecto, naciste aquello, esto lo adquiriste, no te transformaste en esto. No se ha rechazado aquello, sino que esto se ha añadido. Tratemos ambos juntos: pues, como recuerdo haber dicho, ambas cosas serán más útiles si se consideran mutuamente. Dije antes que al considerar quién eres, la naturaleza se presenta, por la cual eres hombre: pues naciste hombre. Ahora bien, al preguntar quién, se responderá con el nombre de la persona, que eres obispo: lo cual ciertamente te hiciste, no naciste. ¿Cuál de estas cosas crees que es más puramente tuya, y que te pertenece más principalmente? ¿Lo que te hiciste, o lo que naciste? ¿No es lo que naciste? Esto, pues, te aconsejo que consideres principalmente, que eres hombre, lo que también naciste.

18. No solo qué naciste, sino también cómo naciste, debes atender, si no quieres ser defraudado del fruto y utilidad de tu consideración. Por tanto, quita ahora estos taparrabos hereditarios malditos desde el principio. Rompe el velo de hojas que ocultan la ignominia, no curan la herida. Borra el maquillaje del honor fugaz de este mundo, y el brillo de la gloria mal coloreada, para que desnudo consideres al desnudo, porque desnudo saliste del vientre de tu madre (Job I, 21). ¿Acaso con mitra? ¿Acaso resplandeciente de gemas, o floreciente de sedas, o coronado de plumas, o cargado de metales? Si disipas y soplas todas estas cosas, como ciertas nubes matutinas, que pasan rápidamente y pronto pasarán, se te presentará el hombre desnudo, y pobre, y miserable, y miserable; el hombre doliente por ser hombre, avergonzado por estar desnudo, llorando por haber nacido, murmurando por existir; el hombre nacido para el trabajo (Ibid. V, 7), no para el honor; el hombre nacido de mujer, y por ello con culpa; viviendo poco tiempo, y por eso con miedo; lleno de muchas miserias (Ibid. XIV, 1), y por eso con llanto. Y verdaderamente de muchas, porque del cuerpo y del alma a la vez. Pues, ¿qué calamidad falta al que nace en pecado, con un cuerpo frágil y una mente estéril? Verdaderamente, pues, lleno, a quien se le acumula la debilidad del cuerpo y la necesidad del corazón con la mancha hereditaria, la condena de la muerte. Saludable es la unión, para que pensando en ti como Sumo Pontífice, consideres igualmente que no fuiste, sino que eres el polvo más vil. Que la consideración imite a la naturaleza; y que imite también, lo que es más digno, al Autor de la naturaleza, uniendo lo alto y lo bajo. ¿No unió la naturaleza en la persona del hombre el vil barro con el aliento de vida? ¿No mezcló el Autor de la naturaleza en su persona el Verbo y el barro? Así toma para ti la forma tanto de la concreción de nuestro origen, como del sacramento de la redención: para que sentado en lo alto, no pienses en cosas altas, sino que sientas humildemente de ti mismo, y consientas con los humildes.

CAPÍTULO X. Expone el tercer aspecto de la consideración de sí mismo, a saber, cómo es.

19. Por tanto, si consideras cuán grande eres, piensa también cómo eres, y principalmente. Esta consideración ciertamente te mantiene en ti; no te permite volar lejos, ni caminar en cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre ti. Permanece en ti mismo. No te dejes caer abajo, no te eleves por encima, no te extiendas más allá, no te expandas más ampliamente. Mantén el medio, si no quieres perder la medida. El lugar medio es seguro. El medio es la

sede de la medida, y la medida es virtud. Toda morada fuera de la medida, el sabio la considera exilio. Por eso no le es habitar en lo largo, que está más allá de la medida: pero tampoco en lo ancho que está fuera: ni en lo alto o bajo, que uno está por encima, el otro por debajo. En efecto, la longitud suele tener exterminio, la dilatación división, la altura ruina, y la profundidad absorción. Digo esto más claramente, no pienses que hablo de lo que el Apóstol exhorta a comprender con todos los santos, la longitud, la latitud, la altura y la profundidad (Efes. III, 18): lo cual será tema de otra discusión y tiempo (Infra lib. V, capp. 13, 14). Ahora bien, llamo largo cuando el hombre se promete a sí mismo una vida más larga; ancho, cuando el alma se extiende en cuidados superfluos; alto, cuando presume más de sí mismo; profundo, cuando se deprime más. Quien, pues, se mide largos tiempos, ¿no entra verdaderamente en un camino de exterminio, traspasando los límites de la vida con una preocupación más prolongada? De ahí que los hombres en el presente, exiliados de sí mismos por el olvido, migran a otros siglos por una preocupación vana, no provechosa, ni siquiera futura. De igual modo, el alma extendida en muchas cosas, necesariamente se desgarrará con muchas preocupaciones. En efecto, la extensión desmedida causa extenuación, y la extenuación excesiva causa división. Ahora bien, ¿qué es la presunción alta sino una precipitación ruinosa? Has leído, "Antes de la ruina se exalta el corazón" (Prov. XVIII, 12). ¿Qué, en cambio, es la depresión de la pusilanimidad excesiva sino una absorción desesperada? En esta no caerá el fuerte. El prudente no será llevado por la incertidumbre de una vida más larga. El modesto moderará sus preocupaciones, se abstendrá de lo superfluo, no faltará a lo necesario. Por lo demás, el justo no presumirá de cosas más altas que él, sino que hablará con el justo: "Si soy justo, no levantaré mi cabeza" (Job X, 15).

CAPÍTULO XI. Recomienda seriamente al Pontífice un examen serio de sí mismo.

20. Tú, pues, en esta consideración de ti mismo camina cautelosamente, y actúa con toda equidad, para que no te atribuyas más de lo verdadero, ni te perdones más de lo justo. Por lo demás, te atribuyes más de lo verdadero, no solo arrogándote el bien que no tienes, sino también atribuyéndote el que tienes. Distingue vigilante, cuál es de ti, y cuál es don de Dios; y no haya engaño en tu espíritu. Lo habrá, a menos que, repartiendo fielmente, devuelvas sin fraude lo tuyo a ti, y lo que es de Dios a Dios. No dudo que te esté persuadido que de ti son los males, y los bienes del Señor. Ciertamente, al considerar cómo eres, también debes recordar cómo fuiste. Deben compararse las cosas posteriores con las anteriores. Si has progresado en virtud, en sabiduría, en entendimiento, en suavidad de costumbres; o si de estas, tal vez (¡Dios no lo quiera!) has decaído. Si eres más paciente, o más impaciente que antes, más iracundo o más benigno, más insolente o más humilde, más afable o más austero, más fácil de aplacar o más difícil, más pusilánime o más magnánimo, más serio o un poco más disoluto, más temeroso o tal vez más confiado de lo que conviene. ¡Cuán amplio se te presenta el campo en este género de consideración! Yo menciono pocas cosas, como presentando ciertas semillas; no obstante, no sembrando yo mismo, sino dando semilla al sembrador. Debe hacerse conocido para ti tu celo, tu clemencia, también tu discreción moderadora de estas virtudes, cómo eres en perdonar injurias, cómo en vengarlas, cuán prudente eres en observar la medida, el lugar, el tiempo en ambos casos. Sin duda, deben considerarse estas tres cosas en el uso de estas virtudes; no sean virtudes si se encuentran fuera de estas: pues tales, no por naturaleza, sino por uso se hacen virtudes. Porque de por sí se conocen como indiferentes. Es tuyo, o abusando y confundiendo hacer vicios; o usando bien y ordenadamente, virtudes. Suelen, cuando el ojo de la discreción se oscurece, usurparse mutuamente los lugares, ocupar los límites. Por lo demás, dos son las causas de la oscuridad, la ira y el afecto más blando. Este debilita el juicio, aquella precipita. ¿Cómo no se verá en peligro, por uno u otro, la piedad de la clemencia, o la rectitud del celo? El ojo turbado por la

ira no ve nada clemente; el que está nublado por una cierta blandura de ánimo, no ve lo recto. No serás inocente, si castigas a quien tal vez debías perdonar, o perdonas a quien debías castigar.

CAPÍTULO XII. No debe relajarse demasiado el ánimo en la prosperidad, ni decaer en la adversidad.

21. En las tribulaciones tampoco quiero que disimules cómo te encuentras. Si te hallas constante en las tuyas, compasivo en las ajenas, alégrate. Esto es propio de un corazón recto; por el contrario, es de los más perversos si, al ser sorprendido en las tuyas, te muestras impaciente, pero en las ajenas no se te percibe compasivo. ¿Qué hay en las prosperidades? ¿No hay nada que solicite consideración? Sí lo hay, si prestas atención diligente, cuán raro siempre ha sido encontrar a alguien que no haya relajado al menos un poco su ánimo en la prosperidad, apartándose de su custodia y disciplina. ¿Cuándo no ha sido esto para los incautos lo que el fuego para la cera, lo que el rayo del sol para la nieve o el hielo? David fue sabio, Salomón más sabio: pero en las cosas demasiado favorables, uno en parte, el otro en su totalidad, se desvió. Grande es quien, al caer en la adversidad, no se aparta ni un poco de la sabiduría; no es menor aquel a quien la felicidad presente, si le sonríe, no le burla. Aunque más fácilmente encontrarás a quien retuvo la sabiduría en la fortuna adversa, que a quien no la perdió en la favorable. Es preferible y grande aquel en quien, al menos en la prosperidad, no se infiltró una risa indecorosa, una palabra insolente, o un cuidado desmedido por el vestido o el cuerpo.

CAPÍTULO XIII. Desaconseja al Pontífice del ocio y las charlas vanas.

22. Aunque el Sabio exhorta correctamente a escribir la sabiduría en el ocio (Ecli. XXXVIII, 25), también en el ocio hay que evitar el ocio. Por tanto, debe huirse de la ociosidad, madre de las trivialidades, madrastra de las virtudes. Entre los seglares, las trivialidades son trivialidades; en la boca del sacerdote, son blasfemias. Sin embargo, si a veces ocurren, tal vez deban soportarse; nunca deben repetirse. Es mejor intervenir cauta y prudentemente en la trivialidad. Es necesario irrumpir en algo serio, que no solo escuchen con utilidad, sino con agrado, y que dejen de lado las cosas ociosas. Has consagrado tu boca al Evangelio: abrirla a tales cosas ya es ilícito, acostumbrarse a ello es sacrilegio. Los labios del sacerdote, dice, guardan la ciencia y buscan la ley de su boca (Malaquías II, 7): ciertamente no trivialidades ni cuentos. La palabra escurril que colorean con el nombre de ingeniosa o urbana, no basta con que se aleje de la boca: debe ser desterrada también del oído. Te mueves indecorosamente a la risa, más indecorosamente haces reír. Por otra parte, no sabría decir qué es más condenable, si calumniar o escuchar al calumniador.

CAPÍTULO XIV. Evitar al máximo la aceptación de personas en los juicios.

23. No es necesario que te fatigues con la avaricia, ya que se dice que tienes el dinero como la paja. No, en absoluto, no hay que temer por ella en tus juicios. Pero hay algo que no menos frecuentemente, ni menos nocivamente, suele acechar a los jueces: sobre lo cual, especialmente, no quiero que te ocultes lo que yace en tu conciencia. ¿Qué es eso, preguntas? La aceptación de personas. No te consideres reo de un pecado pequeño si tomas en cuenta el rostro de los pecadores y no juzgas más bien las causas de los méritos. Hay también un vicio del cual, si te sientes inmune, entre todos los que conozco de aquellos que han ascendido a las cátedras, te sentarás, a mi juicio, solitario: porque verdaderamente y singularmente te has elevado sobre ti mismo, según el profeta. (Lamentaciones III, 28). Esta es la facilidad de la

credulidad, cuyas astutas zorras de los grandes no he encontrado a nadie que haya sabido suficientemente precaverse de sus astucias. De ahí para ellos mismos muchas iras por nada, de ahí la frecuente condena de los inocentes, de ahí los prejuicios contra los ausentes. Sin embargo, me congratulo contigo: pues no temo incurrir en la nota de adulación contigo: me congratulo, digo, de que presidas hasta ahora sin mucha queja de todos estos: si también sin culpa, tú lo verás. Ahora, la consideración debe dirigirse a las cosas que están bajo ti. Pero esto es de otro principio: ya que para tus ocupaciones un discurso más breve es más adecuado.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Que el Pontífice no debe someter a todos a su dominio, sino llevar a todos, en cuanto sea posible, al seno de la Iglesia.

1. El final del libro anterior pone el principio a este. Así que, según lo prometido, deben considerarse las cosas que están bajo ti. ¿Cuáles son esas cosas? No es algo que debas preguntar a mí, óptimo sacerdote Eugenio; tal vez más correctamente deberías preguntar qué no son. Quien quiera explorar lo que no pertenece a tu cuidado debe salir del mundo. Tus padres fueron destinados no a conquistar algunas regiones, sino el mismo mundo: Id por todo el mundo (Marcos XVI, 15), se les dijo. Ellos, vendiendo túnicas, compraron espadas, palabra encendida y espíritu vehemente, armas poderosas en Dios. ¿A dónde no llegaron los ilustres vencedores, hijos de los sacudidos? ¿A dónde no llegaron las flechas agudas de los poderosos con carbones desoladores? (Salmo CXIX, 4). Y en verdad, su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Salmo XVIII, 5). Penetraban e incendiaban aquellas palabras encendidas en el fuego que el Señor envió a la tierra (Lucas XII, 49). Caían los más valientes guerreros, pero no sucumbían: triunfaban incluso muertos. Su principado fue muy fortalecido (Salmo CXXXVIII, 17): fueron constituidos príncipes sobre toda la tierra (Salmo XLIV, 17). Tú les has sucedido en la herencia. Así, tú eres heredero y el mundo es herencia. Pero en cuanto esta porción te toca, o les tocó a ellos, debe ser ponderado con sobria consideración. No creo que de todas maneras, sino ciertamente hasta cierto punto (como me parece) se te ha confiado la administración sobre él, no se te ha dado la posesión. Si continúas usurpando también esto, te contradice quien dice: Mío es el mundo y su plenitud (Salmo XLIX, 12). No eres aquel de quien el profeta dice: Y toda la tierra será su posesión (Salmo CIII, 24). Este es Cristo, quien reclama la posesión para sí, tanto por derecho de creación, como por mérito de redención, y por don del Padre. Pues, ¿a quién más se le ha dicho: Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya, y por posesión tuya los confines de la tierra (Salmo II, 8)? Cede a este la posesión y el dominio: tú cuida de él. Esta es tu parte: no extiendas más la mano.

2. ¿Qué, dices? ¿No niegas presidir y prohíbes dominar? Exactamente así. Como si no presidiera bien quien preside con solicitud. ¿Acaso no está también la villa sujeta al mayordomo y el pequeño señor al pedagogo? Sin embargo, aquel no es el señor de la villa, ni este el señor de su señor. Así también tú presides para proveer, para aconsejar, para procurar, para servir. Presides para beneficiar; presides como siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia. ¿Para qué? Para darles el alimento a su tiempo (Mateo XXIV, 45); esto es, para dispensar, no para mandar. Haz esto y no busques dominar a los hombres, hombre, para que no te domine toda injusticia. Pero eso ya se indicó suficientemente arriba, cuando se discutía quién eres. Sin embargo, añadido esto: pues no temo más veneno, ni espada, que la lujuria de dominar. Ciertamente, si te atribuyes mucho, si no estás muy engañado, no te consideras haber recibido más de los grandes Apóstoles. Recuerda ahora aquella voz: A sabios e insensatos soy deudor (Romanos I, 14). Y si no consideras indebida esa misma para

ti, recuerda también esto, que el nombre de deudor es más molesto para el que sirve que para el que domina. El siervo en el Evangelio escucha: ¿Cuánto debes a mi señor? (Lucas XVI, 5). Por lo tanto, si te reconoces no como dominador, sino como deudor a sabios e insensatos, debes cuidar con suma atención y vigilancia cómo los que no son sabios se vuelvan sabios y los que han desvariado recapaciten. Pero ningún género de insensatez es más insensato que la infidelidad, por así decirlo. Por lo tanto, también eres deudor a los infieles, a los judíos, a los griegos y a los gentiles.

3. Por tanto, te interesa esforzarte cuanto puedas para que los incrédulos se conviertan a la fe, los convertidos no se aparten, los apartados regresen; además, que los perversos se ordenen a la rectitud, los subvertidos sean llamados a la verdad: los subversores sean convencidos con razones invictas, para que o bien se enmienden ellos mismos, si es posible; o si no, pierdan la autoridad y la facultad de subvertir a otros. No debes en absoluto disimular con este género de insensatos, el peor. Me refiero a los herejes y cismáticos: pues estos son subvertidos y subversores; perros para la división, zorros para el fraude. Estos, digo, deben ser corregidos principalmente por tu esfuerzo, para que no perezcan; o para que no destruyan, deben ser contenidos. Está bien, el tiempo te excusa de los judíos: tienen su término que no podrá ser prevenido. La plenitud de los gentiles debe preceder. Pero, ¿qué respondes de las mismas gentes? Más bien, ¿qué te responde tu consideración al preguntarte así? ¿Qué les pareció a los padres poner un límite al Evangelio, suspender la palabra de la fe, mientras dure la infidelidad? ¿Por qué razón, creemos, se detuvo rápidamente la palabra que corría? (Salmo CXLVII, 15). ¿Quién primero detuvo este curso saludable? Y tal vez a ellos una causa que desconocemos, o una necesidad, pudo haberles impedido.

4. ¿Cuál es nuestra razón para disimular? ¿Con qué confianza, con qué conciencia no ofrecemos a Cristo a aquellos que no lo tienen? ¿O detenemos la verdad de Dios en la injusticia? Y ciertamente, es necesario que alguna vez llegue la plenitud de los gentiles. ¿Esperamos que la fe caiga sobre ellos? ¿A quién le ha tocado creer por casualidad? ¿Cómo creerán sin un predicador? (Romanos X, 14). Pedro fue enviado a Cornelio, Felipe al eunuco (Hechos X, 20, y VIII, 26), y, si buscamos un ejemplo más reciente, Agustín fue enviado por el beato Gregorio, y transmitió la forma de la fe a los ingleses. Y sobre estos, así contigo. Yo añadido también sobre la pertinacia de los griegos, que están con nosotros, y no están con nosotros, unidos en la fe, divididos en la paz, aunque también en la misma fe han cojeado de los caminos rectos. Y también sobre la herejía, que casi en todas partes se infiltra en secreto; en algunos lugares actúa abiertamente. Pues se apresura a devorar públicamente y por todas partes a los pequeños de la Iglesia. Preguntas dónde está esto. Tus [hombres], que visitan tan a menudo la tierra del Sur, ellos lo saben y pueden decírtelo. Van y vienen por medio de ellos, o pasan cerca: pero aún no hemos oído qué bien han hecho con ellos. Y tal vez lo habríamos oído, si no fuera porque la salvación del pueblo se ha devaluado ante el oro de España. Es tu deber también proveer un remedio para esta plaga.

5. Pero hay una insensatez que ha hecho casi insensata la misma sabiduría de la fe. ¿Cómo este virus ha infectado casi toda la misma Iglesia Católica? Pues mientras cada uno busca lo suyo en ella, resulta que, envidiándonos mutuamente, provocándonos mutuamente, nos ejercitamos en odios, nos animamos a las injurias, nos armamos para las disputas, nos burlamos con engaños, nos lanzamos a las detracciones, estallamos en maldiciones, somos oprimidos por los más fuertes, oprimimos a los más débiles. ¡Cuán digna y laudablemente se ocupa la meditación de tu corazón contra tan pestilente género de insensatez, que consideras ha ocupado el mismo cuerpo de Cristo, que es la multitud de creyentes! ¡Oh ambición, cruz de los que ambicionan! ¿Cómo, torturando a todos, a todos agradas? Nada más amargo tortura, nada más molesto inquieta; sin embargo, nada más célebre en sus negocios entre los

miserables mortales. ¿Acaso no es la ambición, más que la devoción, la que desgasta ya los umbrales de los Apóstoles? ¿Acaso no resuena todo el día vuestro palacio con sus voces? ¿Acaso no toda la disciplina de las leyes y cánones suda con sus quejas? ¿Acaso no toda la rapacidad italiana anhela insaciablemente sus despojos? ¿Por qué, o más bien, qué otra cosa interrumpe, si no corta, tus mismos estudios espirituales? ¿Cuántas veces tus santos y fecundos ocios han sido abortados por este inquieto y perturbador mal? Una cosa es que los oprimidos apelen a ti, otra cosa es que la ambición intente reinar en la Iglesia a través de ti. No debes faltarles a ellos, ni en absoluto asentir a esta.

CAPÍTULO II. Qué medida debe aplicarse en las apelaciones a la Sede apostólica.

6. Y puesto que se ha mencionado sobre las apelaciones, no estará fuera de lugar proseguir un poco. Se necesita una gran y piadosa atención en estas; para que lo que fue previsto con gran necesidad, no se vuelva inútil por un mal uso. Me parece que también pueden llegar a ser de gran perjuicio, si no se manejan con el máximo control. Se apela desde todo el mundo a ti. Eso, en verdad, en testimonio de tu singular primacía. Pero tú, si eres sabio, no te alegrarás del primado, sino del fruto. A los apóstoles se les dijo: No os alegréis de que los espíritus se os sujeten (Lucas X, 20). Se apela a ti, como dije: y ojalá tan fructuosamente como necesariamente. Ojalá que cuando el oprimido clame, el opresor lo sienta, y no se enorgullezca el impío de que el pobre se encienda. ¿Qué tan decoroso es que a la invocación de tu nombre los oprimidos huyan, y los astutos no rehúyan? ¿Qué tan perverso, tan ajeno a lo recto, es que se alegre quien hizo el mal; y quien lo sufrió, se fatigue en vano? Inhumanamente no te conmueves hacia el hombre, a quien las injurias infligidas le han acumulado dolor y el trabajo del viaje, y las pérdidas de los gastos: pero no obstante, ignominiosamente no te conmueves hacia aquel que fue en parte autor, en parte causa de tantas calamidades. Despierta, hombre de Dios, cuando estas cosas suceden: que se mueva tu compasión, que se mueva también tu indignación. Debes consolar al herido con la reparación de sus daños, la satisfacción de las injurias, el fin de las calumnias: con aquel debe tratarse de tal manera que se arrepienta de haber hecho lo que no temió hacer, y no se ría de las penas del inocente.

7. Creo que lo mismo debe sufrir aquel que tal vez apeló sin causa. Esta fórmula de justicia te la prescribe tanto la divina e inmutable razón de equidad, como, si no me equivoco, la misma ley de las apelaciones, para que la apelación usurpada ilícitamente no beneficie al apelante, ni perjudique al apelado. ¿Por qué, entonces, ha de ser fatigado en vano el hombre? Qué lleno de justicia es que se haya perjudicado a sí mismo quien quiso perjudicar al prójimo. Apelar injustamente es injusto; apelar injustamente e impunemente es el fomento de las apelaciones injustas. Pero toda apelación es injusta si no fue forzada por la falta de justicia. Apelar, no para agravar, sino si te agravan, es lícito. Se debe apelar de una sentencia. Antes de la sentencia, presumir una apelación es completamente impropio, a menos que sea por un agravio manifiesto. Por lo tanto, quien apela sin haber sido agraviado, está claro que o bien intenta agravar, o bien ganar tiempo. Sin embargo, la apelación no es un refugio, sino un recurso. ¿Cuántos conocemos que han apelado siendo golpeados, para que mientras tanto se les permitiera lo que nunca se permite? Sabemos también que a algunos, mientras vivieron, se les permitió con el recurso de la apelación cosas nefarias, por ejemplo, incesto, adulterio. ¿Qué es esto, patrocinar la deshonra, que más bien debería ser temida por los deshonrosos? ¿Hasta cuándo ignoras, o no adviertes, el murmullo de toda la tierra? ¿Hasta cuándo duermes? ¿Hasta cuándo no despierta tu consideración ante tanta confusión y abuso de las apelaciones? Se hacen fuera de derecho y de razón, fuera de costumbre y orden. No se discierne lugar, modo, tiempo, causa, ni persona. Se presumen a la ligera por todas partes, a menudo también con malicia. ¿No solían ser especialmente temidos por los que querían hacer

el mal? Ahora se convierten más bien en un terror para los buenos. El antídoto se ha convertido en veneno. No es esta la mutación de la diestra del Altísimo.

8. Los buenos son apelados por los malos, para que no hagan el bien: y se abstienen de la voz de tu trueno temiendo. Finalmente, se apela a los obispos para que no se atrevan a disolver o prohibir matrimonios ilícitos. Se apela para que no presuman castigar o reprimir de ninguna manera robos, hurtos, sacrilegios, y cosas semejantes. Se apela para que no puedan repeler o remover de los oficios sagrados o beneficios a personas indignas e infames. ¿Qué remedio encuentras para esta enfermedad, para que lo que fue encontrado como remedio no se descubra como muerte? El Señor se indignó porque la casa de oración se convirtió en cueva de ladrones (Mateo XXI, 13): ¿tú, su ministro, disimulas que el refugio de los miserables se ha convertido en armas para la iniquidad? Ves que por todas partes se arrebatan las partes de los oprimidos, y se lanzan a apelar no tanto los agraviados, como los que quieren agraviar. ¿Qué misterio es este? Es tu deber considerarlo, no el mío comentarlo. Y, preguntas, ¿por qué los mal apelados no vienen a mostrar su inocencia, a demostrar la malicia? Digo lo que suelen decir a esto: No queremos ser molestados en vano. En la corte hay quienes más fácilmente favorecen a los apelantes, fomentan las apelaciones. Es mejor ceder en Roma que ceder en casa.

9. Confieso que no creo del todo en esto. ¿A quién me das en tantas apelaciones frecuentes que hoy se hacen, que por los gastos del viaje haya devuelto siquiera una moneda a aquel a quien tal vez apeló? Es sorprendente si todos los apelantes son justos y los apelados culpables según vuestro examen. Amad, dice, la justicia, los que juzgáis la tierra (Sabiduría I, 1). No basta con mantener la justicia, sino también amarla. Los que la mantienen, la mantienen; los que la aman, la celan. El amante de la justicia busca la justicia y la persigue: además, persigue toda injusticia. Nada tienes que ver con aquellos que consideran las apelaciones como cacerías. Avergüenza el elogio, que entre los paganos ya se ha convertido en parábola: Movimos dos ciervos gordos. Para hablar más suavemente, aquí hay más ingenio que justicia. Si amas la justicia, no buscas las apelaciones, sino que las soportas. Sin embargo, ¿qué beneficio aporta a las iglesias de Dios tu justicia de un solo hombre, donde prevalece la sentencia de los que están inclinados de otra manera? Pero eso será del lugar de aquel, cuando comiencen a tratarse las cosas que están a tu alrededor (Infra, IV, 5).

10. Ahora bien, no pienses que te dedicas ociosamente a esta consideración, por la cual devuelves las apelaciones a un uso legítimo, si es posible. Y si se busca o más bien se cuida mi opinión al respecto, digo que las apelaciones no deben ser despreciadas, pero tampoco deben ser usurpadas por completo. Además, no podría decir fácilmente cuál de estas dos cosas considero más insolente: a menos que la usurpación parezca inducir una necesidad de desprecio, y por ello quizás deba ser perseguida más severamente, ya que causa más daño. ¿O no es realmente más dañina, mala en sí misma, peor en su resultado? ¿No es ella la que también debilita o extermina el mismo derecho natural? Pues a menudo incluso a las cosas más valiosas no solo les quita el valor, sino que se lo arrebató. ¿Qué hay más aceptable que los Sacramentos? Sin embargo, cuando son usurpados por indignos o tratados indignamente, no son aceptados en absoluto. Más bien, traen condenación porque no tienen la debida veneración. Confieso que las apelaciones son un gran y general bien para el mundo: y tan necesario como el mismo sol para los mortales. En verdad, es un sol de justicia, revelando y reprendiendo las obras de las tinieblas. Deben ser fomentadas y sostenidas: pero aquellas que la necesidad ha extorsionado, no las que la astucia ha inventado. Todas estas son usurpadoras, no ayudando en la necesidad, sino asistiendo a la iniquidad. ¿Por qué no habrían de caer en el desprecio? ¿Cuántos, para no ser fatigados por un largo y vano viaje, han renunciado incluso

a su propio derecho para deferir a tales? Sin embargo, muchos, no soportando perder lo suyo, han despreciado las apelaciones menos oportunas y los altos nombres de manera más inoportuna.

11. Digo algo que es relevante, a modo de ejemplo. Un hombre había desposado públicamente a una esposa. Llega el día célebre de las bodas, todo está preparado, muchos invitados. Y he aquí que un hombre, codiciando la esposa de su prójimo, irrumpe con una apelación inesperada, afirmando que le fue entregada antes, que debería ser suya [al. añade ¿Qué más?]. El novio queda atónito, todos quedan perplejos, el sacerdote no se atreve a proceder, todo ese aparato se frustra; cada uno regresa a su casa, a comer su propia cena, la novia es suspendida de la mesa y del tálamo del novio, hasta que se regresa de Roma. Esto ocurrió en París, una noble ciudad de las Galias, sede real. Nuevamente, en la misma ciudad, un hombre, habiendo desposado a una esposa, fijó el día de las bodas. Mientras tanto, surge una calumnia, diciendo algunos que no deberían unirse. El caso fue llevado al juicio de la Iglesia, pero no se esperó la sentencia, se apeló sin causa, sin agravio, solo con la intención de una dilación frustratoria. Pero él, ya sea por no querer perder lo que había preparado, o por no querer ser frustrado tanto tiempo del consorcio de su amada, llevó a cabo lo que había propuesto, despreciando o disimulando la apelación. ¿Qué hay de lo que recientemente fue presumido por un joven en la iglesia de Auxerre? Pues bien, al morir el santo obispo, queriendo los clérigos elegir a otro, como es costumbre, intervino él apelando, y prohibiendo que se hiciera, hasta que fuera y regresara de la ciudad: sin embargo, a esa apelación ni él mismo prestó atención. Pues al ver que era despreciado, como quien había apelado irracionalmente; convocando a quienes pudo, al tercer día después de la elección hecha por otros, hizo la suya.

12. Por lo tanto, ya que de estos y de innumerables casos similares queda claro que la usurpación no nace del desprecio, sino el desprecio de la usurpación: considera tú, qué significa que tu celo casi siempre defiende aquello, mientras disimula esto. ¿Quieres reprimir más perfectamente el desprecio? Procura que en el mismo vientre de la mala madre se ahogue el malvado germen. Esto se logrará si la usurpación es castigada con la debida atención. Elimina la usurpación, y el desprecio no tendrá excusa. Además, la inexcusabilidad eliminará la audacia. Por lo tanto, no haya usurpador, y no habrá despreciador, o será muy raro. Haces bien en que, negando el apoyo, o más bien el refugio de las apelaciones, remites muchos asuntos a quienes los conocen, o quienes pueden conocerlos más rápidamente. Pues donde hay un conocimiento más cierto y fácil, allí la decisión puede ser más segura y expedita. ¡Cuán lleno de gracia, cuántos trabajos y gastos ahorras de esta manera! Pero a quienes así confías, debes atender en todo sentido. Podría añadir muchas cosas útiles sobre lo mismo: pero recordando mi propósito, contento por ahora con haber dado la ocasión, paso a otros asuntos.

CAPÍTULO III. Los prelados de la Iglesia no están constituidos tanto para presidir y alimentarse a sí mismos, como para beneficiar a otros.

13. Y lo primero que se presenta, creo que no debe pasarse por alto. Presides, y de manera singular. ¿Para qué? Necesita, te digo, consideración. ¿Acaso para crecer a expensas de los súbditos? De ninguna manera, sino para que ellos crezcan a partir de ti. Te han constituido príncipe, pero para ellos, no para ti. De lo contrario, ¿cómo te consideras superior a aquellos de quienes mendigas un beneficio? Escucha al Señor: Los que tienen poder sobre ellos son llamados benefactores (Lucas XXII, 25). Pero eso es de los que están fuera. ¿Qué hay para nosotros? Se te llamará falsamente así, si no pretendes tanto ser benefactor como presidir sobre los benefactores. Es de un ánimo pequeño y abatido no buscar el progreso de los

súbditos, sino el propio beneficio. Especialmente en el más alto de todos, nada es más vergonzoso. Entonces, el Maestro de los Gentiles sabiamente consideró que los padres deben atesorar para los hijos, no los hijos para los padres (II Cor. XII, 14). No es una voz de gloria mediocre aquella repetida de él mismo: No busco el don, sino el fruto (Filip. IV, 17). Pero ya pasemos de aquí, no sea que alguien interprete mi demora en esto como una nota de avaricia en ti: de la cual, cuán lejos estás, he testificado en el libro anterior (cap. 4), sabiendo cuánto, y en cuánta necesidad tuya, has rechazado. Por lo tanto, te he escrito esto, no por ti. Pues lo que se te escribe, no debe beneficiar solo a ti. Este lugar critica la avaricia, de la cual tu opinión es bastante inmune; si también lo es tu obra, tú lo verás. Sin embargo, hemos visto (por no mencionar lo ofrecido por los pobres [o más pobres], que no te dignas tocar) que los sacos alemanes se han desinflado [o retenido], pero por precio, no por masa. El dinero se consideró heno: los mensajeros, sin levantar las cargas, regresan cargados, aunque a regañadientes. Algo nuevo. ¿Cuándo hasta ahora Roma ha rechazado [o rehuido] el oro? Y ahora no creemos que esto haya sido usurpado por consejo de los romanos. Vinieron dos, ambos ricos, y ambos culpables. Pues uno era de Maguncia, el otro de Colonia: a uno se le devolvió la gracia gratuitamente; el otro, indigno creo de que se le devolviera la gracia, escuchó: Con la vestidura con la que entraste, con esa saldrás. ¡Oh voz magnífica! ¡Voz verdaderamente de libertad apostólica! ¿Qué menos tuvo esta que aquella, Tu dinero perezca contigo? (Hechos VIII, 20.) Excepto que en aquella sonó más celo, en esta más modestia. ¿Qué hay de aquel que, desde las partes de ultramar, casi desde los confines de la tierra, corriendo por el episcopado, comprando de nuevo con sus propias y ajenas facultades? Pues ya había comprado antes. Trajo mucho, pero no todo lo devolvió. Cayó el pobre en otras manos, más dispuestas a recibir que a dar. Hiciste bien, manteniendo las tuyas inocentes en ambos casos, no imponiendo al ambicioso, ni someténdote al iniquo mamón. No así te abstuviste del pobre obispo, dando lo que debía dar, para que no se le notara como no generoso: recibió en secreto lo que dio en público. Así, de tu bolsa se consultó la vergüenza del hombre, así también, complaciendo a la curia, evitó la envidia de aquellos que aman los regalos. No puedes ocultarlo: conocemos tanto el hecho como la persona. ¿Te molesta escucharlo? Y yo tanto más proclamo, cuanto más te molesta escucharlo: si así te conviene, y a mí también. No debo callar la gloria de Cristo, ni tú buscar la tuya. Y si sigues murmurando, se te responderá del Evangelio: Cuanto más les mandaba, tanto más lo proclamaban, diciendo: Todo lo ha hecho bien (Marcos VII, 36, 37).

CAPÍTULO IV. Los grados de órdenes y dignidades que hay en la Iglesia no deben confundirse ni perturbarse temerariamente. De aquí critica el abuso de buscar privilegios y exenciones.

14. Escucha otra cosa, si es que es otra. Pues quizás alguien diga que pertenece al mismo asunto. Tu consideración verá esto. A mí me parece que no está lejos de la verdad quien piense que esto debe colocarse entre las especies de avaricia. Yo no negaría que sea una especie de ella o que tenga su apariencia. Ciertamente, es parte de tu perfección evitar tanto las malas cosas como las malas apariencias. En una, consultas a la conciencia; en la otra, a la fama. Supón que no te es lícito (aunque quizás en otros casos lo sea) cualquier cosa que esté mal coloreada. Finalmente, pregunta a tus mayores, y te dirán: Absteneos de toda especie de mal (I Tes. V, 22). Ciertamente, el ministro del Señor debe imitar al Señor, porque él mismo dice: El que me sirve, sígame (Juan XII, 26). Y tienes de él: El Señor reina, se ha vestido de esplendor, el Señor se ha vestido de fortaleza (Salmo XCII, 1). Tú también sé fuerte en la fe, decoroso en la gloria; y te habrás probado como imitador de Dios. Tu fortaleza, la confianza de una conciencia fiel; tu decoro, el esplendor de una buena opinión. Así, te ruego, vístete de fortaleza; pues el gozo del Señor es tu fortaleza. Además, en tu apariencia y belleza se deleita

igualmente como en su propia semejanza. Vístete con las vestiduras de tu gloria, vístete con las dobles, con las que esa mujer fuerte solía vestir a los suyos (Prov. XXXI, 21). No haya en la conciencia una vacilante debilidad de poca fe, no haya en la fama una mancha de mala apariencia; y te habrás vestido con las dobles, y el esposo se regocijará sobre la esposa de tu alma, y tu Dios se regocijará sobre ti. ¿Te sorprende hacia dónde va esto, ignorante aún de lo que quiero decir? No te retengo más. Hablo del murmullo y la queja de las iglesias. Claman que están siendo truncadas y desmembradas. O no hay, o son muy pocas, las que no sienten o temen esta herida. ¿Preguntas cuál? Se sustraen los abades de los obispos, los obispos de los arzobispos, los arzobispos de los patriarcas o primados. ¿Es esta una buena apariencia? Es extraño si puede excusarse incluso la obra. Así, al actuar de esta manera, demuestran tener la plenitud del poder, pero quizás no tanto de justicia. Hacen esto porque pueden: pero si también deben, es la cuestión. Están puestos para guardar los grados y órdenes de honores y dignidades a cada uno, no para envidiar, como dice uno de los suyos: A quien honor, honor (Rom. XIII, 7).

15. Aquel hombre espiritual que juzga todas las cosas, para que él mismo no sea juzgado por nadie (I Cor. II, 15), precederá toda su obra con una triple consideración. Primero, si es lícito; luego, si es decoroso; finalmente, si es conveniente. Pues aunque está claro en la filosofía cristiana que no es decoroso sino lo que es lícito, ni conveniente sino lo que es decoroso y lícito: no obstante, no todo lo que es lícito será necesariamente decoroso o conveniente. Vamos, apliquemos, si podemos, estas tres cosas a esta obra. Pero, ¿cómo no es indecoroso para ti usar la voluntad como ley; y porque no hay a quién apelar, ejercer el poder, descuidar la razón? ¿Eres tú mayor que tu Señor, quien dice: No he venido a hacer mi voluntad! (Juan VI, 38.) Aunque no es menos de un ánimo abatido que de uno altivo actuar no por razón, sino por capricho; ni ser guiado por juicio, sino por apetito. ¿Qué hay más bestial? Y si es indigno de cualquiera que use la razón vivir como un animal, ¿quién en ti, rector de todos, soportará tal afrenta a la naturaleza, injuria al honor? Al degenerar así, ¡Dios no lo quiera! has hecho propio el oprobio general: El hombre, estando en honor, no entendió; fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Salmo XLVIII, 13). ¿Qué hay también tan indigno de ti, como que teniendo todo, no estés contento con todo, a menos que te esfuerces por hacer tuyas de alguna manera las pequeñas porciones de la misma universidad que te ha sido confiada, como si no fueran tuyas? Aquí también quiero que recuerdes la parábola de Natán sobre el hombre que, teniendo muchas ovejas, codició la única que era del pobre (II Sam. XII). Aquí también viene el hecho, o más bien el crimen del rey Acab, quien tenía el dominio de todo, y codició una sola viña. Dios te libre de escuchar lo que él escuchó: ¿Has matado y también poseído? (I Reyes XXI).

16. Sin embargo, no me pongas como excusa el fruto de esa emancipación. No hay ninguno, excepto que de allí los obispos se vuelven más insolentes, los monjes también más disolutos. ¿Qué hay de que también se vuelven más pobres? Examina más detenidamente las facultades y vidas de tales libertos en todas partes, si no se encuentra una pobreza muy vergonzosa en estos, y en aquellos secularidad. Esta es la doble descendencia de la nociva libertad de la madre. ¿Por qué no peca más licenciosamente el pueblo vagabundo y mal liberado, cuando no hay quien lo reprenda? ¿Por qué no se despoja y depreda más licenciosamente la religión inerme, cuando no hay quien la defienda? ¿A dónde, pues, tienen refugio? ¿Acaso a los obispos que sienten la injuria? Con ojos risueños miran, ya sea lo malo que hacen, ya sea lo que sufren. ¿Qué utilidad hay finalmente en esta sangre? Temo que sea aquella que Dios amenazó en el profeta: Él morirá en su iniquidad, pero su sangre demandaré de tu mano (Ezequiel III, 18). Pues si tanto se exalta el que es sustraído, como el que es sustraído murmura; ¿cómo es inocente el que sustrae? No es suficiente: envolvemos fuego: escucha

más claramente. Si el que murmura está muerto según el alma; ¿cómo vive el que incita? ¿Y cómo no es culpable de la muerte de ambos, y también de la suya, quien dio la espada, con la que ambos murieron? Esto es lo que dije: ¿Has matado y también poseído? Añade que los que oyen, se escandalizan, se indignan, murmuran y blasfeman; esto es, son heridos de muerte. No es buen árbol el que da tales frutos, insolencias, disoluciones, dilapidaciones, rivalidades, escándalos, odios: y lo que es más doloroso, enemistades graves y perpetuas discordias entre las iglesias. Ves cuán verdadero es aquel dicho: Todo me es lícito, pero no todo conviene (I Cor. X, 22). ¿Qué si acaso ni siquiera es lícito? Perdóname: no me inclino fácilmente a consentir que sea lícito lo que engendra tantas cosas ilícitas.

17. ¿Acaso piensas que te es lícito mutilar a las iglesias de sus miembros, confundir el orden, perturbar los límites que establecieron tus padres? Si es de justicia guardar a cada uno lo suyo; ¿cómo puede convenir a la justicia quitar a alguien lo suyo? Te equivocas si piensas que tu poder apostólico fue instituido por Dios como el único y supremo. Si piensas esto, disientes de quien dice: No hay poder sino de Dios. Por lo tanto, lo que sigue, Quien resiste al poder, resiste a la ordenación de Dios; aunque principalmente se refiere a ti, no obstante, no singularmente. Finalmente, el mismo dice: Toda alma esté sujeta a las potestades superiores (Rom. XIII, 1, 2). No dice, Superior, como en uno, sino superiores, como en muchos. Por lo tanto, no solo tu poder es del Señor; hay también medianos, hay también inferiores. Y así como lo que Dios ha unido, no debe separarse (Mat. XIX, 6): así tampoco lo que ha subordinado, debe compararse. Haces un monstruo si, apartando la mano, haces que el dedo cuelgue de la cabeza, superior a la mano, colateral al brazo. Tal es si en el cuerpo de Cristo colocas los miembros de manera diferente a como él mismo dispuso. A menos que pienses que es otro quien puso en la Iglesia a algunos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como doctores y pastores, para la perfección de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Y este cuerpo, que el mismo Pablo, con su verdadero elocuente apostólico, figurando y adaptando convenientemente a la cabeza, lo declara todo compactado y unido por toda junta de suministro, según la operación en la medida de cada miembro, haciendo el aumento del cuerpo para su edificación en amor (Efes. IV, 11, 12, 16). No consideres vil esta forma, porque está en la tierra: tiene su modelo en el cielo. Pues el Hijo no puede hacer nada, sino lo que ve hacer al Padre (Juan V, 19), especialmente cuando bajo el nombre de Moisés se le dijo: Mira que hagas todo según el modelo que te fue mostrado en el monte (Éxodo XXV, 40).

18. Lo vio aquel que decía: Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, preparada por Dios (Apoc. XXI, 2). Pues creo que se dijo por la semejanza que así como allí los Serafines y Querubines, y todos los demás hasta los Ángeles y Arcángeles, están ordenados bajo una sola cabeza, Dios; así también aquí bajo un solo Sumo Pontífice, los primados o patriarcas, arzobispos, obispos, presbíteros, o abades, y los demás de este modo. No debe considerarse de poca importancia lo que tiene a Dios como autor y toma su origen del cielo. Si un obispo dice, No quiero estar bajo el arzobispo; o un abad, No quiero obedecer al obispo: esto no es del cielo. A menos que hayas oído a algún ángel decir, No quiero estar bajo los arcángeles: o a alguien de cualquier otro orden inferior no soportando estar bajo nadie, sino Dios. ¿Qué, dices? ¿prohíbes dispensar? No, sino disipar. No soy tan rudo como para ignorar que están puestos como dispensadores, pero para edificación, no para destrucción (II Cor. XIII, 10). Finalmente, se busca entre los dispensadores que se halle alguno fiel (I Cor. IV, 2). Donde la necesidad apremia, la dispensación es excusable: donde la utilidad provoca, la dispensación es laudable. Utilidad, digo, común, no propia. Pues cuando nada de esto es, claramente no es una dispensación fiel, sino una cruel disipación. Sin embargo, algunos monasterios, situados en diversas diócesis, que pertenecieron de manera

especial desde su fundación a la Sede apostólica por voluntad de los fundadores, ¿quién no lo sabe? Pero una cosa es lo que concede la devoción, otra lo que la ambición impaciente de sujeción intenta. Y esto dicho sobre estos.

CAPÍTULO V. Incumbe al Sumo Pontífice la responsabilidad de que los decretos apostólicos y las instituciones de los mayores se mantengan en todo el mundo.

19. Resta que tu consideración se dirija en general al estado de toda la Iglesia: si el pueblo está sujeto a los clérigos, si los clérigos a los sacerdotes, si los sacerdotes a Dios con la humildad que corresponde; si en los monasterios y lugares religiosos se mantiene el orden y la disciplina está vigilante; si la censura eclesiástica prevalece sobre las obras y doctrinas perversas; si las viñas florecen con la honestidad y santidad de los sacerdotes; si las flores producen frutos, la obediencia de los fieles pueblos; si finalmente vuestras mismas órdenes e instituciones apostólicas se observan con la diligencia que es digna, para que no se encuentre nada en el campo de tu Señor que esté inculto por negligencia o que haya sido usurpado por fraude. No dudes que se puede encontrar. Estoy dispuesto a mostrarte (dejando de lado muchas e innumerables cosas que yacen descuidadas por todas partes) algunas de las que tu mano derecha ha plantado y que han sido arrancadas. ¿Acaso tu boca no promulgó los capítulos sujetos en el concilio de Reims? ¿Quién los sostiene? ¿Quién los ha sostenido? Te engañas si piensas que se sostienen. Si no lo piensas, tú mismo has pecado, ya sea estableciendo lo que no se sostendría, o disimulando que no se sostiene. «Ordenamos,» dijiste, que tanto los obispos como los clérigos no ofendan la vista de los que los miran (de quienes deben ser forma y ejemplo) con superfluidad, variedad deshonesta de colores, o rasgaduras en sus vestiduras, ni con su tonsura; sino que más bien condenen los errores en sus actos y demuestren el amor a la inocencia con su conducta, como lo exige la dignidad del orden clerical. Si, advertidos por sus obispos, no obedecen dentro de cuarenta días, sean privados de los beneficios eclesiásticos por la autoridad de los mismos pontífices. Los obispos, si descuidan imponer la pena prefijada, ya que las culpas de los inferiores no deben referirse a nadie más que a los rectores negligentes y perezosos, deben abstenerse de su oficio pontifical hasta que impongan la pena establecida por nosotros a los clérigos sujetos a ellos (Can. 2). También hemos considerado añadir que nadie sea ordenado archidiacono o decano, a menos que sea diácono y presbítero. Los archidiaconos, decanos y prebostes que están por debajo de los órdenes mencionados, si desprecian ser ordenados por desobediencia, sean privados del honor recibido. Prohibimos además que se concedan los honores mencionados a jóvenes o a quienes están por debajo de los órdenes sagrados, sino a quienes se destacan por su prudencia y mérito de vida (Can. 9).»

20. Estas son tus palabras: tú las sancionaste. ¿Qué se ha llevado a efecto? Todavía se promueven en la Iglesia a jóvenes, a quienes están por debajo de los órdenes sagrados. En cuanto al primer capítulo; el lujo de las vestiduras fue prohibido, pero no restringido; la pena fue dictada, pero no seguida. Ya es el cuarto año desde que escuchamos el mandato dado, y aún no hemos visto a ningún clérigo privado de su beneficio, ni a ningún obispo suspendido de su oficio. Pero lo que siguió es digno de amargo lamento. ¿Qué es esto? La impunidad es hija de la negligencia, madre de la insolencia, raíz de la impudencia, nodriza de las transgresiones. Y bienaventurado serás si con todo cuidado te esfuerzas por evitar la negligencia, madre de todos los males. Pero a esto te dedicarás. Y entonces levanta tus ojos y ve si no igualmente, como antes, el sagrado Orden está descolorido por la piel de diversos colores; si no igualmente, como antes, una rasgadura enorme casi desnuda las ingles. Suelen decir: ¿Acaso a Dios le importa más la vestimenta que las costumbres? Pero esta forma de vestimenta es indicio de la deformidad de las mentes y costumbres. ¿Qué significa que los

clérigos quieren ser una cosa y parecer otra? Eso ciertamente es menos casto y menos sincero. En efecto, en su vestimenta son soldados, en su ganancia clérigos, en su actuar no son ni lo uno ni lo otro. Pues ni luchan como soldados, ni evangelizan como clérigos. ¿De qué orden son? Cuando desean ser de ambos, abandonan ambos, confunden ambos. Cada uno, dice, resucitará en su orden (I Cor. XV, 23). ¿En cuál resucitarán estos? ¿Acaso quienes pecaron sin orden, perecerán sin orden? O si se cree verdaderamente que Dios, sumamente sabio, no deja nada desordenado desde lo más alto hasta lo más bajo; temo que estos no serán ordenados en otro lugar que donde no hay orden, sino horror eterno habita. ¡Oh, miserable esposa, confiada a tales padrinos! quienes no temen retener para su propio beneficio lo asignado para su culto. No son amigos del esposo, sino rivales. Y de estos basta lo que está bajo ti, aunque no en la abundancia de materia, que es demasiada; ciertamente para lo que yo propuse. Ahora deben ser vistas las cosas que están a tu alrededor, pero a ellas nos abrirá la puerta el cuarto libro.

LIBRO CUARTO.

435 CAPÍTULO PRIMERO. Trata de las cosas que están a su alrededor.

1. Si me hubiera sido más plenamente conocido, amadísimo Eugenio, cómo recibiste lo anterior, según eso habría procedido con más confianza en lo restante, o con más cautela, o ciertamente me habría detenido por completo. Ahora bien, debido a la distancia de los lugares, eso no se me concede, no te sorprendas si surge un discurso más débil, vacilante, que, confieso, llega al medio con modestia. Así pues, habiendo tratado en los libros anteriores las primeras partes de la consideración, está en nuestras manos añadir sobre lo que está a tu alrededor. Y estas cosas ciertamente están bajo ti, pero por ser más cercanas, son más importunas para ti. En efecto, lo que está ante ti no admite negligencia, ni disimulo, ni olvido. Urgen más vehementemente, irrumpen más turbulentemente: es de temer que te abrumen. No dudo que tú mismo, por experiencia propia, has aprendido cuán sobria e intensa debe ser la consideración sobre tales cosas. De lo contrario, si no interviene una consideración cauta y oportuna, la ocupación continuará, y no habrá fin a la vexación, ni fin a la preocupación. No habrá tiempo libre, ni corazón libre: más trabajo, y menos utilidad. Digo, pues, esa tu insistencia diaria, desde la ciudad, desde la curia, desde tu iglesia doméstica. Estas, digo, están a tu alrededor, tu clero y tu pueblo, a quienes especialmente eres obispo, y por lo tanto te debes a un cuidado especial. También aquellos que diariamente te asisten, los ancianos del pueblo, los jueces del orbe; y quienes también son de tu casa y mesa, capellanes, camareros, y todos los ministros asignados a diversos oficios en tu servicio. Estos te visitan más familiarmente, te llaman con más frecuencia, y te inquietan más molestando. Son ellos quienes no temen despertar a la amada, incluso antes de que ella misma lo desee.

CAPÍTULO II. Trata sobre las costumbres del clero y del pueblo romano, y sobre el cuidado y vigilancia de los antiguos pastores.

2. Y en primer lugar, conviene que ese clero esté ordenadísimo, del cual principalmente ha procedido la forma del clero en toda la Iglesia. Luego, todo lo que se hace incorrectamente en tu presencia, es más vergonzoso para ti. Interesa a la gloria de tu Santidad que aquellos que tienes ante tus ojos estén tan ordenados, tan formados, que sean ellos mismos espejo y forma de toda honestidad y orden. Deben encontrarse, más que los demás, dispuestos para los oficios, idóneos para los Sacramentos, solícitos para instruir a los pueblos; circunspectos para guardarse a sí mismos en toda castidad. ¿Qué diré del pueblo? Es el pueblo romano. Ni más brevemente pude, ni más expresivamente sin embargo abrir sobre tus feligreses lo que siento. ¿Qué es tan conocido por los siglos como la arrogancia y altivez de los romanos? Gente no

acostumbrada a la paz, acostumbrada al tumulto; gente implacable e intratable hasta ahora, incapaz de someterse, salvo cuando no puede resistir. He aquí la plaga: a ti te incumbe este cuidado, no te es lícito disimular. Tal vez te ríes de mí, convencido de que es incurable. No desconfíes; se te exigirá cuidado, no curación. En fin, has oído: Cuida de él (Luc. X, 35); y no, Cúralo, o, Sánalo. Pero alguien dijo bien: No siempre es del médico que el enfermo se alivie (OVID. 1 de Ponto, eleg. 10.)

Pero propongo mejor sobre los tuyos para ti. Pablo habla: He trabajado más que todos (I Cor. XV, 10). No dijo, He beneficiado más que todos, o, He fructificado más que todos, evitando religiosamente una palabra insolente. Sin embargo, el hombre a quien Dios enseñó sabía que cada uno recibirá según su trabajo (I Cor. III, 8), no según el resultado. Y por esto pensó que debía gloriarse más en los trabajos que en los progresos, como también en otro lugar lo tienes diciendo: En muchos trabajos (II Cor. XI, 23). Así, te ruego, haz lo que te corresponde: porque Dios cuidará de lo suyo sin tu preocupación y ansiedad. Planta, riega, cuida; y has cumplido tus partes. Ciertamente, Dios dará el incremento donde quiera, no tú. Donde quizás no quiera, nada se te pierde, dice la Escritura: Dios recompensará los trabajos de sus santos (Sab. X, 17). Trabajo seguro, que ningún defecto puede anular. Y esto lo digo sin perjuicio de la potencia y bondad divina. Sé que el corazón de este pueblo está endurecido: pero Dios es poderoso para levantar de estas piedras hijos a Abraham. ¿Quién sabe si se volverá y perdonará, los convertirá y sanará? Pero no es mi propósito dictar a Dios lo que debe hacer: ojalá pudiera aconsejarte a ti lo que es necesario y como es necesario.

3. Pero el lugar es dudoso, y surge una discusión escrupulosa. ¿Dónde comenzar a decir lo que siento? Veo bastante lo que se avecina. Se clamará que es inusual; pues no se podrá negar que es justo. Sin embargo, no he consentido que sea inusual. En efecto, sé que fue usual, y por lo tanto pudo haber caído en desuso: pero no volver a ser inusual. ¿O acaso alguien negará que fue usual, lo que consta no solo que se hizo alguna vez, sino que se hizo durante algún tiempo? Diré qué es eso, y no servirá de nada. ¿Por qué? Porque no agrada a los sátrapas, que favorecen más a la majestad que a la verdad. Hubo antes de ti quienes se exponían totalmente al cuidado de las ovejas, gloriándose en la obra y nombre de pastor, no considerando indigno para ellos nada que pudiera oponerse a la salvación de las ovejas, no buscando lo suyo, sino gastándose. Gastar cuidado, gastar sustancia, gastar incluso a sí mismos. De donde uno de ellos: Y yo, dice, me gastaré por vuestras almas (II Cor. XII, 15). Y como si dijeran, No hemos venido a ser servidos, sino a servir; ponían, cuantas veces fuera necesario, el Evangelio sin costo. Había un solo beneficio de los súbditos, un solo esplendor, un solo placer, si de alguna manera podían preparar para el Señor un pueblo perfecto. Se esforzaban en esto de todas las maneras, incluso con mucha contricción de corazón y cuerpo, en trabajo y fatiga, en hambre y sed, en frío y desnudez.

4. ¿Dónde está ahora, te pregunto, esta costumbre? Ha surgido una muy diferente; los intereses han cambiado mucho, y ojalá no para peor. Sin embargo, el cuidado y la ansiedad, y la emulación, y la preocupación, confieso, perseveran. Se han trasladado, no disminuido. Os doy testimonio de que no escatimáis en sustancia, no más que antes. Sin embargo, la diferente ubicación hace la disimilitud. ¡Gran abuso! pocos miran al rostro del legislador, todos a las manos. No obstante, no sin razón. Todo negocio papal lo manejan esas manos. ¿A quién me darás de toda la gran ciudad, que te haya recibido como Papa, sin que haya mediado precio o esperanza de precio? y entonces principalmente quieren dominar, cuando han profesado servidumbre. Se prometen fieles, para dañar más oportunamente a los confiados. Por esto no habrá consejo para ti de quien se crean que deben ser apartados, ni secreto en el que no se inmiscuyan. Si estando uno de ellos en la puerta, el portero se demora aunque sea un poco; yo entonces no querría estar en su lugar. Y ahora experimenta en pocas palabras, si también yo

conozco al menos un poco las costumbres de la gente. Ante todo, son sabios para hacer el mal, pero no saben hacer el bien. Estos son odiados por la tierra y el cielo: han puesto sus manos en ambos, impíos contra Dios, temerarios en lo sagrado, sediciosos entre sí, envidiosos de los vecinos, inhumanos con los extraños: a quienes nadie ama, nadie los ama; y cuando desean ser temidos por todos, es necesario que teman a todos. Estos son los que no soportan estar sometidos, no saben gobernar; infieles a los superiores, insoportables a los inferiores. Estos son descarados para pedir, desvergonzados para negar. Estos son importunos para recibir, inquietos hasta que reciben, ingratos cuando han recibido. Han enseñado a su lengua a hablar cosas grandiosas, mientras hacen cosas insignificantes. Prometedores larguísimos, y exhibidores parquísimos: aduladores suavísimos, y detractores mordacísimos: disimuladores simplísimos, y traidores malignísimos. Hemos llegado hasta aquí, pensando que era necesario advertirte más plena y expresamente sobre estas cosas que están a tu alrededor en esta parte.

5. Ahora volvamos al orden. ¿Qué es esto, que con los despojos de las iglesias compran, quienes te dicen, ¡Bien, bien!? La vida de los pobres se siembra en las plazas de los ricos. El dinero brilla en el lodo: se corre de todas partes, lo toma no el más pobre, sino el más fuerte, o quien quizás corrió más rápido. Sin embargo, esta costumbre, o más bien esta muerte, no comenzó contigo; ojalá termine en ti. Pero prosigamos con lo demás. Entre estas cosas, tú, pastor, avanzas dorado, rodeado de tanta variedad. ¿Qué captan las ovejas? Si me atreviera a decir; estos son más pastos de demonios que de ovejas. ¿Acaso Pedro hacía esto, Pablo jugaba así? Ves todo el celo eclesiástico arder solo por defender la dignidad. Todo se da al honor, nada, o poco, a la santidad. Si por una causa que lo requiera intentas actuar un poco más humildemente, y comportarte más socialmente; ¡Lejos de nosotros! dicen, no conviene, no es adecuado al tiempo, no corresponde a la majestad; considera qué persona representas. La última mención es del agrado de Dios; por la pérdida de la salvación no hay vacilación: a menos que sea sublime, lo consideramos saludable; y lo que huele a gloria, eso es justo. Así, todo lo humilde se considera deshonoroso entre los palatinos, que más fácilmente encontrarás a quien quiera ser humilde, que a quien quiera parecerlo. El temor del Señor se considera simplicidad, no diré estupidez. Al hombre circunspecto y amigo de su propia conciencia lo calumnian como hipócrita. Por otro lado, al amante de la quietud, y que a veces se dedica a sí mismo, lo llaman inútil.

CAPÍTULO III. Sobre la pompa de las vestiduras que debe ser recortada, y el celo necesario para el Pontífice.

6. ¿Qué harás entonces? ¿Aún despiertas a estos que te rodean con lazos de muerte? Te ruego, soporta un poco, y sopórtame. Más bien, perdona, no hablo tan temerariamente como tímidamente. Te celo con un celo bueno, y ojalá tan vehemente como útil. Sé dónde habitas; incrédulos y subversores están contigo. Son lobos, no ovejas: sin embargo, tú eres pastor de tales. Consideración útil, por la cual quizás encuentres cómo, si es posible, convertirlos, para que no te subviertan a ti. ¿Por qué desconfiamos de que puedan volver a ser ovejas, de las cuales pudieron convertirse en lobos? Aquí, aquí, no te perdono, para que Dios te perdone. Pastor eres ciertamente de este pueblo, o niega esto, o muéstralo. No lo negarás: para que no te niegue heredero aquel cuya sede ocupas. Aquí está Pedro, quien no se sabe que alguna vez haya salido adornado con gemas, o con sedas; no cubierto de oro, no montado en caballo blanco, ni rodeado de soldados, ni rodeado de ministros ruidosos. Sin embargo, sin estas cosas creyó que se podía cumplir suficientemente el mandato salvador: Si me amas, apacienta mis ovejas (Juan XXI, 15). En estas cosas has sucedido, no a Pedro, sino a Constantino. Aconsejo tolerar por el tiempo, no buscar por deber. Te incito más bien a aquellas cosas de las que sé que eres deudor. Aunque avanzas purpurado, aunque dorado, no hay razón para

que temas la obra o el cuidado pastoral, heredero del Pastor: no hay razón para que te avergüences del Evangelio. Aunque si voluntariamente evangelizas, entre los Apóstoles ciertamente también hay gloria para ti. Evangelizar es apacentar. Haz la obra de evangelista, y has cumplido la obra de pastor.

7. Me aconsejas, dices, apacentar dragones y escorpiones, no ovejas. Por esto, digo, más bien abórdales, pero con la palabra, no con la espada. ¿Por qué intentas nuevamente empuñar la espada que una vez se te ordenó guardar en la vaina? Sin embargo, quien niega que es tuya, no parece atender suficientemente la palabra del Señor que dice así: Guarda tu espada en la vaina (Juan XVIII, 11). Por lo tanto, también es tuya, quizás por tu mandato, aunque no por tu mano debe ser desenvainada. De lo contrario, si de ningún modo te correspondiera también esa, cuando los Apóstoles dijeron, He aquí dos espadas aquí; el Señor no habría respondido, Basta (Lucas XXII, 38); sino, Es demasiado. Por lo tanto, ambas espadas son de la Iglesia, tanto la espiritual como la material; pero esta última es para la Iglesia, y aquella debe ser desenvainada por la Iglesia: aquella por la mano del sacerdote, esta por la mano del soldado, pero ciertamente al mandato del sacerdote, y al mandato del emperador. Y de esto en otro momento. Ahora bien, toma la que te ha sido confiada para herir; y hiere para la salvación, si no a todos, si no a muchos, ciertamente a los que puedas.

8. No soy, dices, mejor que mis padres. ¿A cuál de ellos no escuchó, no digo, la casa exasperante, sino que no se burló? Por eso insiste más, si acaso escuchan, y se calman: insiste incluso con los que resisten. Al decir esto, quizás se me llame excesivo. ¿Acaso esa voz es nuestra: Insiste a tiempo y a destiempo? (II Tim. IV, 2.) A este, si te atreves, llámalo excesivo. Al profeta se le ordena: Clama, no ceses. ¿A quiénes, sino a los malvados y pecadores? Anuncia, dice, a mi pueblo sus maldades, y a la casa de Jacob sus pecados (Isaías LVIII, 1). Prudente advierte que se les llama malvados, y pueblo del Señor. Supón lo mismo de estos. Aunque sean malvados, aunque sean inicuos, no sea que escuches: Lo que no hiciste a uno de estos más pequeños, tampoco me lo hiciste a mí (Mateo XXV, 45). Confieso que este pueblo ha sido hasta ahora de frente dura, y de corazón indomable; pero si también es indomable, no sé de dónde puedas saberlo con certeza. Puede ser que suceda lo que aún no ha sido. Si desconfías tú; pero para Dios no será imposible ninguna palabra (Lucas I, 37). Si son de frente dura, endurece también tú tu frente contra ellos. Nada hay tan duro que no ceda a algo más duro. El Señor al profeta: He hecho tu frente más dura que las frentes de ellos (Ezequiel III, 8). Una cosa te absuelve, si has tratado con ese pueblo, para que puedas decir: Pueblo mío, ¿qué te debía hacer, y no lo hice? Si así lo hiciste, y no prosperaste; entonces hay algo que hacer, y que decir: sal de Ur de los caldeos, y di, Porque es necesario que evangelice también a otras ciudades (Lucas IV, 43). Creo que no te arrepentirás del exilio, cambiando el orbe por la ciudad.

CAPÍTULO IV. Qué tipo de colaboradores y ayudantes debe tener el Pontífice: donde se trata de las virtudes de los prelados.

9. Vayamos a tus colaboradores y ayudantes. Ellos son diligentes contigo, ellos son íntimos. Por lo tanto, si son buenos, son principalmente para ti: si son malos, igualmente más para ti. No te digas sano, si te duelen los costados: esto es, no te digas bueno, apoyándote en los malos. O si eres bueno, ¿qué fruto puede traer tu bondad solo? como recuerdo haber dicho en el libro anterior (Lib. 3, n. 9). ¿Qué, digo, beneficio aporta a las Iglesias de Dios la justicia de un solo hombre, donde prevalece la opinión de los que piensan de otra manera? Pero ni siquiera lo tuyo está seguro, asediado por los malos, no más que la salud con una serpiente cercana. No hay a dónde te puedas retirar del mal interno. Y por el contrario, el bien

doméstico es tanto más, cuanto más frecuentemente ayuda. Pero ya sea que alivien o agraven, ¿a quién más correctamente se debe imputar que a ti, que tales elegiste o admitiste? No hablo de todos: pues hay quienes no elegiste, sino que ellos te eligieron a ti. Pero no tienen poder, excepto el que tú les has otorgado o permitido. Por lo tanto, volvemos a lo mismo. Imputa a ti mismo lo que sufras de aquel que sin ti no puede hacer nada. Excepto estos, los demás deben ser elegidos o reunidos para la obra de este ministerio sin descuido, como ves. Es tu deber convocar y asociar contigo, siguiendo el ejemplo de Moisés, a ancianos (Num. XI, 16), no a jóvenes; pero ancianos no tanto por edad como por costumbres, que tú conoces, porque son ancianos del pueblo. ¿No deben ser elegidos de todo el mundo, para juzgar al mundo? Ciertamente, a este negocio no debe acercarse quien ruega. Debe hacerse con consejo, no con súplica. Hay cosas que necesariamente la importunidad de los que ruegan nos arranca, o la necesidad merece. Pero eso es lo que es nuestro. Donde no se permite hacer lo que quiero, ¿qué lugar hay para el que ruega? A menos que quien me ruega, ruegue esto, que lo que quiere, me sea permitido querer, y no más que quiera. Uno ruega por otro, otro quizás por sí mismo. Por quien se ruega, sea sospechoso; quien ruega por sí mismo, ya está juzgado. No importa si alguien ruega por sí mismo o por otro. Conoce que el clérigo que frecuenta la corte, que no es de la corte, pertenece al mismo tipo de ambiciosos. Al que adula y habla al gusto de cada uno, considéralo uno de los que ruegan, aunque no haya pedido nada. No hay en el rostro del escorpión lo que temer: pero pica con la cola.

10. Si sientes que tu corazón, como suele suceder, se ablanda ante las adulaciones de tales personas, recuerda lo que está escrito: Todo hombre pone primero el buen vino; y cuando se han embriagado, entonces el que es peor (Juan II, 10). Considera con igual peso la humildad de quien teme y la de quien espera. Es propio de los hombres astutos y engañosos mostrar humildad cuando quieren obtener algo: de los cuales dice la Escritura: Hay quien se humilla maliciosamente, y su interior está lleno de engaño (Eclo. XIX, 23). De vosotros mismos toma un ejemplo evidente y familiar de esta sentencia. ¿Cuántos que admitiste como suplicantes, después soportaste como graves, insolentes, contumaces, rebeldes? Este mal interior lo ocultan los principios, lo revelan los posteriores. Al joven verboso y que estudia la elocuencia, cuando está vacío de sabiduría, no lo consideres más que un enemigo de la justicia. Por estos falsos hermanos te dice el Maestro: No impongas las manos a nadie con ligereza (I Tim. V, 22).

11. Excluido, pues, todo este género pestilente de hombres, cuida principalmente de introducir a tales personas, de las cuales no te arrepientas después de haberlas introducido. Es vergonzoso para ti retractar frecuentemente lo que has hecho, y no conviene que tu juicio esté frecuentemente en peligro. Por lo tanto, trata diligentemente todo lo que deba hacerse, contigo mismo y con aquellos que te aman. Trata antes de hacer, porque después de hecho, la retractación es tardía. Es consejo de sabio: Haz todo con consejo, y después de hecho no te arrepentirás (Eclo. XXXII, 24). Y convéncete de esto, que los que deben ser admitidos, difícilmente pueden ser probados en la corte: y por eso, si es posible, deben elegirse hombres probados, no por probar. Nosotros en los monasterios recibimos a todos con la esperanza de mejorar: pero la corte está acostumbrada a recibir más fácilmente a los buenos que a hacerlos. Y si hemos probado que más buenos han fallado en ella que malos han mejorado; ciertamente deben buscarse aquellos de quienes no se tema el defecto, ni se desee el progreso, como ya perfectos.

12. Por lo tanto, no elijas a los que quieren ni a los que corren, sino a los que dudan, a los que rehúsan: incluso fuérzalos, y compélelos a entrar. En tales, creo, descansará tu espíritu, que no sean de frente desgastada, sino modestos, sino temerosos: que no teman nada más que a Dios, que no esperen nada sino de Dios. Que no esperen las manos de los que llegan, sino sus

necesidades. Que defiendan virilmente a los afligidos, y juzguen con equidad a los mansos de la tierra. Que sean compuestos en costumbres, probados en santidad, preparados para la obediencia, mansos en la paciencia, sujetos a la disciplina, rígidos en la censura, católicos en la fe, fieles en la administración, concordes en la paz, conformes en la unidad. Que sean rectos en el juicio, prudentes en el consejo, discretos en mandar, industriosos en disponer, esforzados en actuar, modestos en hablar, seguros en la adversidad, devotos en la prosperidad, sobrios en el celo, no remisos en la misericordia, no ociosos en el ocio, no disolutos en la hospitalidad, no derrochadores en el banquete, no ansiosos en el cuidado de los bienes familiares, no codiciosos de lo ajeno, no pródigos de lo propio, en todo y en todas partes circunspectos. Que ejerzan la embajada por Cristo, cuando sea necesario, sin rehusar si son enviados, ni desear si no lo son. Que lo que excusan con modestia, no lo rechacen obstinadamente. Que enviados, no vayan tras el oro, sino que sigan a Cristo: que no consideren la embajada como ganancia, ni busquen el don, sino el fruto. Que a los reyes muestren a Juan, a los egipcios a Moisés, a los fornicadores a Finees, a los idólatras a Elías, a los avaros a Eliseo, a los mentirosos a Pedro, a los blasfemos a Pablo, a los comerciantes a Cristo. Que no desprecien al vulgo, sino que lo enseñen: que no adulen a los ricos, sino que los aterren: que no opriman a los pobres, sino que los sostengan: que no teman las amenazas de los príncipes, sino que las desprecien. Que no entren con la multitud, ni salgan con ira: que no despojen las iglesias, sino que las enmienden. Que no vacíen las bolsas, sino que restauren los corazones y corrijan los crímenes; que provean a su fama, y no envidien la ajena. Que tengan el estudio de la oración, y el uso de ella, y que confíen más en la oración que en su industria o trabajo. Que su entrada sea pacífica, su salida molesta: que su palabra sea edificación, su vida justicia, su presencia grata, su memoria en bendición. Que se muestren amables, no con palabras, sino con obras: que se presenten reverendos, pero con actos, no con arrogancia. Que sean humildes con los humildes, e inocentes con los inocentes; que reprendan duramente a los duros, que coarten a los malvados, que devuelvan retribución a los soberbios. Que no se apresuren a enriquecerse con la dote de la viuda y el patrimonio del Crucificado, dando gratis lo que gratis recibieron, haciendo justicia gratis a los que sufren injusticia, venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos. Que finalmente se vea que han recibido de tu espíritu, al igual que los setenta de Moisés (Num. XI, 16, 17), por el cual, ya sea ausentes o presentes, se esfuercen en agradarte a ti, agradar a Dios. Que regresen a ti fatigados, pero no cargados: y al mismo tiempo glorificándose, no porque hayan traído curiosidades o cosas preciosas de las tierras, sino porque hayan dejado paz en los reinos, ley a los bárbaros, tranquilidad en los monasterios, orden en las iglesias, disciplina a los clérigos, un pueblo aceptable a Dios, seguidor de buenas obras.

CAPÍTULO V. Se recomienda la abstinencia de regalos con ejemplos; y se critica la arrogancia de los ministros del Papa.

13. Creo que es digno traer a colación el hecho de nuestro Martín de dulce memoria. Lo conoces; pero ignoro si lo recuerdas. Este cardenal presbítero, habiendo cumplido una legación en Dacia, regresó tan pobre, que casi sin gastos y con los caballos agotados, apenas llegó a Florencia. Allí el obispo del lugar le donó un caballo, con el cual llegó hasta Pisa, donde estábamos entonces. Al día siguiente, creo, el obispo lo siguió (pues tenía un asunto con un adversario, y el día de actuar estaba presente) y comenzó a buscar el apoyo de los amigos. Y cuando se solicitó a cada uno, se llegó a Martín. Había mayor confianza en él, que no podía olvidar el reciente beneficio. Entonces Martín dijo: «Me has engañado,» dijo: «no sabía que te amenazaba un asunto. Toma tu caballo, aquí está en el establo.» Y en esa misma hora se lo devolvió. ¿Qué dices, mi Eugenio? ¿No es cosa de otro siglo, que un legado haya regresado de la tierra del oro sin oro? ¿que haya pasado por la tierra de la plata, y no haya

conocido la plata? ¿que además haya rechazado inmediatamente un regalo que podía ser sospechoso?

14. Pero oh, qué lugar tan dulce, donde surge la ocasión de recordar y nombrar al hombre de suavísimo olor, hablo del obispo de Chartres, Godofredo, quien administró la legación en las partes de Aquitania con sus propios recursos, y eso durante varios años. Hablo de algo que vi yo mismo. Estaba con él en esa tierra, cuando un presbítero le presentó un pez, que comúnmente llaman esturión. El legado, al preguntar cuánto había costado, dijo: «No lo acepto, a menos que recibas el precio.» Y devolvió cinco sólidos al presbítero, que estaba avergonzado y reacio. También, cuando estábamos en una ciudad, la señora de ese lugar le ofreció por devoción, junto con un paño de manos, dos o tres platos hermosos, aunque de madera: que el hombre de conciencia escrupulosa, después de mirarlos por un tiempo, los alabó, pero no accedió a aceptarlos. ¿Cuándo habría aceptado los de plata, quien rechazó los de madera? No hubo quienes pudieran decir al legado: «Hemos enriquecido a Abraham» (Gén. XIV, 23). Él, en cambio, predicaba libremente a todos con Samuel: «Hablad de mí delante del Señor y de su Cristo, si he tomado el buey de alguien o el asno; si he calumniado a alguien, si he oprimido a alguien, si he recibido un regalo de la mano de alguien; y lo despreciaré hoy, y os lo devolveré» (I Sam. XII, 3). Oh, si se diera la abundancia de tales hombres, como los que hemos mencionado ahora! ¿Qué más feliz para ti, qué más alegre para ese siglo? ¿No parecería la segunda bienaventuranza de esos tiempos para ti, cuando al salir en cualquier dirección, te vieras rodeado de tan ilustre grupo de bienaventurados?

15. Si te conozco, estás pensando, y suspirando profundamente, hablas contigo mismo: ¿Crees que será posible lo que se dice? ¿Crees que estaremos aquí hasta que esto suceda? ¿Quién dará vivir para que se pueda ver? Oh, si viera en mi vida a la Iglesia de Dios apoyada en tales columnas! Oh, si viera a la esposa de mi Señor confiada a tanta fidelidad, confiada a tanta pureza! ¿Qué más feliz para mí, qué más seguro, cuando viera a mi alrededor a tales guardianes y testigos de mi vida? A quienes podría confiar todos mis secretos con seguridad, compartir mis consejos; a quienes me entregaría por completo, como a otro yo. Que, si quisiera desviarme un poco, no me dejarían, frenarían al precipitado, despertarían al que duerme. Que su reverencia y libertad me reprimieran cuando me exaltara, me corrigieran cuando me excediera: que su constancia y fortaleza me afirmaran cuando vacilara, me levantaran cuando dudara: que su fe y santidad me provocaran a todo lo santo, a todo lo honesto, a todo lo puro, a todo lo amable y de buena fama. Y ahora, mi Eugenio, vuelve los ojos al estado actual de la corte o de la Iglesia y a los estudios de los prelados, especialmente de aquellos que están a tu alrededor.

16. Pero de esto basta por ahora. Yo he tocado, no he cavado el muro. A ti te es lícito cavar y ver, como hijo de profeta. No me es permitido avanzar más. Digo una cosa que está a la vista. Ridículamente, tus ministros intentan anteponerse a tus compañeros presbíteros. Esto no tiene razón, no lo tuvo la antigüedad, no lo consiente la autoridad. Y si de su costumbre se construye una calumnia, ciertamente es mejor que se desprecie el Orden supremo. Sin embargo, es bastante frívolo, de donde quieren obtener lo máximo. Nosotros somos, dicen, los que en toda celebración asistimos más cerca al señor Papa, nos sentamos más cerca cuando está sentado, lo precedemos cuando avanza. Todo esto no es un privilegio de dignidad, sino un deber de diligencia, interpretando el nombre de diácono por la misma administración solemne. Finalmente, los presbíteros, en una disposición ordenada, rodean la majestad, vosotros os sentáis a los pies. Asistís más cerca, para que os tenga más preparados. En los evangelios leemos que hubo una contienda entre los discípulos, sobre quién de ellos parecía ser el mayor (Lucas XXII, 24). Serías bienaventurado, si así se mantuvieran las demás cosas a tu alrededor.

CAPÍTULO VI. No conviene al Pontífice, ocupado en asuntos más graves, el cuidado de los asuntos domésticos; por lo tanto, debe confiarse a otro administrador.

17. Ya cansa la corte: debemos salir del palacio; en casa nos esperan. Estos no solo están cerca, sino que de algún modo están dentro de ti. No es superflua la consideración con la que te propones disponer de tu casa, proveer a los que están en tu seno y en tu regazo. Yo digo que es necesaria. Escucha a Pablo: Si alguno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios? (I Tim. III, 5) también: Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel (I Tim. V, 8). Y al decir esto, no te aconsejo que, ocupado en lo más alto, te dediques a lo más bajo y te hagas casi pequeño; que dediques a lo mínimo lo que debes a lo máximo. ¿Por qué te enredas en lo que Dios te ha liberado? Estas cosas, dice, todas se os añadirán (Mat. VI, 33). Sin embargo, es necesario hacer estas cosas y no omitir aquellas. Pero haciendo aquellas por ti mismo, también debes proveer por ti mismo, quienes por ti provean de estas. Pues si uno de los siervos por sí mismo no es suficiente para la custodia de los animales y el cuidado de las mesas: ¿cómo podrás tú por ti mismo atender a tu casa y a la del Señor al mismo tiempo? de la cual está escrito: Oh Israel, cuán grande es la casa del Señor (Baruc III, 24)! El ánimo debe estar completamente libre de la preocupación por las cosas menores y viles, atento a cosas tan grandes y tan numerosas. Debe estar libre, que ninguna ocupación violenta lo reclame para sí. Debe estar noble, que ninguna afectación indigna lo arrastre hacia abajo. Debe estar recto, que ninguna intención siniestra lo desvíe. Debe estar cauteloso, que ninguna sospecha furtiva lo invada. Debe estar vigilante, que ninguna curiosa y peregrina cogitación lo distraiga. Debe estar firme, que ninguna turbación repentina lo conmueva. Debe estar invicto, que ninguna tribulación continua lo fatigue. Debe estar amplio, que ninguna pérdida de cosa temporal lo estreche.

18. No dudes que serás privado de estos bienes y herido por los males, si dividiendo tu ánimo, quieres dedicarte tanto a las cosas de Dios como a tus pequeñas cosas. Debe buscarse a alguien que se encargue, que muela por ti. Digo por ti, no contigo. Algunas cosas harás por ti mismo; otras por ti y otros juntos; otras por otros y sin ti. ¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas? No es para que tu consideración duerma entre estas cosas. Yo, en verdad, he considerado que los asuntos de tu casa deben ser colocados bajo ese género que puse al final. Por otro, como dije, harás esas cosas. Pero si no es fiel, defraudará: si no es prudente, será defraudado. Por lo tanto, debe buscarse alguien fiel y prudente, a quien constituyas sobre tu familia. Aún es inútil, si falta lo tercero. Preguntas qué es esto? Autoridad. Pues, ¿de qué sirve que quiera y sepa disponer las cosas como es necesario, si lo que sabe y quiere, no puede? Por lo tanto, debe darse la facultad de actuar a su antojo. Si crees que esto se hace en perjuicio de la razón, recuerda que el fiel, sin embargo, querrá actuar por razón: considera al prudente, que sabrá actuar por razón. Pero la voluntad fiel y hábil será útil cuando tenga suficiente para ser llevada a cabo con toda facilidad, sin que nadie se oponga. Por lo tanto, deben someterse todos. No debe sufrir contradicción. Nadie que diga, ¿Por qué hiciste así? Debe tener el poder de excluir y admitir a quienes quiera, cambiar ministros, transferir ministerios a quienes y cuando quiera. Así debe ser temido por todos, para que sea útil para todos. Debe presidir a todos, para que sea útil para todos, y de todos. No recibas acusaciones clandestinas y susurradas contra él: más bien considera las detecciones. Y quiero que establezcas esta regla general para ti, que tengas por sospechoso a todo aquel que teme decir abiertamente lo que ha dicho al oído. Y si, juzgando tú que debe decirse en público, él se niega, júzgalo delator, no acusador.

19. Por lo tanto, uno debe imponer las cosas que deben hacerse a todos, y todos deben responder a uno. Tú ten fe en él, dedicándote a ti y a la Iglesia de Dios. Si no se encuentra fiel o prudente, es mejor confiarlo a un fiel. Ciertamente, de dos males, este es el menor. Aunque si no se encuentra idóneo, aunque menos fiel, aconsejo más bien soportarlo, que sumergirte en este laberinto. Recuerda que el Salvador tuvo a Judas como administrador (Juan XII, 6). ¿Qué es más vergonzoso para un obispo, que ocuparse de su mobiliario y pequeña propiedad: escudriñar todo, preguntar por cada cosa, ser mordido por sospechas, ser movido por cada cosa perdida o descuidada? Lo digo para vergüenza de algunos de este tipo, que escudriñan diariamente toda su propiedad, cuentan cada cosa, exigen cuentas de los menudos y los cuartos. No así aquel egipcio, que habiendo entregado todo a José, no sabía lo que tenía en su casa (Gén. XXXIX, 4, 6). Que se avergüence el cristiano, no confiando en su cristiano. Un hombre sin fe, sin embargo, tuvo fe en su siervo, constituyéndolo sobre todos sus bienes: y este era extranjero.

20. ¡Qué cosa tan sorprendente! Los obispos tienen a mano suficientes personas a quienes confiar las almas, pero no encuentran a quién confiar sus bienes. Son, sin duda, excelentes evaluadores de las cosas, quienes prestan gran atención a lo pequeño y poca o ninguna a lo grande. Pero, como se puede entender claramente, soportamos más pacientemente la pérdida de Cristo que la nuestra. Examinamos diariamente nuestros gastos cotidianos, pero desconocemos las pérdidas continuas del rebaño del Señor. Hay una discusión diaria con los sirvientes sobre el precio de los alimentos y el número de panes, pero rara vez se celebra una reunión con los presbíteros sobre los pecados del pueblo. Si cae un asno, hay quien lo levante; si perece un alma, no hay quien lo note. Y no es de extrañar, ya que ni siquiera sentimos nuestros defectos constantes. ¿No nos enojamos, nos quemamos, nos angustiamos con cada uno de estos cálculos? ¡Cuánto más toleraríamos la pérdida de cosas que de mentes! ¿Por qué, dice, no preferís sufrir el fraude? (1 Cor. VI, 7). Te ruego, tú que enseñas a otros, enséñate a ti mismo: si aún no has aprendido, valórate más a ti mismo que a tus posesiones. Estas cosas transitorias, que de ninguna manera pueden permanecer contigo, haz que pasen de ti, no a través de ti. El arroyo, por donde fluye, cava la tierra: así el curso de las cosas temporales roe la conciencia. Si un torrente puede correr por los campos sin dañar las siembras, confía en que puedes tratar estas cosas sin herir tu mente. Te aconsejo de todas formas que te esfuerces por desviar de ti el flujo de estas cosas. Ignora muchas cosas, disimula muchas más, olvida algunas.

21. Sin embargo, hay cosas que no quisiera que ignoraras, como las costumbres y los intereses de cada uno. No es conveniente que seas el último en enterarte de los vicios de tu casa, lo cual sabemos que ha sucedido a muchos. Por lo tanto, como dije, que otro administre los asuntos elevados; tú cuida de la disciplina, no confíes eso a nadie. Si ante ti se pronuncia una palabra insolente o aparece un comportamiento inadecuado, tu mano sobre tales cosas; tú castiga la ofensa. La impunidad engendra audacia, la audacia exceso. La casa del obispo debe ser un lugar de santidad, modestia y honestidad: la disciplina es su guardián. Los sacerdotes domésticos, o son más honorables que los demás, o son la burla de todos. No permitas que en el rostro, en el comportamiento, en el andar de los que te rodean, resida nada impúdico, nada indecente. Que tus coobispos aprendan de ti a no tener consigo a jóvenes con el cabello arreglado y adolescentes engalanados. Ciertamente, no es apropiado que entre los mitrados corran los de cabello rizado. Y recuerda lo que advierte el Sabio: ¿Tienes hijas? No muestres tu rostro alegre ante ellas (Ecli. VII, 26).

22. Sin embargo, no te aconsejo austeridad, sino gravedad. Aquella ahuyenta a los más débiles, esta reprime a los más ligeros. Aquella, si está presente, hace odioso; esta, si falta,

hace despreciable: en todo, sin embargo, la moderación es mejor. Yo no quisiera que fueras ni demasiado severo ni demasiado indulgente. ¿Qué hay más agradable que esta moderación, para que no seas una carga por tu severidad ni un desprecio por tu familiaridad? En el palacio, muéstrate como papa, en casa como padre de familia. Que te amen tus domésticos: si no, haz que te teman. Siempre es útil la custodia de la boca, que sin embargo no excluya la gracia de la afabilidad. Por tanto, en todas partes debe refrenarse la lengua precipitada, especialmente en el banquete. Es más conveniente que, aunque seas severo en la acción, seas sereno en el rostro, serio en la palabra. Los capellanes y quienes asisten contigo continuamente a los oficios divinos, no deben carecer de honor. Es tu responsabilidad proveerte de tales personas que sean dignas. Que se les sirva por todos como a ti. Que reciban de tu mano lo necesario. Que estén contentos con lo que tú les proveas: cuida que no les falte nada. Si descubres a alguno de ellos pidiendo a los visitantes, júzgalo como a Giezi (2 Reyes V, 20-27): lo mismo debe decidirse sobre los porteros y los demás oficiales. Pero esto es de más: recordamos que ya hace tiempo estableciste esta norma. ¿Qué hay más digno de tu apostolado? ¿Qué más saludable para la conciencia, más honesto para la fama, más útil para el ejemplo? El mejor canon es el que expulsa la avaricia por la calumnia, y no solo por la conciencia.

CAPÍTULO VII. Epílogo o resumen de lo que se requiere en un pontífice.

23. Ya deseo cerrar este libro: pero al final quisiera repetir, a modo de epílogo, lo dicho anteriormente o añadir lo omitido. Considera ante todo que la santa Iglesia Romana, a la que presides por la voluntad de Dios, es madre de las Iglesias, no señora: y que tú no eres señor de los obispos, sino uno de ellos; además, hermano de los que aman a Dios y partícipe de los que le temen. Considera que debes ser modelo de justicia, espejo de santidad, ejemplo de piedad, defensor de la verdad, protector de la fe, maestro de las naciones, guía de los cristianos, amigo del Esposo, padrino de la Esposa, organizador del clero, pastor de los pueblos, maestro de los ignorantes, refugio de los oprimidos, abogado de los pobres, esperanza de los miserables, tutor de los huérfanos, juez de las viudas, ojo de los ciegos, lengua de los mudos, bastón de los ancianos, vengador de los crímenes, temor de los malos, gloria de los buenos, vara de los poderosos, martillo de los tiranos, padre de los reyes, moderador de las leyes, dispensador de los cánones, sal de la tierra, luz del mundo, sacerdote del Altísimo, vicario de Cristo, ungido del Señor: finalmente, dios de Faraón. Entiende lo que digo: el Señor te dará entendimiento. Donde la malicia se une al poder, debes presumir algo más allá del hombre. Tu rostro sobre los que hacen el mal. Que tema el espíritu de tu ira, quien no teme al hombre, ni teme la espada. Que tema la oración, quien desprecia la amonestación. A quien tú te enojas, que piense que Dios está enojado con él, no el hombre. Quien no te escuche, que tema escuchar a Dios en su contra. Lo que queda, sobre lo que está por encima de ti, ya es tiempo de discutir: lo cual espero resolver en un libro, con la ayuda de Dios, y al mismo tiempo cumplir mi promesa.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre las cosas que están por encima de nosotros, es decir, sobre Dios y las cosas divinas, establece la consideración, a las cuales ahora nos elevamos a través de las criaturas.

1. Los libros anteriores, aunque se titulan sobre la consideración, tienen sin embargo mucho de acción mezclada, ya que enseñan o aconsejan no solo cosas que deben considerarse, sino también hacerse. Pero el que ahora está en manos, se ocupará solo de la consideración. Porque las cosas que están por encima (eso es lo que urge) no necesitan acción, sino

contemplación. No hay nada que hacer en ellas, que siempre son de una manera, y eternamente; además, algunas desde la eternidad. Y quiero que observes esto con astucia, hombre sagaz, porque tantas veces se aleja tu consideración, cuantas veces se desvía de aquellas cosas a estas inferiores y visibles, ya sea para contemplarlas para el conocimiento, ya sea para desearlas para el uso, ya sea para disponerlas o realizarlas por deber. Sin embargo, si se ocupa de estas cosas de tal manera que a través de ellas busca aquellas, no está lejos de su patria. Considerar así es regresar a la patria. Este uso más sublime y digno de las cosas presentes, cuando según la sabiduría de Pablo, las cosas invisibles de Dios, por las cosas hechas, se contemplan entendidas. Ciertamente, los ciudadanos no necesitan esta escalera, sino los exiliados. Lo que vio el mismo autor de esta sentencia, quien al decir que las cosas invisibles se contemplan por las visibles, puso significativamente, desde la creación del mundo (Rom. I, 20). Y en verdad, ¿qué necesidad hay de escaleras para quien ya tiene el trono? La criatura del cielo es aquella, teniendo a mano por lo cual más bien contempla estas cosas. Ve el Verbo, y en el Verbo las cosas hechas por el Verbo. Y no necesita mendigar el conocimiento del Creador de las cosas que han sido hechas. Pues no descende a ellas para conocerlas, quien las ve allí donde son mucho mejores que en sí mismas. Por lo tanto, no requiere el sentido del cuerpo como medio para ellas: es sentido para sí misma, sintiéndose a sí misma. El mejor modo de ver, si no necesitas de nada, para todo lo que desees conocer, contento contigo mismo. De lo contrario, ser ayudado por otro es ser dependiente y menos que perfecto, y menos libre.

2. ¿Qué, que necesitas de los inferiores? ¿No es esto absurdo e indigno? Claramente es una cierta injuria de los superiores desear la ayuda de los inferiores: de la cual injuria nadie entre los hombres se librará completamente, a menos que cada uno haya escapado a la libertad de los hijos de Dios. Porque todos ellos serán enseñados por Dios (Juan VI, 45), y sin la intervención de ninguna criatura, solo por el bienaventurado Dios. Esto será haber regresado a la patria, haber salido de la patria de los cuerpos a la región de los espíritus. Esta es nuestro Dios, el máximo espíritu, la máxima mansión de los espíritus bienaventurados: y para que aquí no se arrogue nada el sentido o la imaginación, es verdad, es sabiduría, es virtud, es eternidad, el sumo bien. De donde por ahora estamos ausentes: y donde estamos, es un valle de lágrimas, en el cual reina la sensualidad, y la consideración está exiliada: en el cual el sentido corporal se ejerce libre y poderosamente, pero el ojo espiritual, enredado, se oscurece. ¿Qué, pues, de extraño tiene que el forastero necesite la ayuda del nativo? Y feliz según el tiempo el viajero, que pudo convertir el beneficio de los ciudadanos, sin el cual no puede pasar, en servicio, usando, no disfrutando; urgido, no pidiendo; exactor, no suplicante.

CAPÍTULO II. Asigna varios grados de consideración.

3. Grande es aquel que se esfuerza por gastar el uso de los sentidos, como ciertas riquezas de los ciudadanos, dispensando para su propia salvación y la de muchos. Y no es menor aquel que se establece este grado para las cosas invisibles filosofando: a menos que esto sea más dulce, aquello más útil; esto más feliz, aquello más fuerte. Pero el más grande de todos es aquel que, despreciando el mismo uso de las cosas y de los sentidos, tanto como es posible para la fragilidad humana, no con grados ascendentes, sino con excesos inesperados, se acostumbra a volar a veces contemplando aquellas cosas sublimes. A este último género creo que pertenecen los excesos de Pablo. Excesos, no ascensos: pues él mismo testifica que fue arrebatado, no que ascendió (2 Cor. XII, 1-4). De ahí que decía: Si nos excedemos en mente, es para Dios (Id. V, 13). Por lo tanto, estas tres cosas suceden cuando la consideración, aunque en el lugar de su peregrinación, hecha superior por el estudio de la virtud y la ayuda de la gracia, oprimen la sensualidad para que no se ensoberbezca, o la obligan para que no se

desvíe, o huyen para que no contamine. En el primero más poderosa, en el segundo más libre, en el tercero más pura. Pues con las alas de la pureza y la agilidad se realiza ese vuelo.

4. ¿Quieres que estas especies de consideración se distingan con nombres propios? Digamos, si te parece, la primera dispensativa, la segunda estimativa, la tercera especulativa. Las razones de estos nombres las definirán las definiciones. La dispensativa es la consideración que usa ordenada y socialmente los sentidos y las cosas sensibles para merecer a Dios. La estimativa es la consideración que prudentemente y diligentemente examina y pondera cada cosa para buscar a Dios. La especulativa es la consideración que se recoge en sí misma y, tanto como es ayudada divinamente, se exime de las cosas humanas para contemplar a Dios. Creo que adviertes con atención que las otras dos conducen a este fruto: las demás, si no se refieren a esta, pueden parecer que son, pero no lo son. Y la primera, en efecto, sin la mirada de esta, siembra mucho y no cosecha nada: la siguiente, a menos que se dirija a esta, avanza, pero no progresa. Por lo tanto, lo que la primera adapta, la segunda huele, la tercera gusta. Sin embargo, a este gusto conducen también las demás, aunque más lentamente: a menos que se llegue a él más laboriosamente con la primera, más tranquilamente con la segunda.

CAPÍTULO III. Las cosas que están por encima de nosotros, a saber, Dios y los Ángeles, se investigan por opinión, fe e intelecto.

5. Has dicho, preguntas, bastante sobre cómo ascender: también tienes que decir a dónde ascender. Te equivocas si lo esperas: es inefable. ¿Piensas que hablo de lo que ojo no vio, ni oído oyó, y no subió al corazón del hombre? A nosotros, dice, nos lo reveló Dios por su Espíritu (1 Cor. II, 9, 10). Por lo tanto, las cosas que están por encima no se enseñan a ver, sino que se revelan por el espíritu. Sin embargo, lo que el discurso no explica, que lo busque la consideración, que lo pida la oración, que lo merezca la vida, que lo alcance la pureza. Ciertamente, advertido de las cosas que están por encima, no pienses que te envío a mirar el sol, la luna, las estrellas, no el mismo firmamento, no las aguas que están sobre los cielos. Todas estas cosas, aunque están por encima en lugar, están por debajo en precio y dignidad de naturaleza: son cuerpos. Una parte de ti es espíritu, por lo cual no buscas en vano algo superior que no sea espíritu. Por lo tanto, el espíritu es Dios, son también los santos Ángeles, y estos están por encima de ti. Pero Dios es superior por naturaleza, los Ángeles por gracia. Pues lo mejor de ti y del Ángel es la razón: Dios, sin embargo, no tiene algo mejor de sí mismo, es todo uno lo mejor. Él, y los espíritus bienaventurados que están con él, deben ser investigados por nuestra consideración de tres maneras, o sea, por tres caminos, opinión, fe e intelecto. De los cuales el intelecto se basa en la razón, la fe en la autoridad, la opinión solo se defiende por la verosimilitud. Aquellos dos tienen una verdad cierta: pero la fe cerrada y envuelta, la inteligencia desnuda y manifiesta: sin embargo, la opinión no teniendo nada cierto, busca la verdad por verosimilitudes más que la aprehende.

6. En todo esto debe evitarse la confusión, para que ni la fe fije lo incierto de la opinión, ni lo que es firme y fijo de la fe, la opinión lo ponga en cuestión. Y esto debe saberse, porque la opinión, si tiene afirmación, es temeraria: la fe, si tiene duda, es débil: asimismo, el intelecto, si intenta irrumpir en los signos de la fe, se considera un intruso, un escudriñador de la majestad. Muchos han creído que su opinión era intelecto, y se han equivocado. Y ciertamente la opinión puede ser considerada intelecto; el intelecto no puede ser considerado opinión. ¿De dónde sucede esto? En verdad, porque esta puede fallar, aquel no puede: o si pudo fallar, no fue intelecto, sino opinión. Pues el verdadero intelecto no solo tiene una verdad cierta, sino también un conocimiento de la verdad. Podemos definir cada una de estas cosas así, La fe es una cierta y voluntaria anticipación de la verdad aún no revelada. El intelecto es el conocimiento cierto y manifiesto de cualquier cosa invisible. La opinión es

como tener por verdadero algo que no sabes que es falso. Por lo tanto, como dije, la fe no tiene duda; o si la tiene, no es fe, sino opinión. ¿Qué, entonces, la distingue del intelecto? Pues que aunque no tiene incertidumbre no más que el intelecto, tiene sin embargo lo envuelto, que no el intelecto. En efecto, lo que has entendido, no hay de ello que busques más: o si lo hay, no lo has entendido. Nada deseamos más saber que lo que ya sabemos por fe. Nada faltará para la bienaventuranza, cuando lo que ya es cierto para nosotros por fe, será igualmente desnudo.

CAPÍTULO IV. Cómo deben considerarse los Ángeles.

7. Con esto aclarado, dirijamos ya la consideración hacia la Jerusalén que está arriba, nuestra madre, y con todas las tres vías mencionadas, cauta y vigilante, investiguemos lo investigable: en cuanto se permite, o más bien en cuanto se nos conceda. Y primero, que los ciudadanos allí son espíritus poderosos, gloriosos, bienaventurados, distintos en personas, dispuestos en dignidades, desde el principio permaneciendo en su orden, perfectos en su género, de cuerpo etéreo, perpetuos en inmortalidad, impasibles no creados, sino hechos, es decir, por gracia, no por naturaleza; puros de mente, benignos de afecto, piadosos en religión, íntegros en castidad, indivisibles en unanimidad, seguros en paz, creados por Dios, dedicados a las alabanzas y servicios divinos. Todo esto lo hemos aprendido leyendo, lo mantenemos por fe. Aunque sobre sus cuerpos no solo de dónde son, sino si de alguna manera son, la opinión de algunos vacila. Por lo cual, si alguien juzga que esto debe ponerse más entre las cosas opinables, no contiendo. Sin embargo, que están dotados de intelecto, no lo captamos por fe, ni por opinión, sino por intelecto; porque no pueden ser partícipes de Dios y carecer de esto. También hay algunos nombres conocidos por nosotros de manera similar por el oído, por los cuales de alguna manera podemos conjeturar y discernir los oficios, méritos, grados, órdenes de estas bienaventuranzas, incluso las que el oído de los mortales no ha percibido claramente. Pero lo que no es del oído, ya no es de fe; pues la fe viene del oído (Rom. X, 17). Por lo tanto, digamos estas cosas opinando. ¿Para qué se dieron a conocer los nombres de los celestiales, si ni siquiera es lícito opinar algo sobre las cosas de las cuales son los nombres? Ángeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, estos son los nombres. ¿Cuáles son sus significados? ¿No hay ninguna diferencia entre aquellos espíritus que simplemente se llaman Ángeles y aquellos que se llaman Arcángeles?

8. ¿Qué significa entonces esta distinción gradual? Pensemos que los 448 ángeles se refieren (a menos que hayas considerado algo más adecuado) a aquellos que se cree que han sido asignados individualmente a cada ser humano; enviados para el ministerio, según la doctrina de Pablo, por causa de aquellos que heredan la salvación (Hebr. I, 14): de quienes el Salvador dice, sus ángeles siempre ven el rostro del Padre (Mat. XVIII, 10). Supongamos que sobre estos están los Arcángeles, quienes, conscientes de los misterios divinos, solo son enviados por causas importantes y máximas. De entre ellos, se lee que el gran arcángel Gabriel fue enviado a María (Luc. I, 26), por una causa que ciertamente no pudo ser mayor. Supongamos que sobre estos están las Virtudes, por cuyo mandato u obra aparecen señales y prodigios en los elementos, o hechos a partir de los elementos, para advertir a los mortales. De ahí quizás proviene que cuando lees en los Evangelios: Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, poco después tienes, Porque las virtudes de los cielos se moverán (Luc. XXI, 25, 26); estos son, sin duda, los espíritus por los cuales se realizan las señales. Supongamos que las Potestades son superiores a estos, por cuya virtud se reprime el poder de las tinieblas, y se contiene la maldad de este aire, para que no pueda dañar tanto como quisiera; para que no pueda hacer el mal, a menos que sea para bien. Supongamos que los Principados también

están por encima de estos, por cuyo gobierno y sabiduría se establece, gobierna, limita, transfiere, mutila y cambia todo principado en la tierra. Supongamos que las Dominaciones superan a todos los órdenes mencionados, de modo que en comparación con ellos, todos los demás parecen ser espíritus administrativos, y que a estos, como a señores, se refieren los gobiernos de los Principados, las protecciones de las Potestades, las operaciones de las Virtudes, las revelaciones de los Arcángeles, el cuidado y la providencia de los Ángeles. Supongamos que los Tronos se han elevado incluso más alto que estos, que se llaman Tronos porque se sientan; y se sientan porque Dios se sienta en ellos. Pues no podría sentarse en ellos si no estuvieran sentados. ¿Preguntas qué entiendo por esa sesión? La suma tranquilidad, la serenidad más apacible, la paz que supera todo entendimiento. Así es el Señor de los ejércitos que se sienta en los Tronos, juzgando todo con tranquilidad, apacible, sereno, pacífico. Y se ha constituido Tronos semejantes a sí mismo. Supongamos que los Querubines, bebiendo de la misma fuente de sabiduría, de la boca del Altísimo, y derramando corrientes de conocimiento a todos sus ciudadanos. Y mira si es aquel de quien hablaba el profeta, el ímpetu del río que alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 5). Supongamos que los Serafines, espíritus totalmente encendidos por el fuego divino, encienden a todos, para que cada ciudadano sea una lámpara ardiente y luminosa; ardiente en caridad, luminosa en conocimiento.

9. ¡Oh Eugenio, qué bueno es estar aquí! ¡Cuánto mejor será, si alguna vez seguimos completamente a donde ya hemos precedido en parte! Precedemos con el alma, y ni siquiera con toda ella, sino con una parte muy pequeña. Los afectos yacen gravados por la masa corporal y adheridos a deseos terrenales, mientras que solo la consideración seca y tenue vuela por delante. Y sin embargo, de tan poco como ya se nos da, me complace exclamar: Señor, he amado la belleza de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria (Sal. XXV, 8). ¿Qué si el alma se recogiera por completo, y con los afectos retraídos, de todos los lugares donde están cautivos, temiendo lo que no debe, amando lo que no conviene, sufriendo en vano, alegrándose más vanamente, con ellos emprendiera el vuelo con total libertad, golpeará con el ímpetu del espíritu, y se deslizara en la abundancia de la gracia? ¿No es cierto que cuando comience a recorrer las mansiones luminosas, y a investigar más curiosamente ese seno de Abraham, y a revisar las almas de los mártires bajo el altar, cualquiera que sea, esperando pacientemente la segunda estola, mucho más entonces insistirá hablando con el profeta: Una cosa he pedido al Señor: esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver la voluntad del Señor, y visitar su templo? (Sal. XXVI, 4) ¿Por qué no se verá allí el corazón de Dios? ¿Por qué no se probará allí cuál es la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta? Buena en sí misma, agradable en sus efectos, agradable para los que disfrutan, perfecta para los perfectos, y que no buscan nada más. Se abren las entrañas de la misericordia, se abren los pensamientos de paz, las riquezas de la salvación, los misterios de la buena voluntad; los secretos de la bondad, que cerrados a los mortales, incluso a los elegidos, son sospechosos. Esto, sin duda, para que no dejen de temer, mientras aún no se encuentran dignos de amar adecuadamente.

10. Se puede ver en aquellos que se llaman Serafines, cómo ama quien no tiene de dónde amar, sino que es y no odia nada de lo que ha hecho: cómo cuida, cómo promueve, cómo abraza a aquellos que ha hecho para ser salvados, cómo el fuego consumidor de las faltas de la juventud elegida y las pajas de sus ignorancias, la hace purísima y dignísima de su amor. Se puede ver en los Querubines, que se llaman plenitud de conocimiento, que Dios es el Señor de las ciencias, quien solo no conoce la ignorancia, quien es todo luz, y en él no hay tinieblas; quien es todo ojo, y quien nunca se engaña, porque nunca se cierra; quien no busca fuera de sí la luz, a la que se acerque para ver, él mismo quien ve, él mismo de donde ve. Se

puede ver en los Tronos, cómo no es sospechoso el juez de toda inocencia que se sienta en ellos, quien no quiere engañar, ni puede ser engañado; pues ama así, y ve así. No está vacía la sesión: es un signo de tranquilidad. De tal rostro deseo que salga mi juicio, en el que haya amor, esté ausente el error, y esté ausente la perturbación. Se puede ver en las Dominaciones, cuán grande es el Señor de la majestad, por cuyo mandato el imperio se mantiene, y el universo y la eternidad son sus límites. Se puede ver en los Principados el principio de donde todo proviene; y cómo desde el eje la puerta, así desde él se gobierna el universo. Se puede ver en las Potestades, cuán poderosamente el mismo príncipe a quienes gobierna, protege, alejando y rechazando los poderes contrarios. Se puede ver en las Virtudes una virtud presente en todas partes por igual, por la cual todo, vivificante, eficaz, invisible, e inmóvil, sin embargo, mueve todo útilmente, sosteniéndolo firmemente: que cuando irrumpe en efectos menos usuales entre los mortales, llaman milagros o prodigios. Finalmente, se puede ver y admirar en los Ángeles y Arcángeles la verdad y la experiencia de aquella voz, Porque a él le importa de nosotros (I Pedro 5, 7); quien no cesa de alegrarnos con visitas, instruirnos con revelaciones, advertirnos con sugerencias, consolarnos con diligencia.

CAPÍTULO V. Las gracias y dones de los Ángeles derivan de Dios en ellos.

11. Todo esto lo ha conferido a esos espíritus el mismo que los creó, uno y el mismo Espíritu supremo, distribuyendo a cada uno según quiso. Esto obra en ellos, esto les dio para obrar también a ellos, pero de otra manera. Arden los Serafines, pero con el fuego de Dios, o más bien con el fuego que es Dios. Lo que es principal en ellos, aman, pero no tanto como Dios, ni de la misma manera. Brillan los Querubines, y sobresalen en conocimiento, pero por participación de la verdad; y por tanto no como la Verdad, ni en la misma medida. Se sientan los Tronos, pero por el beneficio del que se sienta. Juzgan también ellos con tranquilidad, pero no a la medida o modo de la paz que pacifica, la paz que supera todo entendimiento. Dominan las Dominaciones, pero bajo el Señor dominan, sirven igualmente. ¿Qué es esto comparado con el dominio supremo, eterno y singular? Presiden los Principados y gobiernan: pero también ellos son gobernados, de modo que ya no sabrían gobernar si dejaran de ser gobernados. Sobresale en las Potestades la fortaleza: pero quienes deben lo que son fuertes, y de otra manera es fuerte, y más; ni tan fuerte como es la misma fortaleza. Las Virtudes, por su ministerio y poder, se esfuerzan por despertar los corazones adormecidos de los hombres con la renovación de señales: pero la virtud que permanece en ellas, es la que hace las obras. También ellas hacen, pero en comparación con él no hacen. Finalmente, hay tanta diferencia, que el profeta dice singularmente a él, Tú eres Dios que hace maravillas (Sal. LXXV, 15): y el mismo de él, Que hace maravillas grandes solo (Sal. CXXXVI, 4). Están presentes los Ángeles y Arcángeles: pero él es más cercano a nosotros, quien no solo está presente, sino que está dentro.

12. Si dices que un ángel puede estar dentro, no lo niego. Recuerdo que está escrito: Y el ángel que hablaba en mí (Zac. I, 14). Sin embargo, hay diferencia también en esto. Está dentro el ángel sugiriendo el bien, no infundiéndolo: está dentro exhortando al bien, no creando el bien. Dios está dentro de tal manera que afecta, que infunde, o más bien que se infunde y se participa, de modo que uno no temería decir que es un espíritu con el nuestro, aunque no una persona, ni una sustancia. Pues tienes: El que se adhiere a Dios, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). El ángel, por tanto, está con el alma, Dios en el alma. Aquel está como compañero del alma, Dios como vida. Así como el alma ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la boca, toca en todo el resto del cuerpo: así Dios obra diversas cosas en diversos espíritus; por ejemplo, en unos se muestra amante, en otros conocedor, en otros haciendo otras cosas, como a cada uno se le da la manifestación del espíritu para provecho (I Cor. XII, 7). ¿Quién es este tan común en las voces, tan lejano en las cosas?

¿Cómo a quien hablamos con nuestras palabras, en su majestad oculta, escapa completamente a nuestras miradas y afectos? Escucha lo que él mismo dice a los hombres. Como se elevan los cielos sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos (Is. LV, 9). Decimos amar, y Dios: decimos conocer, y Dios: y muchas cosas de este modo. Pero Dios ama como caridad, conoce como verdad, se sienta como equidad, domina como majestad, gobierna como principio, protege como salvación, obra como virtud, revela como luz, asiste como piedad. Todo esto lo hacen también los Ángeles, lo hacemos también nosotros: pero de un modo mucho más inferior, no ciertamente por el bien que somos, sino por lo que participamos.

CAPÍTULO VI. La razón del principio y la esencia propiamente solo conviene a Dios.

13. Ahora ya pasa de estos espíritus, si acaso puedes decir con la esposa: Apenas los había pasado, encontré al que ama mi alma (Cánt. III, 4). ¿Quién es? No se me ocurre mejor que el que es. Esto mismo quiso él que se respondiera de sí mismo, esto enseñó, diciendo Moisés al pueblo, por mandato suyo: El que es, me envió a vosotros (Éx. III, 14). Con razón. Nada más adecuado a la eternidad, que es Dios. Si dices bueno, grande, bienaventurado, sabio, o cualquier cosa semejante de Dios; en esta palabra se restaura, que es, es. Sin duda esto es ser, que ser todas estas cosas. Si añades cien cosas semejantes, no te has apartado del ser. Si las dices, no has añadido nada: si no las dices, no has disminuido nada. Ahora bien, si has visto este ser tan singular, tan supremo; ¿no juzgas en comparación con este que cualquier cosa que no sea esto, es más bien no ser, que ser? ¿Qué es también Dios? Sin el cual nada es. Tan nada es sin él, como tampoco él sin sí mismo puede. Él es para sí mismo, él es para todos. Y por tanto, de algún modo él solo es, quien es su propio ser, y el ser de todos. ¿Qué es Dios? Principio: y esto mismo de sí mismo respondió (Juan VIII, 25). Muchas cosas en las cosas se dicen principios, pero respecto a las posteriores. De lo contrario, si miras a algo precedente, darás más bien el principio a eso. Por lo tanto, si buscas el verdadero y simple principio, debes encontrar lo que no tuvo principio. De lo que comenzó el universo, eso ciertamente no comenzó. Pues si comenzó, necesariamente comenzó de otro. Porque de sí mismo nada comenzó. A menos que alguien piense que lo que no era, pudo darse a sí mismo para comenzar a ser; o que algo fue, antes de que fuera. Como ambos porque la razón no lo consiente, está claro que nada fue principio de sí mismo. Lo que tuvo otro principio, no fue el primero. Por tanto, el verdadero principio no comenzó, sino que todo comenzó de él.

14. ¿Qué es Dios? A quien los siglos ni se han acercado, ni se han alejado; ni son coeternos, sin embargo. ¿Qué es Dios? De quien todo, por quien todo, en quien todo (Rom. XI, 36). De quien todo, creablemente, no seminalmente. Por quien todo, para que no pienses que hay otro autor y otro artífice. En quien todo, no como en un lugar, sino como en una virtud. De quien todo, como un solo principio, autor de todo. Por quien todo, para que no se introduzca otro principio artífice. En quien todo, para que no se introduzca un tercero, el lugar. De quien todo, no de quien, porque Dios no es materia: es causa eficiente, no material. En vano los filósofos buscan la materia: Dios no necesitó materia. Pues no buscó taller, no buscó artífice. Él mismo por sí mismo hizo todo. ¿De dónde? De la nada: pues si lo hizo de algo, eso no lo hizo, y por tanto no todo. Lejos esté que de su incorrupta e incorruptible sustancia haya hecho tantas cosas; aunque buenas, sin embargo corruptibles. ¿Preguntas si en él todo, él dónde? No encuentro nada menos. ¿Qué lugar lo abarcaría? ¿Preguntas dónde no está? Tampoco diría esto. ¿Qué lugar sin Dios? Dios es incomprensible: pero no has aprehendido poco, si esto te consta de él, que no está en ningún lugar, quien no está encerrado en lugar; y no está en ningún lugar, quien no está excluido de lugar. Sin embargo, de su modo sublime e incomprensible, así como todo está en él, así él está en todo. Finalmente, como dice el evangelista, estaba en el mundo (Juan I, 10). Pero donde estaba antes de que el mundo fuera

hecho, allí está. No hay necesidad de preguntar más allá dónde estaba; fuera de él nada había. Por tanto, estaba en sí mismo.

CAPÍTULO VII. Dios es tanto simple como trino.

15. ¿Qué es Dios? Que nada mejor puede pensarse. Si lo apruebas, no debes asentir a que haya algo, por lo cual Dios sea, y que Dios no sea. Esto sin duda es mejor. ¿Cómo no es mejor que Dios, si Dios no es, lo que da a Dios para ser? Pero mejor es esa divinidad, por la cual decimos que Dios es, no otra cosa que Dios mismo. No hay, por tanto, en Dios sino Dios. ¿Qué? dicen: ¿niegas que Dios tenga divinidad? No, pero lo que tiene, eso es. ¿Niegas que Dios sea por la divinidad? No, pero no otra que la que él mismo es. O si tú has encontrado otra, que la Trinidad de Dios me ayude, contra ella me levanto con toda contumacia. La cuaternidad divide el mundo, no señala la deidad. Dios es Trinidad, Dios es de cada una de las tres personas. Si te place añadir una cuarta divinidad; por ahora yo, que no es Dios, me he persuadido de que no debe ser adorada. Creo que tú también. Sin duda, al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (Luc. IV, 8). Pero gloriosa divinidad, que no se atreve a arrogarse honor divino. Pero mejor rechazamos totalmente este cuarto, que recibirlo sin honor. Muchas cosas se dicen estar en Dios, y ciertamente de manera católica, pero muchas son una. De lo contrario, si pensamos que son diversas, no tenemos cuaternidad, sino centenidad. Por ejemplo, decimos grande, bueno, justo, y innumerables cosas semejantes: pero a menos que consideres todas ellas una en Dios, y con Dios, tendrás un Dios múltiple.

16. Pero a mí no me falta qué pensar mejor de tal Dios tuyo. ¿Preguntas qué? La mera simplicidad. Con verdadero juicio, la naturaleza simple se prefiere a la múltiple. Sé lo que suelen responder a esto. No muchas, dicen, sino solo una divinidad, que es todas esas cosas, afirmamos que confiere a Dios para ser. Afirmáis, por tanto, aunque no múltiple, un Dios doble; y no habéis llegado a la mera simplicidad, ni a aquello, que nada mejor puede pensarse. Tan no es simple, que fue sujeto a una forma, como tampoco es virgen quien fue conocida por un solo hombre. Hablo con seguridad, ni siquiera quien es doble será mío. Tengo uno mejor. Supongamos que prefiero este al numeroso y múltiple: pero claramente desprecio al simple. Mi Dios es él mismo católicamente. Tan no tiene esto y aquello, como no tiene estas y aquellas. Es quien es, no qué es. Puro, simple, íntegro, perfecto, constante en sí mismo, no tomando nada de los tiempos, nada de los lugares, nada de las cosas en sí, no depositando nada de sí en ellas; no teniendo lo que divida en número, no lo que reúna en uno. Es uno, pero no unido. No consta de partes, como el cuerpo; no se distingue por afectos, como el alma: no subyace a formas, como todo lo que ha sido hecho; ni tampoco a la forma, como les pareció a estos. Gran alabanza, por cierto, a Dios, que se defiende de la falta de forma, contento con una sola forma. Esto es decir, que las demás deben a muchas, Dios no debe a más que a una lo que es. ¿Qué? ¿Por el beneficio de quién son las cosas que son, él inclinará su ser a otro beneficio? Esa alabanza, como se dice comúnmente, vale una blasfemia. ¿No es más valioso no necesitar de nadie que de uno? Ten reverencia a Dios, para que le atribuyas lo que es más valioso. Si tu corazón pudo ascender hasta aquí, ¿cómo colocarás a tu Dios más abajo? Él mismo es su forma, él mismo es su esencia. En este grado por ahora lo contemplo: y si apareciera otro más poderoso, lo daría más bien a él. ¿Acaso temer que el pensamiento lo sobrepase? Por mucho que progrese en lo alto, está más allá. Buscar lo más alto que el hombre pueda pensar, es ridículo; establecerlo, es impío. Más allá, no más acá, debe ser buscado.

17. Asciende aún más, si puedes, al corazón más alto, y Dios será exaltado. Dios no está formado: es forma. Dios no es afectado: es afecto. Dios no es compuesto: es puro y simple. Y

para que sepas claramente qué quiero decir con simple: lo mismo que uno. Dios es tan simple como uno es. Sin embargo, es uno, y de tal manera que no hay nada más. Si se puede decir, es el más único. El sol es uno, porque no hay otro: la luna es una, porque no hay otra igual. Y eso es Dios, pero más. ¿Qué más? También es uno consigo mismo. ¿Y quieres que esto se te aclare? Es siempre el mismo, y de una sola manera. No así el sol es uno, no así la luna es una. Ambos claman no ser uno consigo mismos; aquel con sus movimientos, esta con sus defectos. Pero Dios no solo es uno consigo mismo: es uno en sí mismo. No tiene en sí nada más que a sí mismo. No tiene alteración por el tiempo, ni alteridad en la sustancia, de ahí que Boecio diga de él: «Esto es verdaderamente uno, en el que no hay número, nada en él aparte de lo que es: pues no puede ser sujeto: es forma». Compara con este uno todo lo que puede llamarse uno; y no será uno. Sin embargo, Dios es Trinidad. ¿Qué entonces? ¿Destruimos lo que se ha dicho de la unidad porque introducimos la trinidad? No; sino que establecemos la unidad. Decimos Padre, decimos Hijo, decimos Espíritu Santo; sin embargo, no tres dioses, sino uno. ¿Qué significa este (por así decirlo) número sin número? Si son tres, ¿cómo no es número? si es uno, ¿dónde está el número? Pero tengo, dices, qué contar y qué no contar. La sustancia es una: las personas son tres. ¿Qué hay de extraño? ¿qué hay de oscuro en esto? Nada, si las personas se piensan separadas de la sustancia. Ahora bien, cuando esas tres personas son esa sustancia, y esa única sustancia son esas tres personas; ¿quién negará el número? Porque verdaderamente son tres. ¿Quién, sin embargo, contará? Porque verdaderamente son uno. O si crees que es fácil de explicar diciendo tres, di qué has contado. ¿Naturalezas? Una es. ¿Esencias? Una es. ¿Sustancias? Una es. ¿Deidades? Una es. No estas, sino las personas cuento, dices. ¿Que no sean esa una naturaleza, esa una esencia, esa una sustancia, esa una divinidad? Eres católico: de ninguna manera concederás esto.

CAPÍTULO VIII. La pluralidad de personas en Dios surge de las propiedades; sin embargo, la esencia es una y simple.

18. Las propiedades de las personas no son otra cosa que las personas; y estas no son otra cosa que un solo Dios, una sola sustancia divina, una sola naturaleza divina, una sola y suprema majestad divina, confiesa la fe católica. Cuenta, pues, si puedes, o las personas sin sustancia, que son ellas mismas: o las propiedades sin personas, que son ellas mismas. O si alguien intenta dividir las personas de la sustancia, o las propiedades de las personas, no sé cómo podría profesarse adorador de la Trinidad, quien ha caído en tal multiplicidad de cosas. Digamos, por tanto, tres, pero no en perjuicio de la Unidad: digamos uno, pero no en confusión de la Trinidad. Pues los nombres no son vacíos, ni las voces carentes de significado. Alguien pregunta cómo puede ser eso que decimos católico [al. añade cómo esto]. Le basta con sostener que es así. Y esto no es evidente para la razón, ni ambiguo para la opinión, sino persuadido por la fe. Este sacramento es grande, y ciertamente venerable, no para ser escudriñado. ¿Cómo la pluralidad en la unidad, y esta unidad, o ella misma en la pluralidad? Escudriñar esto es temeridad, creer es piedad; conocer es vida, y vida eterna. Por lo tanto, si lo consideras valioso, oh Eugenio, que ahora pase la consideración de lo mucho a lo Uno, para que la eminencia de este singular Uno se haga más evidente. Hay una unidad que puede llamarse colectiva, cuando, por ejemplo, muchas piedras forman un solo montón. Y hay una unidad constitutiva, cuando muchos miembros constituyen un solo cuerpo, o muchas partes constituyen cualquier todo. Y hay una unidad conyugal, por la cual dos ya no son dos, sino una sola carne. Y hay una unidad nativa, por la cual el alma y la carne nacen como un solo hombre. Hay una unidad potestativa, por la cual el hombre de virtud no inestable, no disímil, se esfuerza por encontrarse siempre a sí mismo. Hay una unidad consentánea, cuando por la caridad de muchos hombres hay un solo corazón y una sola alma. Y hay una unidad votiva, cuando el alma, adhiriéndose con todos sus votos a Dios, es un solo

espíritu. Y hay una unidad dignativa, por la cual nuestro barro ha sido asumido por el Verbo de Dios en una sola persona.

19. Pero todo esto, ¿qué tiene que ver con aquel supremo, y, por así decirlo, único Uno, donde la unidad la hace la consubstancialidad? A este Uno, si asemejas cualquiera de aquellos, será de alguna manera uno: si comparas, en nada. Por lo tanto, entre todo lo que correctamente se llama uno, la cima la tiene la Unidad de la Trinidad, por la cual tres personas son una sustancia. En segundo lugar, sobresale aquella, por la cual, a la inversa, tres sustancias son una en la persona de Cristo. Además, esta y cualquier otra cosa que pueda llamarse una, la sobria y verdadera consideración prueba que se llama Una por imitación de aquella suma unidad, no por comparación. Y no nos apartamos de esta profesión de unidad por la afirmación de los Tres: ya que en esta Trinidad no recibimos multiplicidad, así como tampoco soledad en la unidad. Por lo tanto, cuando digo Uno, no me turba el número de la Trinidad, que no multiplica la esencia, no la varía, ni la divide. Nuevamente, cuando digo Tres, no me acusa la visión de la unidad, que no fuerza a la confusión a esos tres, ni los reduce a singularidad.

CAPÍTULO IX. Así como en Dios hay una naturaleza simple en tres personas, así en Cristo las múltiples naturalezas se unen en una sola persona.

20. Confieso que siento lo mismo sobre aquella unidad a la que he dado el segundo honor entre las demás Unas. Digo que en Cristo el Verbo, el alma y la carne, sin confusión de esencias, son una sola persona, y también sin perjuicio de la unidad personal permanecen en su multiplicidad. Y no negaré que esto también pertenece a aquel tipo de unidad, por la cual el alma y la carne son un solo hombre. Pues convenía que lo que fue constituido por el hombre se ajustara más familiar y semejantemente a la constitución del hombre. Convenía también que concordara con la suma unidad, que está en Dios y es Dios, para que así como allí tres personas son una esencia; aquí, con una contrariedad muy conveniente, tres esencias sean una persona. ¿Ves cómo se coloca hermosamente esta unidad entre ambas unidades; en aquel que fue constituido mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús? Hermosísima, digo, conveniencia, para que el sacramento de salvación responda con una cierta similitud adecuada tanto al salvador como al salvado. Así, esta unidad, consistiendo en medio de dos unidades, se conoce que es inferior a una y superior a la otra; tanto como es inferior a la superior, tanto es superior a la inferior.

21. Finalmente, esa persona en la que Dios y hombre son uno, muestra tal y tan expresiva fuerza de unión; que si predicas de ellos dos cosas mutuamente, noerrarás, proclamando verdaderamente y católicamente a Dios hombre, y al hombre Dios. Sin embargo, no predicas de manera similar ni la carne del alma, ni el alma de la carne, a menos que sea absurdamente, aunque igualmente el alma y la carne son un solo hombre. Y no es de extrañar, si el alma no puede conectar con su intención vital, aunque no poco poderosa, y atar con sus afectos la carne a sí misma, como la divinidad a aquel hombre, que fue predestinado hijo de Dios en virtud. Larga y fuerte cadena para atar, la divina predestinación: pues es desde la eternidad. ¿Qué más largo que la eternidad? ¿Qué más poderoso que la divinidad? De ahí que ni siquiera con la muerte interpuesta esta unidad pudo ser interrumpida, aunque la carne y el alma se separaran entre sí. Y tal vez esto sintió aquel que se confesó indigno de desatar la correa de su calzado (Marcos I, 7).

CAPÍTULO X. La parábola de los tres medidas de harina en Mateo se aplica a la persona de Cristo.

22. Pero también aquellos tres medidas del Evangelio (Mateo XIII, 33), mezcladas y fermentadas en un solo pan, si alguien dijera que pertenecen a estas tres, no me parecería incongruente. ¡Qué bien las fermentó esa mujer, que ni siquiera con la división hecha de carne y alma, el Verbo se separó de la carne o del alma! La unidad permaneció inseparable incluso en la separación. Pues la separación que ocurrió en parte, no pudo imponerse a la unidad, permaneciendo en los tres en su totalidad. Ya sea con los dos unidos, o con los dos separados, no obstante, la unidad personal perseveró en los tres. Igualmente uno es Cristo y una sola persona, Verbo, alma y carne, incluso con el hombre muerto perduró. En el vientre de la Virgen, según lo siento yo, se hizo esta mezcla y fermentación: y la misma mujer que mezcló y fermentó. Pues el fermento no sin razón tal vez llamaría la fe de María. Claramente bienaventurada, que creyó, porque se cumplieron en ella las cosas que le fueron dichas por el Señor (Lucas I, 45). Sin embargo, no se habrían cumplido, si no hubiera sido fermentado todo según la palabra del Señor, y perpetuamente fermentado, conservándonos tanto en la muerte como en la vida igualmente uno e íntegro mediador de Dios y de los hombres con su deidad, el hombre Cristo Jesús.

23. Se puede advertir en este admirable sacramento, según el número de medidas, grados de distinción maravillosa y muy adecuada, nuevo, antiguo, eterno. Nuevo, el alma, que se cree creada de la nada entonces, cuando fue infundida: antiguo, la carne, que se conoce transmitida desde el primer hombre, es decir, desde Adán: eterno, el Verbo, que se afirma con indudable verdad engendrado coeterno del Padre eterno. Y en estos tres, si observas diligentemente, un triple género de poder divino, que se hizo de la nada algo, de lo viejo nuevo, eterno y bienaventurado de lo condenado y muerto. ¿Qué tiene esto que ver con nuestra salvación? Mucho en todo sentido. Primero, que reducidos por el pecado a la nada, por esto de alguna manera fuimos creados de nuevo, para que seamos algún principio de su criatura. Luego, que trasladados de la antigua servidumbre a la libertad de los hijos de Dios, caminando en novedad de espíritu. Finalmente, que llamados del poder de las tinieblas al reino de la claridad eterna, en el cual ya nos ha hecho sentar en Cristo. Sean ajenos a nosotros, quienes intentan alienar de nosotros la carne de Cristo, afirmando impíamente que fue creada nueva en la Virgen, y no tomada de la Virgen. El espíritu profético previó esto mucho antes, o más bien la blasfemia de los impíos: Diciendo: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un retoño de su raíz ascenderá (Isaías XI, 1). Podría haber dicho, Y un retoño de la vara; pero prefirió, de la raíz: para demostrar que de donde la vara, de allí el retoño tomó origen. Por lo tanto, la carne fue tomada de donde nació la Virgen: no nueva en la Virgen, que salió de la raíz.

CAPÍTULO XI. Continuación de la consideración sobre Dios.

24. Tal vez te incomode, si seguimos buscando, ¿qué es Dios? tanto porque ya se ha buscado tantas veces, como porque desconfías de que se encuentre. Te digo, Padre Eugenio, solo Dios es quien nunca puede ser buscado en vano, ni cuando no puede ser encontrado. Que te enseñe sobre esto tu experiencia; o si no, cree al experimentado, no a mí sino al santo, que dice: Bueno es, Señor, para los que esperan en ti, para el alma que te busca (Lamentaciones III, 25). ¿Qué es entonces Dios? En cuanto al universo, ¿fin? en cuanto a la elección, ¿salvación? en cuanto a sí mismo, él mismo lo sabe. ¿Qué es Dios? Voluntad omnipotente, virtud benevolentísima, luz eterna, razón inmutable, suma bienaventuranza, creando mentes para participar de él, vivificando para sentir, afectando para desear, dilatando para captar, justificando para merecer, encendiendo para el celo, fecundando para el fruto, dirigiendo para la equidad, formando para la benevolencia, moderando para la sabiduría, fortaleciendo para la virtud, visitando para la consolación, iluminando para el conocimiento, perpetuando para la inmortalidad, llenando para la felicidad, rodeando para la seguridad.

CAPÍTULO XII. Dios es el piadoso remunerador de las buenas obras y el justísimo vengador de los crímenes.

25. ¿Qué es Dios? No menos el castigo de los perversos, que la gloria de los humildes. Pues es una cierta dirección razonable de equidad inconvertible e indeclinable, ya que alcanza en todas partes: a la cual toda maldad que se le oponga debe necesariamente ser perturbada. ¿Por qué no ha de chocar contra ella todo lo hinchado o torcido, y ser destrozado? ¡Ay de todo lo que encuentre de frente la rectitud que no sabe ceder: pues también es fortaleza! ¿Qué hay tan contrario y adverso a las voluntades iniquas, como siempre intentar, siempre chocar, y frustrarse? ¡Ay de las voluntades opuestas, que solo llevan el castigo de su propia aversión! ¿Qué hay tan penal, como siempre querer lo que nunca será? ¿Qué hay tan condenado, como una voluntad sujeta a esta necesidad de querer y no querer, que ya no se mueve sino perversamente, y no sino miserablemente? En la eternidad no obtendrá lo que quiere; y lo que no quiere en la eternidad no obstante lo soportará. Dignamente, para que no se le conceda nunca lo que le conviene, ni nunca lo que le agrada. ¿Quién hace esto? El Señor Dios nuestro, que también se pervierte con el perverso. Nunca lo recto y lo torcido se encontrarán. Estas cosas se oponen entre sí, aunque no se dañen mutuamente. La lesión es del otro: lejos esté que sea de Dios. Duro te es, dice, dar coces contra el aguijón (Hechos IX, 5); esto es, no al aguijón es duro, sino al que da coces. Y Dios es el castigo de los impuros: pues es luz. ¿Y qué hay tan odioso para las mentes obscenas y viciosas? En verdad, todo el que hace el mal, odia la luz (Juan III, 20). Pero digo: ¿acaso no podrán declinar? De ninguna manera. Brilla en todas partes, aunque no para todos. De hecho, en las tinieblas brilla, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5). La Luz ve las tinieblas, para la cual ver es lo mismo que brillar: pero no es vista recíprocamente por las tinieblas, porque las tinieblas no la comprendieron. Y son vistas, por tanto, para que se confundan: y no ven, para que no se consuelen. No solo por la luz: y en la luz son vistas. ¿Por quién, o por quiénes? Por todo el que ve, para que por la multitud de los que miran haya mucha confusión. Pero ningún ojo de tanta multitud de espectadores es más molesto que el de cada uno consigo mismo. No hay mirada, ya sea en el cielo o en la tierra, que una conciencia tenebrosa más desee evitar, menos pueda. No se ocultan las tinieblas ni de sí mismas. Se ven a sí mismas que no ven otra cosa. Las obras de las tinieblas las siguen, y no hay donde se escondan de ellas, ni siquiera en las tinieblas. Este es el gusano que no muere, la memoria de lo pasado. Una vez inyectado, o más bien innato por el pecado, se adhiere firmemente, de ninguna manera arrancable de ahí en adelante. Ni cesa de roer la conciencia, y alimentado por ella, ciertamente con un alimento inconsumible, perpetúa la vida. Temo al gusano mordaz, y a la muerte vivaz. Temo caer en manos de la muerte viviente, y de la vida moribunda.

26. Esta es la segunda muerte, que nunca mata completamente, sino que siempre mata. ¿Quién les dará morir una vez, para que no mueran eternamente? Los que dicen a los montes, Caed sobre nosotros; y a las colinas, Cubridnos (Lucas XXIII, 30), quienes si no desean con el beneficio de la muerte terminar o evadir. De hecho, invocarán la muerte, dice, y no vendrá (Apocalipsis IX, 6). Observa eso más claramente. Se sabe que el alma es inmortal, ni alguna vez vive sin su memoria, para que no suceda que alguna vez no sea alma. Por lo tanto, mientras dure el alma, dura también la memoria. Pero ¿de qué tipo? Fea por los delitos, horrible por los crímenes, hinchada de vanidad, áspera y descuidada por el desprecio. Lo que fue antes, ha pasado, y no ha pasado. Ha pasado de la mano, pero no de la mente. Lo que se ha hecho, no puede no haberse hecho. Por lo tanto, aunque hacer fue en el tiempo, pero haber hecho permanece para siempre. No pasa con el tiempo, lo que pasa el tiempo. Por lo tanto, es necesario que eternamente te atormente, lo que recuerdas haber hecho mal eternamente. Esto será experimentar la verdad de aquella voz: Te reprenderé, y te pondré delante de tu cara

(Salmo XLIX, 21). El Señor ha hablado, a quien todo lo adverso y que se le opone necesariamente, para que sea una queja tardía: Oh guardián de los hombres, ¿por qué me has puesto contrario a ti, y me he vuelto pesado para mí mismo? (Job VII, 29.) Así es, oh Eugenio. No puede haber algo contrario a Dios y estar en coherencia consigo mismo, sino que quien es reprendido por Dios, es reprendido también por sí mismo. No hay ciertamente ya entonces que la razón disimule la verdad, ni que el alma decline la visión de la razón, separada de los miembros corporales, y recogida en sí misma. ¿Para qué valdría eso, con los sentidos dormidos y cerrados en la muerte, por los cuales solía salir más curiosamente, e irse de sí misma a la figura de este mundo que pasa? ¿Ves que a los impíos no les falta nada para la confusión, cuando serán producidos para ser espectáculo a Dios, a los ángeles, a los hombres, a sí mismos? ¡Oh cuán mal están todos los malos colocados, ciertamente opuestos a este torrente de equidad recta, y expuestos a esta luz de verdad revelada! ¿No es esto ser golpeado perpetuamente, y confundido perpetuamente? Con doble quebrantamiento, dice aquel, quebrántalos, Señor Dios nuestro (Jeremías XVII, 18).

CAPÍTULO XIII. Sobre la longitud, anchura, profundidad y altura de Dios discurre profunda y elegantemente.

27. ¿Qué es Dios? Longitud, latitud, altura y profundidad. ¿Qué, preguntas? Te tenemos como profesor de la cuaternidad que abominaste. En absoluto. La abominé y la abomino. Pareció que expresé muchas cosas, pero es una sola. Un Dios está señalado para nuestra comprensión, no para su estado. Aquí está dividido, no allí. Voces diversas, caminos múltiples: pero uno es significado a través de ellos, uno es buscado. No se expresan divisiones de sustancia en este cuaternario; no son dimensiones como las que observamos en los cuerpos; no es una distinción personal como la que adoramos en la Trinidad; no es un número de propiedades como admitimos que existen en las personas mismas, aunque no sean distintas de las personas. De lo contrario, esto es cada uno de ellos en Dios, lo que son los cuatro juntos; esto es los cuatro mismos, lo que es cada uno. Sin embargo, para nosotros, porque no podemos contender con Dios en simplicidad, mientras nos esforzamos por comprender uno, se nos presenta como cuadruplicado. Esto lo hace el espejo y el enigma, por el cual solo se nos permite ver por ahora. Pero cuando veamos cara a cara, veremos tal como es. Pues entonces la frágil visión de nuestra mente, por más intensamente que se esfuerce, no retrocederá ni se dispersará en su pluralidad. Se recogerá más, se unirá y conformará a esa unidad, o más bien a esa unidad, para que un rostro responda a otro rostro. Seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). ¡Bienaventurada visión! a la cual suspiraba con razón quien dijo: Mi rostro te ha buscado; tu rostro, Señor, buscaré (Salmo 26, 8). Y porque aún estamos en la búsqueda, por ahora subamos a este carro, como débiles e impotentes, necesitados de tal vehículo, si acaso así comprenderemos en lo que hemos sido comprendidos, es decir, la razón de este mismo vehículo. Pues tenemos esta advertencia del mismo auriga y primer expositor de este carro, que nos esforcemos por comprender con todos los santos cuál es la longitud, la latitud, la altura y la profundidad (Efesios 3, 18). Dijo comprender, no conocer: para que no nos contentemos con la curiosidad del conocimiento, sino que con todo cuidado anhelemos el fruto. El fruto no está en el conocimiento, sino en la comprensión. De lo contrario, al que sabe hacer el bien y no lo hace, como dice alguien, le es pecado (Santiago 4, 17): y el mismo Pablo en otro lugar dice: Corred de tal manera que lo obtengáis (1 Corintios 9, 24). Qué significa comprender, lo declararé más adelante.

28. ¿Qué es entonces Dios? Longitud, digo. ¿Qué es eso mismo? Eternidad. Esta es tan larga que no tiene fin, no más de lugar que de tiempo. También hay latitud. ¿Y qué es eso mismo? Caridad. ¿Con qué límites se estrecha esta en Dios, que no odia nada de lo que ha hecho?

Finalmente, hace salir su sol sobre buenos y malos, llueve sobre justos e injustos (Mateo 5, 45). Por lo tanto, también incluye a los enemigos en ese seno. Y no contento con esto, se extiende al infinito. Supera no solo toda afección, sino también todo conocimiento, añadiendo el Apóstol y diciendo: Conocer también la caridad de Cristo que excede todo conocimiento (Efesios 3, 19). ¿Qué más puedo decir? Es eterna. A menos que esto sea quizás más, porque es eternidad. ¿Ves que la latitud es tan grande como la longitud? Ojalá veas no tanto que sea, sino que es ella misma: que es una lo que es la otra; no menos una que dos, ni más dos que una. Dios es eternidad, Dios es caridad: longitud sin extensión, latitud sin distensión. En ambos excede igualmente las angustias locales y temporales, pero por la libertad de la naturaleza, no por la enormidad de la sustancia. De tal manera es inmenso quien hizo todo con medida; y aunque inmenso, este es sin embargo el modo de su inmensidad.

29. ¿Qué más es Dios? Altura y profundidad. En uno sobre todo, en el otro bajo todo. Está claro que en la deidad no cojea la igualdad en ninguna parte, se mantiene firmemente por todas partes, permanece inmutable en sí misma. Considera en la altura, el poder; en la profundidad, la sabiduría de Él. Igualmente, estas responden entre sí, mientras que la altura es inalcanzable y la profundidad igualmente inescrutable, admirando Pablo y exclamando: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos! (Romanos 11, 33). Nos complace también exclamar con Pablo, contemplando de alguna manera en Dios y con Dios la unidad más simple: ¡Oh sabiduría poderosa, que alcanza con fuerza en todas partes! ¡Oh poder sabio, que dispone todo suavemente! (Sabiduría 8, 1). Una cosa, efecto múltiple, y operaciones diversas. Y esa única cosa es longitud por la eternidad, latitud por la caridad, altura por la majestad, profundidad por la sabiduría.

CAPÍTULO XIV. Muestra el modo en que podemos comprender lo dicho según el Apóstol.

30. Conocemos estas cosas. ¿Por eso creemos que las hemos comprendido? No es la discusión la que comprende, sino la santidad: si de alguna manera puede comprenderse lo que es incomprensible. Pero si no pudiera, no habría dicho el Apóstol: Para que comprendamos con todos los santos (Efesios 3, 18). Los santos, por lo tanto, comprenden. ¿Preguntas cómo? Si eres santo, has comprendido y sabes: si no; sélo, y lo sabrás por tu propia experiencia. La santidad la hace el afecto santo, y este es doble: el temor del Señor es santo, y el amor santo. Con estos afectos perfectamente, el alma, como con dos brazos suyos, comprende, abraza, estrecha, sostiene y dice: Lo he retenido, y no lo soltaré (Cantar de los Cantares 3, 4). Y el temor responde a la altura y a la profundidad, el amor a la latitud y a la longitud. ¿Qué es tan temible como el poder al que no puedes resistir; como la sabiduría a la que no puedes esconderte? Dios podría ser menos temido, si careciera de uno u otro. Pero ahora debes temerle perfectamente, a quien no le falta ni el ojo que todo lo ve, ni la mano poderosa que todo lo puede. ¿Qué hay también tan amable como el amor mismo, con el que amas y eres amado? Sin embargo, la eternidad unida lo hace más amable: que mientras no falla, expulsa la sospecha. Ama, por lo tanto, perseverantemente y con longanimidad, y tienes la longitud: extiende tu amor hasta los enemigos, y tienes la latitud. Sé también en toda solicitud temeroso, y has comprendido la altura y la profundidad.

31. O si prefieres responder a los cuatro divinos con tus cuatro, lo haces si te asombras, si temes, si ardes, si perseveras. La altura de la majestad es ciertamente asombrosa: el abismo de los juicios es temible. La caridad exige fervor, la eternidad perseverancia. ¿Quién se asombra, sino quien contempla la gloria de Dios? ¿Quién teme, sino quien escudriña la profundidad de la sabiduría? ¿Quién arde, sino quien medita en la caridad de Dios? ¿Quién persevera y permanece en el amor, sino quien emula la eternidad de la caridad? Pues la

perseverancia presenta una cierta imagen de la eternidad. Finalmente, es la única a la que se le devuelve la eternidad, o más bien, que devuelve al hombre a la eternidad, diciendo el Señor: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mateo 10, 22).

32. Y ahora observa en estos cuatro las cuatro especies de contemplación. La primera y mayor contemplación es la admiración de la majestad. Esta requiere un corazón purificado, para que libre de vicios y descargado de pecados, se eleve fácilmente a lo alto: a veces también, por algunos momentos, lo mantenga suspendido en admiración con estupor y éxtasis. La segunda es necesaria para esta; es la que contempla los juicios de Dios. Con esta mirada temerosa, mientras sacude más intensamente al que contempla, expulsa los vicios, funda las virtudes, inicia en la sabiduría, conserva la humildad. Pues la humildad es un buen y estable fundamento de las virtudes. Si esta vacila, la agregación de virtudes no es más que ruina. La tercera contemplación se ocupa, o más bien se recrea, en la memoria de los beneficios; y para no dejar al ingrato, incita al que recuerda al amor del benefactor. De tales cosas dice el profeta hablando al Señor: Proclamarán la memoria de tu abundante bondad (Salmo 144, 7). La cuarta, olvidando lo que está atrás, descansa solo en la expectativa de las promesas: que siendo la meditación de la eternidad (pues lo que se promete es eterno), alimenta la longanimidad y da vigor a la perseverancia. Creo que ya es fácil asignar estos cuatro nuestros a los cuatro del Apóstol, mientras la meditación de las promesas comprende la longitud, la memoria de los beneficios la latitud, la contemplación de la majestad la altura, la inspección de los juicios la profundidad. Aún habría que buscar a quien no se ha encontrado suficientemente, ni se puede buscar demasiado: pero orando quizás se busca más dignamente que discutiendo, y se encuentra más fácilmente. Por lo tanto, este sea el fin del libro, pero no el fin de la búsqueda.